

La herencia

Antonia Serrano

CAPÍTULO 1

La mañana era gélida, y a pesar de ser casi mediodía, la niebla con la que había amanecido aún no se había disipado del todo. Aunque habíamos salido con tiempo suficiente, para llegar a tiempo a la cita que habíamos concertado en el despacho de abogados, donde me reuniría con mis hermanas, el tráfico era tan lento a causa de la poca visibilidad, que llegábamos tarde.

—Espero que no seamos los únicos que llegamos con retraso —le dije a mi marido.

—Con esta niebla, no creo que nadie llegue puntual a la reunión. Es posible que hasta los abogados lleguen tarde y seamos nosotros los que tengamos que esperar. Son imprevistos con los que no se cuenta.

—A ver si tenemos suerte y encontramos un aparcamiento cerca.

—Eso será muy difícil en esta zona, y a esta hora es misión imposible. Será mejor que te deje en la puerta y vayas subiendo, mientras yo busco donde aparcar. Nos encontraremos arriba.

—De acuerdo, es una buena idea. Juan paró el coche frente al bufete de abogados, bajé y tras cerrar la puerta del vehículo, este arrancó de nuevo, desapareciendo tragado por la niebla.

Llamé al timbre del bufete y le dije a la recepcionista que contestó al interfono quién era. Me abrió la puerta y cuando entré en el vestíbulo vi a Pilar y a Lola esperando frente al ascensor.

—Hola, llego un poco tarde, pero veo que vosotras también acabáis de llegar.

—Sí hija, con esta niebla el tráfico está fatal. ¿Has venido sola?

—No, Juan me ha dejado en la puerta y ha ido a aparcar. A estas horas es imposible encontrar aparcamiento cerca.

—¿Y vosotras?, ¿no han venido Pedro y Manolo?

—Sí, pero se han quedado en la cafetería de la esquina a tomar un café mientras nosotras estamos reunidas con los abogados. Dicen que esto es un asunto nuestro y que ellos quieren mantenerse al margen.

—Pues subid vosotras, que yo me quedo a esperar a Juan para decirle dónde están Pedro y Manolo, seguro que preferirá unirse a ellos. Él también es de la opinión que esto es asunto nuestro. ¿Sabéis si ha llegado Adela?

—No, pero si ha venido directamente después de dejar a Jorge en el colegio, seguro que estará arriba.

Llegó el ascensor y se dispusieron a subir. —Hasta ahora, nos vemos arriba. En cuanto llegue Juan estoy con vosotras. No creo que tarde mucho.

Esperé casi diez minutos a que llegara Juan.

—¡Si que has tardado!

—Ya te lo he dicho, esta zona está fatal para aparcar; he dado dos vueltas y al final lo he tenido que dejar dos manzanas más abajo. ¿Cómo es que aún no has subido?

—Te esperaba para decirte que Pedro y Manolo están en la cafetería de la esquina, por si quieres reunirte con ellos.

—Pues sí, no es mala idea. Allí os esperamos hasta que acabéis. Mientras me tomaré un café a ver si entro en calor.

Mientras hablábamos, había llamado al ascensor que acababa de llegar, justo cuando Juan salía.

—Hasta luego —le dije mientras abría la puerta del ascensor—. Entré y presioné el botón de la tercera planta. La puerta del bufete estaba abierta y la recepcionista me indicó la sala donde estaban reunidos. Allí, sentados alrededor de una gran mesa, estaban todos esperándome. Tal como habían dicho Pilar y Lola, Adela había llegado la primera.

Mi hermana Adela tiene 45 años y es la más joven de las cuatro. Tiene dos hijos, una chica en la universidad y un niño en edad escolar.

—Buenos días. Siento haber llegado tarde, el tráfico es caótico. Adela, creo que eres la única que has llegado puntual.

—Sí, he llegado incluso antes que los abogados. Cuando he visto tanta niebla, he pensado que el tráfico estaría complicado. Con tan poca visibilidad, puedes incluso encontrarte con algún accidente. Así que, después de dejar a Jorge en el colegio, he venido directamente hacia aquí.

—Bueno señoras, ante todo les trasmito mi más sentido pésame por el fallecimiento de sus padres. Habrá sido un duro golpe para ustedes, perder a ambos, en tan corto espacio de tiempo.

—Gracias —contestamos.

—Entonces, ahora que están presentes todas las partes interesadas, si les parece bien, daremos lectura a las últimas voluntades de su madre, que a la muerte de su padre, pasó a ser la heredera de este.

—Sí, por favor, puede dar comienzo —dijo Pilar, mi hermana mayor, que era la portavoz.

Leyó el testamento, no hubo ninguna sorpresa. Mi madre antes de morir, ya nos había dicho que quería que sus pertenencias, se repartieran a partes iguales entre las cuatro hermanas.

Mis padres no poseían ninguna fortuna, solo el piso en el que vivían y algo de dinero en el banco, que gracias al trabajo de mi padre y a la buena administración de mi madre, habían logrado ahorrar, con el objetivo de poder pagar una persona que les cuidara cuando fueran mayores, sin tener que recurrir a nosotras.

Nunca quisieron ser una carga para sus hijas, ni física ni económica. Solo en caso de máxima necesidad, como cuando ingresaron a papá con un ataque de corazón, o le operaron de la hernia y de cataratas, acudieron a nosotras. Mi hermana Pilar, a la que ya se le habían casado los hijos y tenía espacio suficiente para alojarlos en su casa, siempre les decía:

—Pero mamá, ¿por qué no os venís a mi casa? Tú y papá os estáis haciendo mayores y no tenéis por qué estar solos. Y yo tengo sitio de sobras.

—No hija, no. Nosotros estamos bien aquí. Las personas mayores vamos a nuestro ritmo, y tenemos nuestras manías y rutinas. No nos adaptamos bien a los cambios, y no debemos imponeros a vosotros una alteración en vuestra forma de vida.

—Pero mamá, yo estaría más tranquila si estuvierais en mi casa.

—Podéis estar tranquilas tú y tus hermanas, estamos bien. La señora Amparo es un ángel y nos cuida muy bien.

—Sí, durante el día, ¿pero y si os pasa algo durante la noche y no atináis a llamarnos?

—Si nos ocurriera algo de noche, utilizaríamos el medallón de la Cruz Roja, que nos trajo Gloria. Solo tenemos que presionarlo, y enseguida se ponen en contacto con nosotros. Ellos os avisarían. Además, nos llaman tres o cuatro veces a la semana, casi siempre a la hora de irnos a dormir, para saber cómo estamos. Esto es un gran servicio, porque en el caso de caernos y no poder acceder al teléfono, con solo presionar el botón del medallón, contactan en seguida.

—Ya veo que lo tienes todo controlado. Si preferís estar en vuestra casa, no insistiré más, pero que sepáis que siempre podéis venir a mi casa si algún día lo necesitáis, o cambiáis de opinión.

—Gracia hija, tú ya estas bastante liada con tus nietos. Vosotros vivís lejos y nosotros tenemos los médicos aquí; sería un trastorno para vosotros cada vez que tuviéramos que ir al médico, que por cierto, es bastante a menudo.

—Mamá, podemos cambiaros el médico a nuestro municipio.

—Sí, ya lo sé, pero estamos acostumbrados al nuestro. Hace un montón de años que le conocemos y le tenemos mucha confianza.

Mi madre era consciente de la complejidad de la vida actual. En su generación, el rol de la mujer era el de ama de casa y el cuidado de la familia, especialmente de los niños y de los mayores, que eran los más vulnerables. En las casas, convivían dos o tres generaciones, con lo que los abuelos y los niños siempre estaban atendidos por la mujeres de la casa.

Actualmente, las familias no comparten vivienda y con la incorporación de la mujer al mundo laboral, cada vez es más complicado que el cuidado de los niños y de los mayores lo asuma la familia. Los niños van a la guardería y los abuelos a la residencia para la tercera edad.

No es que sea mejor o peor, simplemente es diferente. La vida evoluciona y todo cambio tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La mujer ha logrado su independencia, desarrollando roles que en generaciones anteriores eran exclusivamente para los hombres, ganando así su propia autoestima, sustento e independencia. Nadie es realmente libre, si depende económicamente de otra persona.

Antes, si un matrimonio no funcionaba, a la mujer no le tocaba más remedio que aguantar. ¿Dónde iba?, ¿de qué vivía? Dependía económicamente del marido. Algunos, conscientes de su supremacía y con una arraigada cultura machista, muchas veces sometían a las mujeres, casi a la categoría de sirvientas, sin voz ni voto para decidir. Las decisiones importantes las tomaban ellos. Para eso eran los hombres de la casa, y en el peor de los casos, si el marido era una mala persona, podía convertirse en un tirano y hacer que la vida de su mujer fuese un verdadero infierno.

Al menos ahora, se está más en igualdad de condiciones. Claro que aún no se ha logrado la igualdad total. En algunos hombres, el machismo está tan enraizado que les cuesta asumir según qué papeles... Y a pesar de que la mujer aporte a la familia la misma cantidad económica, y esté en el trabajo la misma cantidad de horas que el marido, la mayor parte de las tareas del hogar, siguen recayendo sobre en ella. Hay hombres que se vanaglorian de ayudar a sus esposas en las tareas de la casa y el cuidado de los niños. No es ayudar, lo correcto sería compartir. Solo desde la igualdad puede existir justicia.

También la mujer ha contribuido en buena parte a alimentar el machismo. Las madres, no educaban igual a los hijos que a las hijas. Y no me refiero solo al servilismo, que eso estaba más que asumido. En la casa donde había hermanos de ambos sexos, las chicas se convertían en criadas de los hermanos varones. Esto podía estar justificado mientras las mujeres permanecieron en casa. Pero eso se mantuvo a lo largo de los años. Después de que la mujer empezara a trabajar fuera, en fábricas, comercios o servicios domésticos, que era a lo único a lo que tenían acceso, porque la preparación superior también estaba reservada al hombre, se seguía sirviendo al varón como si fuera el rey de la casa.

También en los derechos y libertades, había dos raseros distintos para medir la moralidad del hombre y la de la mujer. Las madres daban total libertad a sus hijos para entrar y salir. Nunca se criticaba a ningún chico porque volviera tarde a casa o saliera con muchas chicas. Al contrario, esto parecía aumentar más su hombría. En cambio a las hijas, se les controlaba la hora de entrada y salida, y si una chica volvía tarde a casa o salía con algunos chicos, era criticada por las propias mujeres, que la trataban de mujerzuela o en el mejor de los casos de casquivana.

La emancipación de la mujer no ha sido gratis, nada lo es, y el precio lo pagamos todos. Nuestros mayores, que después de una vida de trabajo y sacrificios para criar a sus hijos en tiempos muy difíciles, ahora se ven privados del cariño y cuidados de sus familiares, pasando al cuidado de manos asalariadas, que a pesar de ser personas preparadas profesionalmente y hacer una gran labor social, no es lo mismo que estar en casa. Se les aparta de su entorno y se sienten desarraigados.

También los niños y sus madres pagan un alto precio. Las madres, tienen que dejar a sus bebés al cuidado de otras personas, renunciando a veces a la lactancia, y perdiéndose una de las etapas más bonitas de sus hijos. Y estos a su vez, no pueden disfrutar de los cuidados de sus mamás, pasando a formar parte de un colectivo.

Mis hermanas Pilar y Adela vivían en otros municipios a treinta y cuarenta kilómetros de distancia, y aunque Pilar ya estaba jubilada, cuidaba de sus nietos para que sus hijos pudieran trabajar. Adela todavía trabajaba. Julia, su hija mayor, que estaba cursando el segundo año de carrera, aún no se había independizado, y Jorge solo tenía 10 años, con lo que todavía necesitaba mucha atención.

Mi hermana Lola era la que vivía más cerca de mis padres. No tenía hijos, y como su trabajo era solo de media jornada, pasaba diariamente para ver cómo estaban y hacerles un poco de compañía.

Yo vivía un poco alejada del barrio de mis padres, y además tenía una vida muy complicada. Clara, mi hija más joven, con dos niños de corta edad, tenía graves problemas de salud, que no solo le impedían trabajar, sino que provocaban que se viera imposibilitada para cuidar a sus hijos y llevar las riendas de su casa. La enfermedad de Clara, sumió a su marido en una terrible depresión, de forma que no podía atender su negocio, que era su única fuente de ingresos. Se buscó un profesional que realizara el trabajo de mi yerno. Y yo, gracias a mis estudios de decoración, asumí el de Clara. Con el trabajo en la empresa, el cuidado de ambas casas y de los niños, no me quedaba mucho tiempo para dedicarme a mis padres. Cada día hablaba con ellos por teléfono para ver cómo estaban. Y aunque les hacía una corta visita semanal, me sentía culpable por no poder dedicarles más tiempo.

Fue un periodo muy duro en el que tuvimos que tomar decisiones igualmente duras. Física y emocionalmente había llegado al límite, estaba arriesgando mi propia salud. Así que decidimos cerrar la empresa y vivir las dos familias con el sueldo de mi marido, que tuvo que buscarse un segundo empleo para hacer frente a la nueva situación, hasta que le concedieran a Clara una pensión por incapacidad.

Mis padres tenían una señora que les hacía la limpieza una vez por semana, y a la señora Amparo, que iba cada día de 9 a 2. Ella ayudaba a papá a levantarse y en su aseo diario. Les preparaba el desayuno, hacía la compra, les acompañaba al médico, les preparaba la comida y se aseguraba de que se alimentaran adecuadamente, procurando siempre hacerles una comida variada y agradable.

Cada día, antes de irse, les servía el almuerzo y recogía la cocina, pues mamá era muy ordenada y no le gustaba tener los platos sucios de un día para otro, ni la cocina desordenada.

Lola solía ir cada tarde a verles y a hacerles un rato de compañía. Pilar, Adela y yo les llamábamos a diario.

La señora Amparo, aparte de ser para ellos una gran ayuda, era una persona dulce y cariñosa, que les trataba con ternura, les hacía compañía y los entretenía. Jugaba con ellos al parchís y a las cartas, y aún que mi padre a veces se perdía, ella con una paciencia infinita, se lo explicaba una y otra vez. De vez en cuando le dejaba ganar, cosa que hacía a papá inmensamente feliz. Mis padres le cogieron un gran cariño, especialmente papá, que siempre le preguntaba a mamá qué parentesco les unía a aquella persona tan buena, que tanto les quería y ayudaba. Aunque mamá le explicó repetidas veces que no era de la familia, creo que él nunca lo entendió; la quería como a una hija. Nunca le agradeceremos bastante a la señora Amparo el amor y el cuidado que les dio.

CAPÍTULO 2

Después de un largo peregrinaje por las consultas de varios doctores, todos coincidieron en el diagnóstico: Clara tenía una enfermedad degenerativa, para la que no había tratamiento. Con una medicación adecuada y una vida más tranquila, podría experimentar alguna mejoría, pero estaba incapacitada para trabajar.

Sus abogados les aconsejaron que expusieran el caso en el tribunal médico, y solicitaran una pensión por incapacidad laboral. Los médicos que la visitaron hicieron sus informes para la solicitud de la pensión, que le fue denegada. Fueron a juicio, aportando todos los informes médicos que confirmaban la enfermedad de Clara. Evidentemente ganaron, pero la Seguridad Social lo recurrió.

Hubo un segundo juicio que se volvió a ganar. Aparte de todos los informes médicos que evidenciaban la enfermedad de Clara, lo que más peso tuvo ante el juez fue que ninguna persona con un negocio rentable, que les permitía tener una vida holgada y hasta con ciertos lujos, lo cerraría para vivir de una magra pensión.

Después de casi dos años de lucha en los tribunales, le concedieron una modesta pensión de invalidez permanente. A pesar de haber perdido poder adquisitivo y tener que adaptarse a un tipo de vida más modesta, sin el peso de la culpabilidad que les causaba depender económicamente de nosotros, empezaron a tomar de nuevo las riendas de sus vidas, y yo recuperé la mía. Aunque a veces les echaba una mano con los niños, al no ser a tiempo completo resultaba gratificante. Llevarlos o recogerlos del colegio y salir de paseo con ellos al parque, ahora más relajada, hacía que disfrutara mucho más de su compañía, malcriándoles un poco, que es lo que toca a los abuelos. Durante un tiempo, fui una abuela atípica, al tener que educarles y corregirles, labor que corresponde a los padres.

Libre del estrés y con un tratamiento adecuado, Clara experimentó una ligera mejoría. También su marido superó la terrible depresión que sufría, y empezó de nuevo, haciendo algún proyecto de obra, pero esta vez a otro ritmo.

Después de un largo periodo de problemas, mi vida entró en una fase más tranquila. Pude finalmente dedicarles más tiempo a mis padres, lo cual me hacía sentir mejor.

Mi padre, a sus ochenta y cinco años, que no los aparentaba, ya que tenía una magnífica genética, andaba bastante perdido en su mente, aunque era un experto en disimularlo. Cuando iba a visitarles, al verme, se le iluminaba la cara de felicidad. Salía a recibirme con los brazos abiertos y me abrazaba. Yo le preguntaba, ¿sabes quién soy?« y él con una sonrisa me respondía, ¿cómo no lo voy a saber?...« Pero no lo sabía porque nunca me decía »Eres mi hija Gloria«. Aparte de eso, gozaba de buena salud, nada hacía presagiar su repentina muerte.

Cuando murió mi padre, disponiendo ya de mi tiempo, me llevé a mamá a nuestra casa. A pesar de vivir aún en otro barrio, al estar en la misma localidad, seguía teniendo su mismo médico y no ofreció resistencia. Creo que después de la muerte de papá, no quería seguir viviendo en el piso que habían compartido durante tantos años. Había demasiados recuerdos. Decía que sin papá no sería igual y que se sentiría muy sola. Para entonces Juan ya se había jubilado, y si yo tenía que echarle una mano a Clara o salir con los niños, él se quedaba en casa. Procurábamos no dejarla sola.

Le preparamos una habitación cerca del baño, disponía de un armario para su ropa, zapatos y cosas personales. Tenía también una mesita tipo escritorio, con un pequeño televisor para que viera sus programas favoritos, si Juan estaba viendo documentales o películas que a ella no le gustaban, y un radio, ya que por la noche le gustaba escuchar música, decía que le ayudaba a dormir. En fin, nos volcamos en hacerle la vida lo más agradable posible, pero no fue suficiente para motivarla a seguir viviendo. Un día me dijo:

—Gloria, anoche vino tu padre a verme y me preguntó que cuándo me iba a reunir con él.

—Mamá, ¡cómo va a venir papá a verte!, seguro que fue un sueño.

—No, no fue un sueño. Se sentó a mi lado en la cama y estuvimos hablando, yo le dije que pronto me iría con él. Que mi misión aquí ya había terminado y no tenía ningún sentido retrasar nuestro encuentro.

—No quiero presionarte —me dijo—. Tómame tu tiempo Mientras tú permanezcas aquí, vendré a verte y a hablar contigo cada noche.

—Mamá, seguro que fue un sueño. Además deja que cuide de ti. Durante mucho tiempo no he podido dedicaros tiempo a ti y a papá. Esto me hacía sentir muy culpable, te necesitamos, no nos dejes tú también.

—Nunca os dejaré, aunque no esté aquí físicamente, esté donde esté, siempre estaré con vosotras y os cuidaré desde el más allá. Papá me esperará el tiempo que sea necesario, pero nunca se irá del todo sin mí.

Pensé que la muerte de papá la había trastornado un poco. Aunque aparte de esto, no daba muestras de demencia senil ni pérdida de facultades mentales. Su mente estaba tan lúcida como siempre. Tampoco se la veía triste. Estaba serena, incluso parecía feliz. Creo que estaba preparándose para reunirse con papá. Un día se fue mientras dormía; su muerte fue como su vida, tranquila, apacible, sin hacer ruido. Tan solo había sobrevivido a papá dos meses, creo que no sabía vivir sin él.

Fue duro perder a los dos en tan poco tiempo. Mamá estaba muy enferma, pero tenía un motivo para seguir viviendo: cuidar a papá, que empezaba a tener demencia senil y era muy dependiente. Ella no quería dejarnos esa carga y resistió hasta el final. Pero una vez que papá se fue, su misión había terminado y le siguió en su último viaje. Espero que exista otra vida, y se hayan reencontrado, es lo que ambos deseaban.

Habían pasado toda la vida juntos, eran del mismo pueblo y se conocían desde pequeños. El único tiempo que pasaron separados, fueron los dos años que mi padre pasó en el servicio militar en Vilafraca del Penedès. Mi madre siempre decía que lo pasó tan mal y le echó tanto de menos, que cuando volvió y se casaron, juró que nunca más se volverían a separar. Y así fue. Por eso creo que se ha ido, para cumplir su promesa. Esta vez no quería esperar tanto para reunirse con él. Seguro que desde aquí le hizo un guiño diciéndole, “no te preocupes Ignacio, que ya voy”.

Se casaron en 1941 y al año siguiente, nació mi hermana Pilar, a la que le pusieron el nombre de mi abuela paterna. En 1944 nació mi hermano, al que llamaron Enrique, como a mi abuelo paterno. Un niño sano y hermoso que les colmó de felicidad.

Eran jóvenes, estaban enamorados y tenían una preciosa parejita. ¿Se podía pedir más? Su felicidad era completa. Pero la felicidad completa no existe. Esta siempre se ve ensombrecida con periodos de gran dolor que se van alternando a lo largo de nuestras vidas. Quique murió antes de cumplir los tres años, dejando a mis padres sumidos en la más absoluta tristeza. Parece como si a los seres humanos nos estuviera negada la felicidad prolongada.

En aquellos años, la mortalidad infantil era muy alta. Enfermedades que actualmente se diagnostican precozmente, y que bien tratadas permiten tener una vida normal, antes podían ser mortales. Ahora, después de tantos años, hemos llegado a la conclusión de que mi hermano pudo morir a consecuencia de celiaquía, una enfermedad que por entonces no se diagnosticaba. En aquellos tiempos, la lactancia era larga, cercana a los dos años y el destete no se hacía progresivamente. Se decía “la semana que viene desteto al niño”, y a partir de aquel día se le empezaba a dar papilla de harina de trigo con leche de cabra o de vaca. Tampoco existían las leches maternizadas, por lo que los niños con intolerancia a la leche no materna también podían tener problemas.

Mi madre estaba excesivamente delgada y siempre se encontraba mal. Posiblemente debido a la celiaquía que le diagnosticaron a los sesenta años.

Mi abuela le dijo:

—María, tendrías que destetar a Quique, que te estás quedando en los huesos.

—Mamá, es que todavía es muy chico.

El niño debió oírlo, porque a la semana siguiente, cuando mi madre dejó de darle el pecho y empezó a darle las papillas, se tiraba al suelo y rodando a lo largo del pasillo decía: “quiero teta que soy chico”. Mi madre tuvo que tiznarse el pecho y restregarse ajo y pulpa de tuera en el pezón, para que el niño lo aborreciera. En cuanto se le alimentó con las papillas de harina de trigo, empezó a encontrarse mal. Vomitaba con frecuencia y tenía diarreas continuas. Mi madre lo llevaba al médico, quien siempre achacaba estos problemas a la dentición. Pero el niño cada día estaba peor, estaba débil, perdía peso y hasta le cambió el carácter. Pasó de ser un niño alegre y vigoroso a estar triste y llorón. Ya no jugaba con el gato, ni miraba las flores de la maceta de begonias. Mi madre lo llevaba al médico casi a diario para explicarle todos los síntomas de su enfermedad, pero el médico no le hacía caso.

—Estás obsesionada con el niño y te pasas todo el día observándole— le dijo.

Cuando en verano el médico se fue a tomar las aguas a Lanjarón y pusieron un sustituto, mi madre llevó al niño otra vez, y le explicó al médico suplente todos los síntomas de una enfermedad que ya duraba demasiado, y que estaba apagándolo. En cuanto el médico le vi, le diagnosticó una dispepsia.

—¿Qué medicinas necesitará, doctor?

—No necesita medicinas, solo un cambio en la alimentación. Tienes que sustituir la harina de trigo por la de arroz. Pero los primeros días como tratamiento de choque, le darás harina de algarrobas y agua con zumo de limón.

—Pero, ¿se curará, doctor?

—Mire, en cuanto le cambie la dieta, le cesarán los vómitos y las diarreas y el niño empezará a mejorar. Pero está muy débil y falta de defensas, cualquier infección que cogiera sería fatal.

Tal como dijo el médico, en una semana el niño hizo un cambio espectacular. Mamá dejó de temer por su vida, pero semanas más tarde moría de meningitis.

La muerte de Quique fue un duro golpe, que sumió a mis padres y a mi abuela en un terrible dolor. Con el tiempo papá lo fue superando, pero mamá no lo superó nunca. Aunque no conocí a mi hermano, ni siquiera en fotografía, pues en aquel tiempo no había ningún fotógrafo en el pueblo, él siempre estuvo presente en nuestras vidas. Recuerdo que mamá siempre hablaba de él, ella siempre lo mantuvo vivo y a través de ella lo conocimos. Supimos que era un niño moreno, de profundos ojos negros, alegre y juguetón y que al no disponer de juguetes, el pobre gato era el objeto de sus travesuras. El animal siempre aguantó pacientemente y nunca le agredió. Fue un niño muy precoz en todo, en andar, en echar los primeros dientes, en hablar y hasta en morir. Se fue antes de los tres años.

Mamá deseaba ardientemente tener otro hijo, creía de esa forma recuperar al que se había ido. Así fue como al año siguiente de morir mi hermano nació yo. Me llamaron Gloria, como mi abuela y bisabuela materna. Mi nacimiento no cerró la herida que mi hermano había dejado en el corazón de mi madre. Para ella, fue una experiencia agri dulce, que le creó un problema de conciencia. Yo no había colmado sus expectativas. Ella deseaba un niño al que llamar Enrique, creándose así la ilusión de haber recuperado al que se fue, como si se hubiera ido por un corto espacio de tiempo y hubiera vuelto. Pero yo no era un niño, no podía reemplazarle. Nadie podía hacerlo, cada hijo es único e irremplazable, pero mamá tardó muchos años en darse cuenta.

Ella estaba obsesionada, guardaba cuidadosamente toda la ropita de Quique y cuando cumplí los dos años, mamá quiso intentarlo de nuevo. Papá le dijo que no era el momento de ampliar la familia. Nuestros recursos eran muy escasos, apenas nos daban para mal vivir. Eran tiempos difíciles, no había mucho trabajo. En Andalucía había poca industria y en el campo, el trabajo era temporal y los sueldos de miseria. Nuestra familia estaba compuesta de cinco miembros, ya que mi abuela materna era viuda y vivía con nosotros. A veces teníamos que recurrir a comprar fiado para poder comer. Como mi familia era buena pagadora, la tienda les fiaba, pero en cuanto mi padre hacía algunas peonadas en el campo, y traía algún dinero a casa, este era para pagar la deuda de la tienda, por lo que volvíamos a estar sin recursos y empeñados de nuevo. Mi padre odiaba aquella situación.

—María, no podemos seguir así. Necesito trabajar cada día para mantener la familia y la única opción es la mina.

—¡No, eso sí que no! Acabarías enfermado de silicosis. Eso si no mueres antes aplastado en un derrumbe.

—No tendré que trabajar en los pozos, me han dicho que necesitan personal para trabajar fuera. Mañana mismo iré, porque si se corre la voz, cubrirán las plazas enseguida.

Al día siguiente a primera hora de la mañana, mi padre se dirigió a la mina a solicitar el trabajo y en contra de la voluntad de mi madre, lo aceptó, a pesar de que por la distancia que separaba el pueblo de la mina, solo podía venir a casa los domingos, alojándose el resto de la semana en unos barracones con otros mineros.

El sueldo de los trabajadores externos, era menos de la mitad de los que trabajaban en el interior de la mina, pero entrañaba menos riesgo. Aunque seguía siendo un sueldo miserable, era estable y nos permitía comer sin estar continuamente endeudados. Además, en el economato de la mina, podía comprar algunos alimentos más baratos, que nos enviaba semanalmente con Ambrosio, un arriero que hacía este servicio a los mineros del pueblo.

Papá tuvo que prometerle a mamá que sería temporal. Le escribiría a sus hermanos que estaban en Barcelona y en Madrid, para que le ayudaran a buscar un trabajo. No tenía preferencias por una u otra ciudad, aceptaría el primero que saliera.

El trabajo en el exterior de la mina solo duró seis meses, y al no haber recibido ninguna oferta de trabajo por parte de sus hermanos, aceptó trabajar en el interior de la mina, en el que permaneció dos años. Evidentemente no se lo dijo a mamá, advirtiéndole a sus compañeros que guardaran silencio. El dinero que ganaba de más por el cambio de trabajo, lo iba ahorrando. Quería contar con unos recursos extra, para hacer frente a los gastos que se originaran cuando nos trasladáramos a la ciudad. Mamá, con un sueldo fijo, y lo que aportaba mi abuela de sus esporádicas limpiezas caseras y trabajos del campo, volvió a insistir en tener otro hijo.

—Mira María, tienes que aceptar la pérdida de nuestro hijo. Ningún otro que tengamos le va a sustituir y ahora no estamos en condiciones de aumentar la familia.

—Pero Ignacio, el niño no representaría un gasto extra, tengo toda la ropita de Quique y si vamos a buscarlo ahora, mientras nace y pasan los dos años de lactancia, serán tres años y en ese tiempo, nuestra situación puede haber cambiado. Para entonces, quizás tus hermanos te hayan encontrado un empleo.

—Cuando lo consiga hablaremos.

—Tienes que prometérmelo.

—Te lo prometo solemnemente. En cuanto encuentre un trabajo en la ciudad, y tengamos una estabilidad económica, tendremos otro hijo.

Aunque papá había recibido de sus compañeros de trabajo la promesa de no revelar que trabajaba en el fondo de la mina, un día en la taberna, uno que había bebido más de la cuenta, se fue de la lengua.

—No sé qué hará Ignacio con el dinero de más que gana en el fondo de la mina, porque a María no se lo da. Y lo que es en vino no se lo gasta, porque nunca viene por la taberna. Ahora que va sobrado de dinero, podía ser más generoso y gastárselo con los compañeros.

Este comentario, hecho en voz alta delante de los clientes, corrió como la pólvora por todo el pueblo, donde todo el mundo se conocía, llegando a los oídos de mi madre, que hecha un mar de lágrimas le recriminó a papá haberla engañado.

—No quería que sufrieras, por eso no te lo he dicho. Es solo temporalmente. Tarde o temprano acabará saliéndome un trabajo en la ciudad, y con el dinero que he ido ahorrando, tendremos para el viaje, sin tener que recurrir a la ayuda de mis hermanos.

—Rezaré cada día a la Virgen del Carmen, para que salgas cuanto antes del fondo de la mina. Y le prometo vestir su hábito durante un año si me lo concede.

No sé si fue por la intervención de la Virgen del Carmen, o porque la fe mueve montañas, pero el caso es que a los pocos meses, su hermano de Barcelona le mandó llamar. Le había conseguido un trabajo.

CAPÍTULO 3

Su hermano le había encontrado trabajo, pero no casa. Mis tíos, haciendo gala de una gran generosidad, nos ofrecieron compartir la suya temporalmente hasta que encontráramos una vivienda. En febrero de 1953 nos subimos al Sevillano y nos trasladamos a Barcelona toda la familia, excepto mi abuela que se quedó en el pueblo con su otra hija. Gracias a la hospitalidad de mis tíos, que nos acogieron en su reducido hogar, mis padres pudieron cumplir su promesa de no volverse a separar. Mis tíos vivían en una pequeña vivienda de dos habitaciones, sin baño, y una minúscula cocina en la que tenían que turnarse para guisaren un infiernillo de petróleo que comprábamos a litros en la carbonería. El hornillo era muy práctico, tenía el depósito de vidrio en el que se podía ver lo que se gastaba.

En el patio comunitario había un lavadero y un retrete de madera que compartían con el resto de los vecinos. A mí me daba miedo aquel retrete, temía caer por el oscuro y maloliente agujero. Recuerdo las hojas de periódico colgadas de un clavo en la pared, que se utilizaban como papel higiénico. Y el cubo de zinc con agua, que volvía a rellenar la persona que lo vaciaba. Nos acogieron desinteresadamente, con las consiguientes molestias de tener que compartir un espacio tan pequeño, y la pérdida de su intimidad. Los cuatro miembros de mi familia dormíamos en la misma habitación, en la que por sus reducidas dimensiones solo cabía una cama, donde dormían mis padres y por la noche desplegaban una cama turca donde dormíamos Pilar y yo. Mis tíos tenían una hija de mi edad, con la que tuvieron que compartir dormitorio, el tiempo que vivimos en su casa.

Conscientes del gran favor que nos hacían y del trastorno que les causábamos, la prioridad de mis padres fue buscar una casa. No fue tarea fácil, ya que en aquel tiempo no había tantos pisos como en la actualidad. Tuvimos suerte, unos conocidos de mis tíos que tenían un hijo y dos hijas casaderas, ambas con novio, habían hecho un piso para cada una, sobre un gran local de su propiedad. Sería la dote para ellas, ya que el hermano con el régimen de herencia catalán, era el heredero de la casa de sus padres y del resto de sus bienes. El novio de la hija más joven se fue a trabajar a Alemania, prometiéndole a su novia que en cuanto estuviera instalado, se casarían por poderes para que ella se trasladara con él al país germano, con lo que no iban a necesitar el piso, así que decidieron alquilarlo.

El piso era amplio y soleado, tenía tres habitaciones, un gran comedor, una enorme cocina alicatada con baldosas blancas, hornillo de carbón y cocina económica, que nos proporcionaba agua caliente en el baño y la cocina. Todo un lujo en aquella época. La cocina tenía una gran alacena, la parte de arriba para la loza y el cristal y la de abajo para los alimentos. También disponía de una amplia azotea, donde tomar el fresco las calurosas noches de verano. Mamá la llenó de macetas con geranios y claveles. En la azotea había un lavadero, donde no llegaba el agua caliente y donde a veces en invierno había que romper el hielo para poder lavar. Disponía también de cuarto de baño completo, y en la parte superior de un desván que ocupaba las dimensiones del piso en su totalidad. El alquiler era muy alto, 350 pesetas mensuales, más 8.000 pesetas de fianza, a devolver cuando mis padres dejaran el piso. En aquel tiempo era toda una fortuna que se llevó todo el dinero del que disponían mis padres. Parte de los ahorros eran el dinero que mi padre había guardado durante el tiempo que trabajó en el fondo de la mina, y el resto la venta de la pequeña casita del pueblo y de todas su pertenencias. Compraron a plazos el mobiliario imprescindible, que más tarde irían ampliando según nuestras posibilidades. Una de las cosas que más recuerdo era la pequeña nevera de hielo que se instaló en el comedor. Quizás porque yo era la encargada de recoger el hielo cada día, cuando pasaba el repartidor con su triciclo. Posiblemente hubieran encontrado un alquiler mucho más barato. Un piso viejo, sin baño ni agua caliente y con un retrete comunitario en la escalera para todo el vecindario. Sin terraza ni lavadero, con lo que mi madre hubiera tenido que ir a los lavaderos públicos. Pero mi padre quería una vida cómoda para su familia, aunque esto le supusiera trabajar duro.

Tenía un buen empleo en Los Talleres Vascos Catalanes, donde en aquel tiempo había mucho trabajo. Con el paso de los años fue perdiendo hasta que finalmente y después de la jubilación de mi padre tuvieron que echar el cierre por falta de actividad. Eran buenos tiempos para los Astilleros y pagaban muy bien las horas extras, sobre todo las del turno de noche. Mi padre era el encargado del almacén. Se encargaba de la compra del material de reposición, y de suministrar el material y las piezas de recambio a los mecánicos que llevaban a cabo las reparaciones de los buques. Cuando venía algún barco que corría prisa reparar, trabajaban en turnos las 24 horas. Como casi nadie quería hacer el turno de noche en el almacén, se lo ofrecían a papá que siempre estaba dispuesto, por dos importantes razones: la económica y prestar un buen servicio a la empresa.

A veces se había pasado una semana entera sin venir a casa a dormir, empalmaba el día con la noche. Los trabajadores antes de empezar la reparación del barco, revisaban la avería y se llevaban todo el material necesario, con lo que raramente le molestaban. Solo en caso de que alguno hubiera olvidado alguna pieza o surgiera un imprevisto. Así que él podía descansar en el almacén en una especie de colchón enrollable.

Estaba muy bien considerado, tanto por sus compañeros como por sus jefes. Era un hombre bueno, muy trabajador y tenía una excelente preparación, totalmente autodidacta. A pesar de no haber ido nunca al colegio, sabía leer, escribir y las cuatro reglas como se decía entonces. Una de sus mayores aficiones era leer, le encantaban los libros, al igual que a mí, creo que en eso me parezco a él.

A los ocho años lo pusieron a guardar cerdos. Sus padres vivían del campo, ninguno de los dos sabía leer ni escribir. Tuvieron once hijos, de los que sobrevivieron ocho, cinco varones de los que mi padre era el mayor, y tres mujeres.

Actualmente no es rentable tener muchos hijos, pero en aquellos tiempos, cuantos más hijos se tenían más prosperaba la familia. En alimentación, se añadía a la olla un puñado más de garbanzos o judías, y hasta donde llegara. Como solían decir: en la mesa de San Francisco, donde comen cuatro comen cinco. Y en cuanto a ropa y calzado, se pasaba de uno a otro, hasta que llegaba al más pequeño. Cuando llegaba al último, lo hacía en un estado tan lamentable que era prácticamente irreconocible. Con tantos zurcidos y remiendos, que a veces ya no se sabía su color original. Pero cumplía su cometido, llegar hasta el final.

A partir de los siete u ocho años ya eran aptos para el trabajo. Los más pequeños guardaban pavos o cerdos, como el caso de mi padre, y según iban creciendo, aumentaba la responsabilidad, guardando ovejas o cabras y ayudando a ordeñar y en las labores del campo. Era mano de obra gratis, y no estaba considerado como explotación infantil. Tampoco era obligada la escolarización, y aunque tanto mi padre como sus hermanos querían ir al colegio, su madre les decía:

—Anda, anda. Para qué queréis ir a al colegio, si no vais a ser maestros de escuela.

—Pero mamá, nosotros queremos aprender a leer.

—¿Para qué? ¿Para descuidar vuestro trabajo? Los que saben leer se vuelven unos holgazanes, mientras están leyendo no hacen nada de provecho. Aquí lo que hace faltan son brazos para trabajar.

Mi padre se inició en las matemáticas a los ocho años, cuando cuidaba cerdos. Hacía montones de piedrecitas de las que iba restando, sumando, dividiendo y multiplicando.

“Si a este montoncito que hay cinco, le pongo tres, habrá ocho” y “si a este que hay diez, le quito tres, quedarán siete”. Según iba aprendiendo aumentaba las cantidades y hacía operaciones más complejas.

Para aprender a leer, tuvo que buscar ayuda entre vecinos y gente del pueblo. También contaba con la complicidad de su padre.

—Papá, me gustaría que me compraras una cartilla, para aprender a leer.

—¿Y quién te va a enseñar?

—Andrés, el de las vacas, me ha dicho que me enseñará si le ayudo a limpiar las cuadras.

—Bueno, pero que no se entere tu madre, ¿eh?

Después de la cartilla, fueron libros y libretas para empezar a escribir. Siempre escondidas de mi abuela que no lo aprobaba. Más adelante, fue él quien enseñó a sus hermanos más pequeños. Todos ellos eran inteligentes y con un gran afán de superación. De esa forma fueron ampliando su cultura, y al igual que mi padre, obtuvieron buenos puestos de trabajo.

Una vez instalados en nuestra nueva casa, vino mi abuela materna a vivir con nosotros, pero no se adaptaba a la ciudad. Era demasiado mayor para echar raíces en otra tierra, y se volvió de nuevo al pueblo con mi tía Lola.

Fue muy duro para todos, yo quería mucho a mi abuela y ella también a nosotros. Esta división de la familia fue muy dolorosa, especialmente para ella, que siempre había vivido en nuestra casa, y de repente se sintió con el corazón dividido. Cuando estaba en Barcelona, echaba de menos su pueblo, el entorno donde siempre había vivido y echado raíces, y cuando estaba en el pueblo, nos echaba de menos a nosotros.

Aunque para mamá tampoco fue fácil la separación, ella nos tenía a papá y a nosotras. Mi hermana y yo no tardamos en adaptarnos, los niños tienen una gran capacidad de adaptación y como las plantas jóvenes, pronto echan raíces en cualquier sitio. Sobre todo si la tierra es buena, y en este caso nuestra calidad de vida era muy superior a la anterior.

Para mi abuela empezó su peregrinaje del pueblo a Barcelona. Vino varias veces por cortos periodos de tiempo, hasta que murió en el pueblo en 1964, lejos de sus queridas nietas a las que adoraba. Ahora que yo soy abuela, pienso que los últimos años de su vida tuvieron que ser muy tristes. A veces pienso si se habrá reencarnado cerca de nosotros. Quizás forma parte nuevamente de nuestro entorno. Si fuera así, ¿cómo me gustaría poderla reconocer y devolverle todo el amor que nos dio. Fue una mujer muy ahorradora, lo único que derrochó en esta vida fue amor, quizás porque careció de él en su infancia y juventud. Si la teoría de la reencarnación es cierta, ojalá la nueva vida la trate mejor que la anterior.

Su vida fue muy dura desde su nacimiento. A las pocas semanas de nacer, murió su madre, a consecuencia de una paliza que le propinó su padre, empujándola por las escaleras cuando le faltaba poco para dar a luz. El mismo día que recibió la paliza, nació mi abuela algo prematura pero milagrosamente viva. No tuvo tanta suerte su madre, que murió a las pocas semanas a consecuencia de la perforación de la pleura, causada por la pata de una mesa que el marido le tiró tras arrojarla por las escaleras. La muerte se le achacó a problemas de postparto y el crimen quedó impune. Según le contaron a mi abuela más tarde las personas que la conocieron, su madre fue una mujer bellísima. De ojos verdes y cabellos rojizos, de la que tengo el honor de haber heredado su bonito nombre y el color de los ojos.

Aunque actualmente siguen muriendo mujeres en manos de sus maridos o parejas, la sociedad está más concienciada en condenar estos actos de salvajismo y la ley castiga a los autores. En aquel tiempo, estos delitos raramente eran castigados. Si la mujer no moría en el acto, aunque su muerte fuera a consecuencia de la agresión, se hacía la vista gorda y el asesino quedaba impune. Y si era cuestión de infidelidad, la sociedad incluso lo aprobaba como acto de hombría. Un hombre tenía que lavar su honor, y como a la mujer se la consideraba propiedad del marido, de ahí el dicho: “la maté porque era mía.”

Mi abuela tenía una hermana dos años mayor que ella. Con qué dolor tuvo que abandonar esta vida, aquella joven y bella mujer, dejando a sus pequeñas hijitas a merced de un monstruo. Gracias a la generosidad de las vecinas, que tenían bebés y la amamantaron, pudo sobrevivir mi abuela, que creció sin amor, al lado de un padre malvado que la estuvo maltratando, hasta que abandonó la casa paterna para casarse.

Los abuelos maternos se ofrecieron a cuidar de las niñas hasta que fueran mayores. Pero el padre, haciendo gala de su crueldad, se negó. Ellos las hubieran cuidado con todo el cariño y ternura que todo niño necesita. Al mismo tiempo, las niñas hubieran mitigado el dolor de los abuelos por la pérdida de su querida hija recobrando parte de ella con sus nietas.

¿Cómo es posible que un ser humano pueda causar tanto daño? Me pregunto si son realmente humanos. ¿O solo lo son en apariencia? ¿Cómo pueden vivir causando tanto dolor? Son como las alimañas que se alimentan con el dolor y el sufrimiento de los demás.

Cuando mi abuela tenía un año, su padre se volvió a casar, no para darles una madre a sus hijitas, sino para tener a alguien a quien maltratar mientras las niñas crecían y poder continuar el maltrato con ellas. Ese tipo de “hombres” misóginos, desnaturalizados y cobardes, se sienten fuertes ejerciendo su tiranía con los más débiles. Especialmente con las mujeres, a las que anulan, aplastan y destruyen. Nunca miden sus fuerzas con un igual.

Tuvo dos o tres hijos más con su segunda mujer que a pesar de no ser una mala persona, vivía tan presa del miedo a las palizas y los malos tratos que recibían ella y los niños, que era incapaz de dar amor ni a sus propios hijos. Mi abuela nos contó que era una mujer muy religiosa, y en sus oraciones, siempre le pedía a Dios sobrevivir unos años al marido, para la salvación de su alma.

Mi abuelo, al que no conocí, era diez años mayor que ella. Según nos contaba mi abuela, la primera vez que la vio, fue el día de su bautizo. Estaba jugando a la pelota con otros niños en la plaza de la iglesia. Al ver un bautizo se acercaron para ver al bebé preguntando a la madrina si era niño o niña. Esta contestó que era una niña y mi abuelo al verla dijo:

“Que niña más guapa, cuando sea grande me casaré con ella.”

Fue una frase profética ya que el comentario de un niño de diez años, con el paso del tiempo, se convirtió en realidad. Debe ser la fuerza del destino, porque al hacerse mayor se enamoró de ella. Sabiendo el maltrato que recibía por parte de su padre, quiso casarse pronto para rescatarla del tirano y este se opuso. ¡Cómo iba a consentir que nadie le privara del placer de maltratarla! Así que tuvieron que esperar a que cumpliera la mayoría de edad para poder casarse.

Tuvieron cinco hijos, cuatro niñas y un niño, de los que solo sobrevivieron dos, mi madre y su hermana Lola, a las que tuvo que criar mi abuela en solitario, ya que mi abuelo murió prematuramente. Mi abuelo era hortelano, trabajaba al cuidado de la finca de unos señores que vivían en el pueblo. Tenían vivienda gratis, una casita anexa a la de los señores. Y aunque la paga no era muy grande, con huerto y las gallinas y pollos que criaba mi abuela, estaban abastecidos de hortalizas, carne y huevos.

El mayor deseo del amo era vivir en su finca. Como no era un hombre de taberna, la vida del pueblo le ofrecía pocos atractivos, resultándole bastante aburrida. En cambio, en el campo podía dar rienda suelta a sus aficiones. Le apasionaba la equitación y poseía una cuadra de excelentes caballos de pura raza española. También le gustaban la caza y la pesca, aficiones que practicaba cuando temporalmente iban a la finca, que solía ser en las vacaciones escolares de los niños, Semana Santa y Navidad. Las temporadas que pasaba en la finca, el hombre era feliz dando largos paseos a caballo o a pie, casi siempre acompañado de sus hijos, disfrutando de la naturaleza y de sus aficiones que los niños también compartían. Su mujer, por el contrario, se aburría soberanamente en el campo, deseando volver al pueblo con su vida social, sus amigas y sus cotilleos. Y para no fijar su residencia permanente en la finca ponía como excusa la escolarización de los niños, aunque no era obligatoria, si bien las familias acomodadas enviaban a sus hijos a la escuela. También existía la opción de ponerles un tutor en la finca para que les enseñara, cosa que el señorito había sugerido en alguna ocasión, a lo que su mujer se había negado rotundamente, alegando que los niños necesitaban tener una vida social y relacionarse con otros niños de su edad. Los niños nunca fueron consultados, de haber podido elegir, hubieran elegido el campo.

—Ya sé querido lo mucho que deseas vivir aquí, pero tendremos que esperar a que los niños sean mayores para instalarnos en la finca definitivamente —le decía su mujer, y añadía: “Por los hijos nos toca hacer los mayores sacrificios”.

Era cuestión de dejar pasar el tiempo, cuando llegara el momento ya buscaría otras excusas, como por ejemplo:

—Ahora que están en la edad de salir con chicas, no es justo que les obliguemos a vivir recluidos en el campo. Sería muy egoísta por nuestra parte —y seguía argumentando:

—Sabes querido que aunque yo prefiera el pueblo, deseo por encima de todo tu felicidad, pero no me parece justo sacrificar a nuestros hijos. Su felicidad debe anteponerse a la nuestra.

Así que el pobre señorito, aun siendo rico y poseyendo lo que le hacía feliz, nunca pudo disfrutarlo totalmente y cumplir el sueño de fijar su residencia en el campo.

Para los señores, era muy cómodo que mis abuelos vivieran en la finca. Se supone que construyeron la casita adosada con esa finalidad. Querían tenerles cerca cuando estaban allí.

Cuando los amos iban a pasar una temporada, mi abuela les limpiaba y ventilaba la casa para que al llegar la encontraran en condiciones. Después, el mantenimiento lo hacía una de las criadas que traían del pueblo. Contaban con un buen servicio doméstico, de su absoluta confianza, que llevaba muchos años a su servicio. La doncella más antigua de todas era como de la familia. Había entrado a trabajar con tan solo 12 años en casa de los padres de la señora, y cuando esta última se casó, entró a su servicio. La sirvienta nunca se casó, así que cuando la señora tuvo a sus hijos los cuidó desde la cuna y los quería como si fueran suyos. Los niños también la querían como si fuera de la familia y la llamaban “la Tata”. Nunca la llamaron por su nombre.

Cuando los señores estaban en el pueblo, mi abuelo iba una vez por semana para abastecerles. Cargaba su burro con frutas, hortalizas, pollos y huevos para los amos. De paso, aprovechaba para ver a sus amigos y comprar lo que mi abuela le encargaba: jabón, hilo, azúcar, café, aceite, mechas para el candil... cosas que ellos no producían.

Había en el pueblo un amigo de mi abuelo al que llamaban “el visionario”, porque se le atribuían poderes paranormales. En los pueblos casi todo el mundo tenía un mote, por el que eran más conocidos. Eran amigos desde la infancia, con el que jugaba a la pelota en la plaza de la iglesia el día que bautizaron a mi abuela. Se querían como hermanos. De ahí la alegría que sentían cuando se encontraban y disfrutaban de un rato de conversación.

—¡Hombre Antonio, dichosos los ojos que te ven, últimamente andas muy perdido!

—Hola Viviano, ¡yo diría que el perdido eres tú! He venido al pueblo cada semana como siempre, pregunté por ti y me dijeron que estabas en la finca del Cerro esquilando ovejas. Y la semana pasada vi a Juana en la tienda de la Tani, y me dijo que te habían llamado para hacer unas peonadas en otra finca.

—Sí, no me puedo quejar. Ahora estoy en racha, me va saliendo un trabajo tras otro. Estuve en la finca del Cerro una semana esquilando ovejas, volví al pueblo y solo estuve unos días parado, me volvieron a llamar de otra finca. Así que he ido empalmando un trabajo con otro. Últimamente he parado poco por el pueblo y cuando estaba aquí no hemos coincidido. Los que no tenemos la suerte de contar con un trabajo fijo todo el año, como tú, tenemos que aprovechar lo que nos sale e ir haciendo un poco de rincón para cuando no haya nada.

—Oye, pues me alegro de que las cosas te hayan ido bien, aunque eso me haya privado de verte.

—Yo también me alegro mucho de verte, Antonio, amigo mío.

Y se abrazó a él, estrechándole con fuerza. Cuando se separaron, mi abuelo notó que tenía los ojos húmedos.

—¡No te emociones, hombre, que ahora que estás en el pueblo nos veremos más a menudo! Bueno y ahora me tengo que ir, que si no Gloria va a pensar que me ha pasado algo. Dale muchos recuerdos a Juana y besos a los chiquillos.

—Igualmente para Gloria y las niñas. ¡Adiós Antonio!

Cuando el amigo de mi abuelo volvió a su casa, Juana, su mujer, le dijo:

—¿Qué te pasa hijo? ¡Vaya cara!, parece que vienes de un funeral.

—No, pero no tardaremos mucho en ir.

—¿Qué dices? ¿Quién se va a morir ahora?

—Antonio, el veintitrés.

—¿El marido de Gloria, la pecosa?

—El mismo.

Esos eran los mote de mis abuelos. A mi abuela, por tener una piel tan sumamente blanca y delicada que en verano se le cubría la cara de pecas. Y a mi abuelo, porque en su adolescencia cantaba repetidamente el estribillo de una canción de moda que decía: uno, dos, tres, veintitrés. Cualquiera motivo era bueno para que te rebautizaran con un mote. Contaba mi abuela, que había un hombre al que su mujer le remendó los agujeros de las posaderas de los pantalones con tela blanca, que era la única que tenía la pobre mujer. Esto bastó para que a partir de entonces, todo el pueblo le conociera con el sobrenombre de “culo blanco”.

—¿Pero qué dices? ¿Antonio el veintitrés? si le vi yo la semana pasada en la tienda de la Tani. Estuvimos hablando un rato, le pregunté por Gloria y por las niñas. Él también me preguntó por ti, y no parecía enfermo.

—Pues hoy cuando le he visto, no iba solo. Llevaba la muerte detrás pisándole los talones.

A los dos días murió mi abuelo. Cada día, después de desayunar se iba a cuidar de los animales y a trabajar al huerto. Era un huerto grande del que se abastecían dos familias, y no tenía ningún tipo de ayuda mecánica. Todo era a base de trabajo manual, incluso araba la tierra con un pequeño arado que él mismo empujaba. Así que intentaba aprovechar al máximo las horas de luz solar y para ello no iba a comer a casa. Se llevaba una fiambra, que le preparaba mi abuela cuando empezaba a oscurecer, se iba para la casa. Se aseaba y se cambiaba de ropa para compartir la cena con la familia.

Al día siguiente de haber tenido el encuentro con su amigo en el pueblo, se levantó a la hora acostumbrada, desayunó con mi abuela y las niñas como siempre y se fue a trabajar. A eso del mediodía volvió a casa.

—¿Cómo es que vuelves tan pronto? —le preguntó mi abuela alarmada.

—No me encuentro bien, no sé qué me pasa pero estoy muy malo.

—¡Por Dios Antonio, no me asustes!

—No te preocupes, no será nada. Me voy a acostar y si mañana no estoy mejor, me llevas al pueblo con el burro para que me vea el médico.

Se acostó y mi abuela le preparó unas infusiones a ver si se mejoraba. Murió hacía la madrugada. A la mañana siguiente, con la ayuda de unos pastores, pusieron a mi abuelo en unas parihuelas sobre el burro entre dos haces de leña para sujetarle. Y mi abuela, con mi tía y mi madre, llevando su carga fúnebre, se dirigió al pueblo para darle sepultura. La herencia que le dejó mi abuelo a su amigo Viviano fue su puesto de hortelano en la finca.

Al dolor de perder a su marido, se sumaba el problema de la subsistencia. ¿De qué iban a vivir a partir de ahora?

Mientras mi abuelo vivió, con su trabajo en la finca no pasaron privaciones, vivían con sencillez pero nunca les faltó el pan. La huerta era generosa, devolviendo con abundancia los desvelos y cuidados de mi abuelo. También tenían leche, queso, huevos y algún pollo para Navidad.

Mi abuela se trasladó al pueblo, alquiló una habitación para ella y las dos niñas y se puso a hacer todo tipo de trabajos. Trabajó duramente, en el campo recogiendo aceitunas, patatas y fruta, y en el pueblo haciendo trabajos caseros para la gente acomodada, desde ir a lavar la ropa al río, hasta fregar suelos y encalar paredes.

A los 13 años, mi tía Lola se puso a servir en casa de unos señores del pueblo que tenían una tienda textil. Vendían todo tipo de telas, tanto para vestidos como para sábanas y mantelerías. Mi abuela hizo un trato con los señores, Lola serviría por la manutención y lo equivalente al sueldo lo cobraría en telas, de esa forma, aparte de vestirse las tres, mi abuela les hizo el ajuar a mi tía y a mi madre.

La situación empezó a mejorar para la familia. Con una boca menos y mi madre que ya tenía diez años, ayudaba a mi abuela en la casa. También cuando iba al río a lavar la ropa de las señoras, le ayudaba a llevar el canasto, cogiendo cada una de un asa para repartirse el peso. Y mientras mi abuela lavaba, mi madre tendía la ropa sobre los matas de romero y lentisco y tal como se iba secando, la doblaba y volvía a ponerla en el canasto. Luego volvían las dos al pueblo con la ropa limpia, y si había suerte, le decían a mi abuela que volviera al día siguiente para plancharla.

Con la economía más saneada, había alquilado una casita para tener su propio hogar. Se trataba de la casa del amo, la cual, al morir este, había sido vendida por la hija a mis padres, para evitar así que se acabara hundiendo o tener que gastar dinero en reparaciones. Mi padre, aunque con pocos recursos, fue arreglándola hasta convertirla en una casita sencilla pero agradable.

Primero se casó mi tía Lola que se fue a vivir a casa de los padres de su marido. Dos años más tarde, cuando se casaron mis padres, se quedaron a vivir en la maltrecha casa que había alquilado mi abuela y que posteriormente arregló mi padre. La vida de mi abuela fue muy difícil y cuando parecía haber encontrado algo de felicidad en el hogar de mis padres, tuvo que pasar por la pérdida de mi hermano y más tarde por nuestra separación.

Quiero creer que podemos vivir otras vidas, y si así fuera, ojalá esta vez haya tenido más suerte.

CAPÍTULO 4

El primer año que vivimos en Barcelona, después de habernos instalado en nuestra casa, mi madre, fiel a su promesa, vistió el hábito de la Virgen del Carmen. No sé a partir de qué edad los niños tienen recuerdos, pero a mis casi cinco años recuerdo con todo lujo de detalles a mi madre vestida con su hábito marrón, con un grueso cordón amarillo atado a la cintura y un escapulario de tela colgado al cuello.

Una vez conseguida nuestra estabilidad económica, mamá volvió a insistir en tener otro hijo, y papá no tuvo más remedio que cumplir su promesa. En 1954 nació mi hermana Lola, a la que pusieron el nombre de su madrina, la hermana de mi madre, que con motivo de su nacimiento vino a visitarnos.

Otra niña, ya éramos tres, y aunque el deseo de mi madre de tener un hijo varón persistía, el bebé nos llenó a todos de felicidad. Pilar y yo estábamos encantadas con Lola que al ir creciendo, se convirtió en una preciosa niña de ojos verdes y pelo negro y ensortijado. De las cuatro, las tres mayores heredamos los ojos verdes de mi abuela y de su madre. En cambio Adela, sacó los ojos negros de profunda mirada de papá y de Quique.

El tiempo transcurría sin demasiados cambios, Pilar aún no había cumplido los catorce años y ya se había colocado en una fábrica textil. Legalmente no podía trabajar hasta cumplir los catorce años, pero no era la única. Así que cuando iban inspectores a las fábricas, las escondían para no ser multados. Hacían turnos de mañana y de tarde. Cuando le tocaba el turno de mañana, entraba a trabajar a las 5:30, tenía 30 minutos para desayunar y finalizaba a las 2:00 de la tarde. Se levantaba a las 4:30 porque tenía 40 minutos a pie de casa al trabajo así que, cuando salía de casa, era totalmente de noche. A dos manzanas de distancia, se encontraba con dos chicas que trabajaban en la misma fábrica y hacían juntas el camino. En el turno de tarde entraba a las 2:00 y salía a las 10:00 de la noche, con lo que el regreso a casa también lo hacía cuando había anochecido. Pilar pasaba mucho miedo al tener que cubrir sola las dos manzanas que la separaban de las otras dos compañeras. Por entonces, había un siniestro personaje al que llamaban “el tío de la gabardina”, que se paseaba completamente desnudo, con tan solo una gabardina, la cual se abría para mostrar sus atributos, de los que el hombre debía estar muy orgulloso. Amparado en las sombras de la noche acechaba a sus víctimas. En cuanto veía a una mujer sola, le salía al paso y con palabras y gestos obscenos las perseguía, sembrando el pánico entre las mujeres del barrio. Dentro de todo, Pilar tuvo suerte, nunca se lo encontró. Agustín, el sereno de nuestro barrio, conocedor del problema, tanto cuando anochecía como al amanecer, hacía la ronda por la zona para proteger a las muchachas que iban o volvían del trabajo. A menudo solía acompañar a Pilar el tramo que tenía que cubrir sola, cosa que mamá le agradecía dándole generosas propinas, especialmente en Navidad.

Actualmente, aquel tipo de vida puede parecer muy dura, pero en aquellos tiempos lo veíamos normal, incluso nos sentíamos felices. Yo aún iba al colegio y ayudaba a mamá en las tareas de la casa. De los trece a los quince años, trabajé como tejedora de alfombras anudadas a mano en un pequeño taller, con un sueldo de cinco pesetas al día y también en un laboratorio farmacéutico. Con un pequeño librador llenaba los tubos de pastillas, también rellenaba las cajas de inyecciones y los botes de jarabe, después doblaba manualmente los prospectos que metía en las cajas listos para su venta. A los quince años entré a trabajar como dependienta en un colmado. Trabajé allí nueve años, hasta que me casé, nunca estuve asegurada. Entonces era una práctica generalizada tener trabajadores sin asegurar. Nadie te hacía un contrato, a no ser que fuera una fábrica o una empresa importante. El señor Alfonso, un maestro jubilado que vivía en nuestro barrio, daba clases nocturnas a las que mamá nos apuntó a Pilar y a mí para que pudiéramos completar nuestra educación.

Trabajé cuatro años de 9 de la mañana a 9 de la noche, con dos horas de cierre al mediodía para la comida, de lunes a sábado los 365 días del año. Solo teníamos fiesta un día en Semana Santa, cuatro en Navidades (25 y 26 de diciembre, 1 de enero y 6 de enero, día de la Epifanía) y alguna otra fiesta como la Mercè o el doce de octubre. Los cinco años restantes, le pedí a mi jefe trabajar solo media jornada de 9 a 2, porque me había matriculado en la escuela Massana para estudiar decoración. Como el sueldo que ganábamos lo entregábamos íntegramente en casa, los domingos por la mañana, trabajaba en una peluquería para conseguir un poco de dinero con el que comprarme libros e ir al cine, cuando dejé de ser la carabina de Pilar y su novio.

Cuando a los diecisiete años Pilar se echó novio, tuve que hacer de carabina durante un año, ya que no les estaba permitido salir solos, hasta que Pilar no alcanzara la mayoría de edad. Manolo, su novio, nos pagaba el cine a las dos y nos compraba caramelos Darling o nos invitaba a la salida del cine a tomar una zarzaparrilla o un helado. Pero a mí no me gustaba ir de carabina, ni tener que ver las películas que ellos elegían, aunque durante un año me vi obligada a hacerlo. Al cumplir los dieciocho años, Pilar ya tenía permiso para salir con su novio sin vigilancia. Eso sí, a las nueve de la noche tenían que estar en casa. A partir de entonces, me vi liberada para salir con mis amigas y escoger las películas que quería ver, con lo que tuve que renunciar a los caramelos Darling, la zarzaparrilla o el helado.

Mamá se acercaba a los 40 años y quería tener otro hijo, deseaba intentarlo de nuevo antes de que fuera demasiado tarde. Aún conservaba la ropita de Quique y la vana ilusión de recuperar a aquel niño, que se había ido hacía tantos años.

—Ignacio, ¿no te gustaría que probáramos de nuevo a ver si esta vez fuera un niño? Lola tiene ya ocho años, tu ganas un buen sueldo, y Pilar y Gloria ya no representan una carga.

—Ya, ¿y si es otra niña? Empezamos a hacernos mayores. Sabes que nuestro próximo objetivo es comprarnos un piso, no quiero pasarme toda mi vida de alquiler. Quiero que habitemos nuestra propia casa. Además, tampoco tenemos ninguna certeza de que vaya a ser niño.

—Por favor, déjame intentarlo de nuevo. Esto no interferirá para nada en nuestros planes de comprarnos un piso. Durante estos años he ido ahorrando una parte de tu sueldo. Con lo que tenemos ahorrado y la devolución revalorizada del dinero de la fianza que depositamos cuando alquilamos este piso, tenemos suficiente para dar la entrada. Después el resto es como si fuera un alquiler. Esto no representaría ningún problema, económicamente ahora nos lo podemos permitir. Desearía tanto intentarlo de nuevo, si no siempre me quedará la duda. Esta será la última vez que lo intentemos, te lo prometo.

Papá amaba demasiado a mamá para negarle nada, y en 1961 nació mi hermana Adela, de profundos ojos negros y pelo azabache. Según mamá, que acabó resignándose, era el vivo retrato de Quique.

Al año siguiente se casaron Pilar y Manolo, que se quedaron a vivir con nosotros. También ellos querían comprarse un piso. Viviendo en casa sin tener que pagar alquiler y trabajando los dos, en un par de años ahorrarían para la entrada. Luego, con el sueldo de uno mantendrían la casa y con el del otro, pagarían las letras del piso. Querían esperar unos años a tener niños, hasta que estuvieran instalados en su propio hogar.

Manolo era camarero y trabajaba en turnos de tarde. Cuando llegaran los niños, Pilar trabajaría solo media jornada en el turno de mañana, para poder alternarse en su cuidado. Parecían tenerlo todo bien planificado, pero a pesar de las precauciones, al año de casados nació su primer hijo, un niño al que llamaron Enrique, para complacer a mamá.

Es curioso como el destino caprichoso, a veces se complace en negarnos lo que más deseamos. Con lo que mamá había deseado un niño sin poderlo conseguir, y Pilar a la que le daba igual, lo tuvo a la primera. Mamá se ofreció a cuidarlo para que Pilar pudiera seguir trabajando un par de años más a jornada completa, y poder llevar a cabo sus planes de tener su propia vivienda.

Adela y Quique se criaron como hermanos. Fue entonces cuando mamá se dio cuenta de que nadie puede ser sustituido. Cada ser es único e irremplazable, y aunque Adela hubiera sido un niño, nunca hubiera podido ocupar el vacío del que se fue.

Cuando Quique tenía dos años y Adela cuatro, dejamos nuestro piso de alquiler y nos trasladamos a nuestros respectivos pisos, situados en el mismo barrio. Esto facilitaba tanto a mamá como a Pilar seguir ayudándose con los niños y vernos casi a diario, con la ventaja añadida para ambas familias de tener su propio espacio. Finalmente, papá había cumplido su sueño de ser propietario de su propia vivienda, ambos habían trabajado mucho. Papá trabajaba todas las horas extras que le ofrecían, incluso los domingos, y mamá miraba mucho por la economía familiar, haciendo ella misma nuestra ropa, adaptando y reformando los vestidos de las mayores para las pequeñas y aprovechando el calzado que se nos quedaba pequeño. Lola y Adela casi nunca estrenaban nada, pero eran felices, con sus vestidos reformados y adaptados a su medida. Mamá con buenas manos y buen gusto, siempre los adornaba con algunos detalles que ella misma hacía, como flores de vistosos colores a ganchillo o lazos para que se vieran distintos, creando en las niñas la ilusión de que eran nuevos y para que se sintieran guapas.

Eso sí, el Domingo de Ramos lo estrenábamos todo. Vestidos de organdí, zapatos negros de charol, calcetines blancos de perlé, guantes igualmente blancos de encaje, bonitos tocados para el pelo y para Lola y Adela, preciosas palmas trabajadas primorosamente como si fueran encajes, eran verdaderas obras de arte. Mamá las encargaba con antelación, para que ese día mis hermanas pudieran lucirlas. Yo como era mayor llevaba un palma lisa, o un ramo de laurel y con Adela cogida de la mano, nos encaminábamos las tres hacía la iglesia para la bendición.

Mamá solía comprarnos ropa nueva dos veces al año, en verano y en Navidad. El domingo de Ramos estrenábamos un vestido de verano, que con una chaquetita de perlé, nos servía también en primavera. La ropa nueva, la reservábamos para ir a misa y al cine los domingos, usando para diario la ropa de años anteriores. En verano, tejía sin descanso gruesos suéteres de lana para toda la familia, para que la cuenta de la tienda no subiera tanto. Equiparnos a todos para el invierno resultaba caro. Se necesitaba más ropa, al menos dos mudas; al ser ropa más gruesa y con los inevitables días lluviosos, esta tardaba en secarse al lavarla. En verano, con un par de vestiditos ya pasábamos, pero en invierno se multiplicaba el gasto. Pijamas, combinaciones, camisetas de felpa, camisas de franela, gruesas medias, guantes, bufandas, faldas de cheviot, gruesos abrigos de paño y katiuskas para no estropear los zapatos con la lluvia.

Mamá era una buena economista, licenciada en las vicisitudes de la vida. Tenía una cuenta en una tienda de ropa, en la que iba pagando mensualmente una cantidad sin tener que hacer el desembolso de una vez. Así, su economía estaba siempre bastante equilibrada. De esa misma manera, nos hizo a todas un ajuar de calidad, en el que no faltaba de nada: sábanas de hilo bordadas, toallas de grueso rizo con nuestras iniciales, mantelerías de crepé, paños de cocina y fina lencería de encaje, que guardaba en dos grandes baúles en el desván. Abrió otra cuenta en una tienda de menaje del hogar, para completar nuestro ajuar. Con vajillas, cristalerías, cubiertos, ollas, cazuelas y sartenes, que también iba pagando mensualmente.

Mamá, como buena economista, no gastaba ni un duro más de lo necesario; controlaba todos los gastos. Tenía un sistema de distribución de los ingresos que entraban en casa, que les inculcó a sus hijas y que a mí personalmente me ha funcionado. Cuando cada primero de mes entraban las mensualidades de los que estuviéramos trabajando, lo primero que hacía era separar el dinero de los gastos fijos, es decir, alquiler o letras del piso, gas, luz, agua y pagos de las cuentas que tenía a crédito, algo para gastos imprevistos y una pequeña cantidad que se había impuesto ahorrar mensualmente y que ingresaba en el banco. El dinero restante lo dividía en cuatro partes iguales para el gasto del mantenimiento de la familia. Una parte para cada semana del mes. Si una semana se excedía un poco en el gasto, por algún extra o celebración, a la semana siguiente lo equilibraba haciendo comidas más humildes, pero igualmente nutritivas y sabrosas. Nunca fueron de vacaciones ni salían a comer fuera. Alguna vez iban al cine, y muy de tarde en tarde a los toros. En verano a veces salían a pasear un rato hasta la Plaza Real donde se tomaban una cerveza con unos calamares o se compraban un helado e iban paseando hasta el rompeolas, donde sentados en unas rocas contemplaban el atardecer sobre el mar. Pero eran felices. De ese modo mamá, a lo largo de los años, consiguió ahorrar una cantidad considerable que tendría de reserva para cuando se hicieran mayores. No quería tener que recurrir a sus hijas para hacer frente a los gastos de su cuidado. Sin embargo, nunca gastaron dicha cantidad, pues cuando fallecieron, aún quedaba dinero en el banco que nos repartimos entre las hermanas.

CAPÍTULO 5

Cuando salimos del bufete de abogados, nos citamos para ir al día siguiente al piso de mis padres a vaciarlo y ponerlo en venta lo antes posible. Cuanto antes se vendiera mejor, así cada una dispondría de lo suyo y no tendríamos gastos de mantenimiento. También teníamos que hacer copias de las llaves y llevarlas a distintas inmobiliarias.

En España, aún no había explotado la burbuja inmobiliaria y los pisos se vendían rápidamente y a muy buen precio, pero las cosas no tardarían en cambiar. Juan, que en la época en que tuvimos que ayudar a Clara, se había buscado otro trabajo de comercial en una empresa de construcción y que aún mantenía, me dijo que las cosas estaban cambiando. Que en Estados Unidos ya había explotado la burbuja inmobiliaria y que aquí no tardaría en llegar. Y que en poco tiempo el valor de la vivienda se desplomaría.

Reunidas las cuatro, hablamos de precio de salida y se fijó en 280.000 €. A mí me pareció algo caro, pues a pesar de estar muy bien situado y en buenas condiciones, era un piso antiguo sin reformar; todo era de origen y no disponía de calefacción ni aire acondicionado.

—Yo creo que es demasiado caro, tendríamos que ponerlo algo más barato y venderlo pronto.

—Siempre estamos a tiempo de rebajarlo —dijeron ellas.

—Bueno, se puede salir con este precio para tener margen si hay que negociar. Yo soy partidaria de venderlo rápido aunque tengamos que rebajar algo.

—¿Y qué prisa tienes? No vamos a malvenderlo —siguieron argumentando.

—No se trata de malvenderlo, pero si hay que rebajar algo, también nos lo ahorraremos en gastos de mantenimiento y comunidad de vecinos. Y cada una dispondrá de su parte. No me gusta tener una propiedad compartida y tampoco quiero que la herencia de nuestros padres me cueste dinero. Pensad que si el comprador reforma el baño, la cocina y pone calefacción, le va a salir casi como uno nuevo. Este edificio tiene 35 años y muchos gastos de mantenimiento, al tener tantos años siempre hay algo que reparar: conducciones de agua y de luz, pintar fachada y hasta el ascensor tiene artritis. En fin, que es viejo y al igual que las personas mayores siempre tiene algo, ya pertenece a los crónicos. Ya sabéis que mamá se quejaba siempre de las derramas que continuamente tenía que estar pagando. Los pisos nuevos no tienen ese problema, además están contruidos con materiales más modernos y el mantenimiento es más barato.

—Sí, pero está muy bien situado, tiene muy buena comunicación de trenes y autobuses y dispone de todos los servicios, en esta zona se venden rápido —dijeron las tres.

—Se venden rápido si están a un precio competitivo, pero yo creo que estamos por encima de los precios de mercado.

—La semana pasada, se vendió uno en esta misma escalera por 290.000 € —dijo Pilar.

—Sí, claro. El ático, y totalmente reformado. Con suelos de madera, dos baños, bañera de hidromasaje, calefacción y aire acondicionado.

—Tampoco nos corre prisa, se puede esperar a sacar un buen precio —dijo Lola.

—Bueno, a ver si hay suerte y se vende pronto —dije. No quise seguir discutiendo, era evidente que las tres estaban de acuerdo. Y yo estaba sola.

—Bueno, ¿a qué hora quedamos mañana? ¿Os va bien a las once? —pregunté.

—Sí —dijo Adela—, así dejo a Jorge en el colegio, recojo a Pilar y llevamos las llaves a un par de inmobiliarias antes de venir.

—Vale —dijo Lola—, yo también las llevaré, cuanto antes lo empiecen a enseñar mejor. Gloria tú te llevas el otro par. ¿Verdad que tenéis unos amigos en el sector? Los que compraron el local de Clara cuando cerraron el negocio.

—Sí. Mañana antes de venir, me paso por la oficina para dejárselas.

— De acuerdo, hasta mañana.

Al día siguiente, antes de reunirme con mis hermanas, pasé por la inmobiliaria de mis amigos a dejar las llaves. Estaba Roser en la oficina, quería hablar con ella para que me informara un poco sobre el precio de salida y las posibilidades de venderlo a corto plazo. Pero estaba atendiendo a un cliente. Así que le dejé las llaves, y le dije:

—Pásate hoy si puedes para ver el piso, estaremos las cuatro hasta las cinco de la tarde.

Cuando llegué al piso, ya estaba Lola. Ella vivía tan cerca que solo tenía que atravesar la calle. A los diez minutos llegaron Adela y Pilar, vinieron juntas. Pilar no conducía y Adela la pasó a recoger después de dejar a Jorge en el colegio.

—Menudo lío —dijo Adela—. Para vaciar todo esto vamos a necesitar varios días y yo no puedo pedir más días de permiso en el trabajo.

—No te preocupes —le dije—. Lo podemos hacer Lola y yo que estamos más cerca, además yo no trabajo y dispongo de más tiempo. Apartad lo que os vayáis a llevar Pilar y tú, y el fin de semana que os ayuden vuestros maridos a recogerlo.

—¿De verdad no os importa?

—Claro que no —dijo Lola—. A vosotras os coge lejos y además estáis muy liadas.

Pilar se quedó un par de zapatos de mamá (alzaban el mismo número) y dos vestidos. Lola y yo llevamos a Cáritas el resto de su ropa, junto con la de papá. Pilar también se quedó la ropa de hogar, sábanas, toallas y mantelerías. Lola se quedó alguna pieza de mobiliario. El resto de los muebles, el sofá, el frigorífico... se los dimos a un sobrino de mamá al que le hacían falta. Las vajillas, cristalerías, cubiertos y menaje del hogar junto con algún cuadro, lámparas y otras piezas de decoración, se lo repartieron entre mis hermanas. Excepto un canterano que me quedé yo. No para tener un recuerdo de ellos, sino porque me gustan mucho las antigüedades. Para recordarles, no necesito nada material o que ellos hubieran poseído. Siempre les recordaría y les llevaría en mi corazón, mientras yo viviera, ellos y mi abuela vivirían en mí.

Se dice que una persona no muere del todo mientras haya alguien que la recuerde. Cuantas veces me he sorprendido a mí misma con frases de mamá, de papá o de mi abuela, o haciendo las cosas que ellos hacían. Repitiendo incluso, cosas que me molestaban de mamá. Creo que cuando nos molesta algo de una persona, es porque nos vemos reflejados en su espejo, y como no nos gusta, lo negamos. El auto engaño funciona.

Aunque mis hijas y mis nietos no llegaron a conocer a mi abuela personalmente, la conocieron a través de mí, a través de las historias que les contaba sobre lo que ella hacía o decía. Tenía refranes para todo. El que más repetía era “no hay mal que por bien no venga”, y lo llevaba a la práctica. Cuando algo salía mal, ella invertía la situación para sacar algún provecho. Era una mujer sabia, la sabiduría que le había dado la escuela de la vida, porque lo que es la otra, no llegó a pisarla.

Mi abuela no sabía leer, su padre no solo no se preocupó nunca de que aprendieran, sino que los libros estaban prohibidos en aquella casa. Él decía que los libros pervertían a las mujeres, llenándoles la cabeza de ideas absurdas y apartándolas de sus obligaciones. La obligación de la mujer era atender al marido, a los hijos y a los quehaceres de la casa, y no perder el tiempo leyendo. La hermana de mi abuela fue una mujer muy adelantada a su tiempo, inquieta, curiosa y rebelde, incapaz de someterse a la tiranía del padre. Por lo que tuvo que pagar un precio alto por su rebeldía, ganándose grandes palizas, que el padre le propinaba cada vez que era cogida en falta. A pesar de la prohibición, ella aprendió a leer y a escribir, burlando el control del padre que no siempre lo conseguía. También le tenía prohibido salir los domingos al paseo con las amigas, ir a la feria o disfrazarse en carnaval. Reglas que su hermana incumplía constantemente, a pesar de saber que le costaría muy caro, si el padre se enteraba.

—Me da igual que me pegue —decía—. Lo tiene claro si cree que me va a poder doblegar.

Mi abuela lo pasaba fatal cada vez que el padre se ponía detrás de la puerta con el cinto en la mano, esperando que viniera la hija díscola para propinarle una paliza. Era tanto el terror que a mi abuela le causaba su padre, que nunca osó desobedecerle. Y esa fue la razón por la que no aprendió a leer. La obediencia ciega no la libró de alguna que otra paliza. Cualquier excusa era buena para dar rienda suelta a su agresividad, aunque no con el cinto como a su hermana. Recordaba que una de las veces que le pegó, fue en Semana Santa. Él se estaba arreglando para ir a ver las procesiones con los amigos. Porque eso sí, era un ferviente católico practicante que no se perdía ni una sola procesión. Con su cirio encendido y la cabeza agachada en señal de respeto, recorría todos los pasos. Lo cual no evitaba que después acabaran de tasca en tasca, volviendo a casa a las tantas de la noche con una tajada como un piano.

Le pidió a mi abuela que le llevara los zapatos. En aquel momento pasaba una procesión frente a la casa, y como la mujer y las hijas tenían prohibido ir a las procesiones, mi abuela se asomó a la ventana para verla pasar.

—Espera un momento papá, que estoy viendo pasar la procesión.

Eso fue motivo suficiente para pegarle un par de bofetadas, que le dejaron la cara dolorida todo el día, y le causaron una terrible jaqueca que le duró tres días. Y todo por haberle hecho esperar unos cuantos minutos. Claro que su hermana se ganó una buena paliza, ya que una vez que salió el padre, ella también salió, con la intención de volver antes que él, confiando en que no la viera, dado el recogimiento que mostraba con el cirio encendido en la mano siguiendo la procesión. Tuvo la mala suerte de que uno de los amigos de su padre menos devoto que él, la vio. Y claro, como buen amigo, su deber era informarlo. »Oye fulano, ¿no es aquella tu hija María?« (Utilizo fulano en lugar del nombre, para no ofender a sus tocayos.) Cuando tras la procesión volvió a casa como una esponja, empapado en alcohol, después de haber hecho la ronda por todas las tabernas del pueblo, María, la hija díscola, ya estaba durmiendo. Fue hacia la habitación en la que dormían las dos hermanas, y la sacó de la cama agarrándola por los pelos. Le pegó tal paliza, que estuvo una semana sin salir a la calle llena de cardenales.

Mi abuela, aunque analfabeta, había adquirido una sólida cultura oral, que por las noches en la cama y en susurros para que no las oyera su padre, le había transmitido su hermana, y más tarde la amplió, gracias a su marido. Mi abuelo sabía leer y escribir, y a ella le encantaba que él le leyera historias, siempre le decía:

—Antonio, cuando los niñas sean grandes, y no necesiten tanto de mis cuidados tienes que enseñarme a leer, así aprenderán ellas también. Tú serás nuestro maestro.

Desgraciadamente murió antes de que las niñas crecieran.

Al igual que yo conocí a mi hermano a través de mi madre, y a través de mi abuela, supe de la triste historia de mi bella bisabuela y el malvado de su marido, mi marido, mis hijas y mis nietos conocieron a mi abuela a través de mí.

Cuando todas las personas que te han amado, odiado o convivido contigo mueren es cuando realmente dejan de existir. Por eso se les llama inmortales a los que por algún motivo, bueno o malo, han dejado su huella en la historia. ¿Cómo se pueden olvidar los horrores de Adolfo Hitler, Mao Tse Tung o Josef Stalin?... ¿Cómo podemos olvidar la bondad de la madre Teresa de Calcuta, Gandhi o Martin Luther King? O las maravillosas composiciones de Johan Sebastian Bach, Ludwig Van Beethoven, Wolfgang Amadeus Mozart o Manuel de Falla... Y la belleza de las esculturas y pinturas de Michelangelo Buonarroti, Leonardo da Vinci o Diego Velázquez. Sin olvidar a nuestros literatos, que tan buenos ratos nos han hecho pasar con sus historias. Por eso, aunque murieron físicamente, siempre permanecerán vivos a través de sus obras.

Por expreso deseo de papá, su reloj de pulsera fue para Jorge. Al ser el más pequeño de sus nietos y nacer cuando él ya estaba jubilado, se creó entre ellos ese vínculo tan especial y gratificante que une a abuelos y nietos con ese fuerte e invisible lazo de amor incondicional. Antes de que Adela se trasladara a otro municipio, habían vivido en el mismo edificio y al trabajar mi hermana, mis padres cuidaron de Jorge. Creo que aquella experiencia fue buena tanto para mi hermana, que pudo seguir trabajando tranquila, sabiendo que el niño estaba en buenas manos, como para mis padres que a esa edad en la que ya no quedan demasiadas ilusiones, la llegada del bebé les llenó de ternura y más tarde de alegría con sus ocurrencias. Cuando empezó a ir al colegio, papá le llevaba y le recogía cada día compartiendo con ellos el almuerzo y la merienda, hasta que sus padres le iban a buscar por la tarde a la vuelta del trabajo.

Las otras cosas de papá (un anillo, una pluma estilográfica, un reloj de bolsillo y una cruz con una cadena), se repartieron equitativamente entre Enrique y Jorge. Y las joyas de mamá, pocas y de escaso valor material, nos las repartimos entre las cuatro.

Sobre la una del mediodía, hicimos una pequeña pausa para tomar unos bocadillos que habíamos preparado. Decidimos no salir a almorzar fuera para no perder tiempo. Justo cuando nos disponíamos a comer, sonó el timbre. Pilar, que estaba en la cocina preparando la cafetera, descolgó el interfono.

—¿Quién es? —preguntó.

—Hola, soy Roser, vengo a ver el piso.

—¿Tienes las llaves, no?

—Sí.

—Pues úsalas.

En un par de minutos, Roser entraba en casa.

—Vaya, ¡qué inoportuna! ¿Queréis que vuelva más tarde?

—¡No, qué va! No es un plato de sopa, el bocadillo me lo puedo ir comiendo mientras te enseño el piso.

Mientras se lo enseñaba, me iba comiendo el bocadillo. Mis hermanas también habían acabado y Pilar había hecho café, cuyo aroma se esparció por todo el piso.

—¡Oh, qué olor tan delicioso!

—¿Te apetece una taza de café? —le preguntó Pilar, que salía de la cocina con la cafetera humeante.

—No he comido todavía, pero, nunca digo que no a una taza de café.

Pilar colocó otra taza y otra cucharilla sobre la mesa y empezó a servirlo.

—¿Qué te ha parecido el piso? —le preguntó Adela.

—Está muy bien conservado, aunque el baño y la cocina están desfasados y no tiene calefacción. Esto le resta valor.

—¿Te ha dicho Gloria lo que pedimos? —dijo Lola.

—Sí, pero a este precio puede que tardemos un poco en venderlo. Si lo rebajarais 6.000 o 9.000 €, en un mes estaría vendido. Si os parece bien, cuando lo enseñe, si me hacen una contraoferta os aviso.

—Perfecto —dije—. Lo hemos puesto a ese precio para que haya margen para negociar. Yo prefiero venderlo ya por 6.000 o 9.000 € menos, que esperar. Total, repartido entre cuatro no significa mucho, y a la larga, si tardamos en venderlo el coste de mantenimiento será mayor..

—Bueno, tampoco tenemos ninguna prisa. Siempre estamos a tiempo de rebajarlo —dijeron mis hermanas.

—¿Te ha dicho Gloria que lo tenemos en otras tres inmobiliarias?

—Sí, a ver si hay suerte, ya os diré algo. Ahora tengo que irme a ver si como algo, que a las 2 y media tengo una visita.

Cuando se fue Roser, Lola me dijo:

—Gloria, no tenías que haberle dicho a Roser nada de rebajarlo.

—Es lo que pienso, yo soy partidaria de venderlo cuanto antes y ella ha dicho que con el precio de salida, puede tardar en venderse.

—Es lo que siempre dicen. Ellos lo que quieren es venderlo rápido para asegurarse la comisión y tener el mínimo trabajo en enseñarlo. Son unos abusones. Además, no tenemos ninguna prisa por venderlo.

—Yo sí. Prefiero pájaro en mano que ciento volando. No me gusta tener una propiedad compartida, de la que no puedas disponer en caso de necesidad. Lo mejor es que se venda cuanto antes y que cada una disponga de lo suyo. Y fuera problemas. En cuanto a Roser, les conozco y te puedo decir que son honrados. Cuando Clara y Roberto vendieron su local, que estaba también en otras inmobiliarias, ellos fueron los que consiguieron el mejor precio.

Con la enfermedad de Clara, nos habíamos quedado sin un euro, y aunque no soy una persona que me proyecte hacia el futuro, siempre he procurado tener unos ahorros en previsión. Nunca se sabe qué puede ocurrir. Parecía una premonición, ya que al cabo de unos años, tuvimos serios problemas económicos que podrían haberse resuelto de haber dispuesto del dinero que me tocaba de mi parte del piso.

Siempre hemos tenido una buena relación y no quisiera que esto la estropeará. Si no lo vendemos pronto, a la larga nos puede acarrear problemas. Ya os dije que no quería que la herencia de nuestros padres me costara dinero. De momento ya nos está costando. Si no se vende pronto, los gastos de mantenimiento pueden subir bastante: los mínimos de agua, gas y electricidad, la comunidad de vecinos y la gestoría, más la contribución del ayuntamiento. Eso contando que no se estropee el ascensor reumático o las arterioescleróticas tuberías del agua y haya que hacer una reparación importante. Por otra parte, las casas cerradas se deterioran y con el tiempo irá perdiendo valor.

Creo que me acaloré y alcé la voz más de lo debido. Lola y yo estábamos en el comedor, Pilar y Adela, que estaban en una de las habitaciones sacando la ropa de los armarios, acudieron.

—¿Qué pasa ¿estáis discutiendo?

—No, solo que tenemos diferentes puntos de vista en cuanto a la venta del piso y quizás he levantado la voz un poco más de la cuenta. Ya sabéis que soy muy apasionada cuando defiendo una posición. Lo siento pero creo que os equivocáis.

—Se ha molestado porque le he dicho que no tenía que decirle nada de negociar el precio a la gente de las inmobiliarias porque son unos aprovechados.

—Gloria, Lola tiene razón —dijo Pilar.

—Nosotras somos partidarias de no rebajarlo aunque tengamos que esperar —dijo Adela.

—Y yo soy partidaria de venderlo rápido y esto nos está creando fricciones.

—Eres tú, Gloria, la que estás en desacuerdo.

—Está bien, ojalá no os equivoquéis.

Lola y yo seguimos yendo toda la semana para recogerlo todo. El fin de semana irían Pilar y Adela a coger sus cosas con la ayuda de sus maridos. Pasó más de un mes cuando me llamó Roser.

—Hola Gloria, tengo un cliente para el piso. Sería una venta rápida porque no necesita financiación, pero solo dispone de 268.000 €. Si decís que sí la venta está hecha.

—Por mí, perfecto. A ver que dicen mis hermanas.

—¿Quieres que las llame yo? Así les explicare como está la situación. Hay rumores cada vez más fuertes de que la burbuja inmobiliaria que está afectando a Estados Unidos acabará alcanzándonos. Yo de vosotras vendería.

—Sí, Juan también me lo ha dicho. Como sabes trabaja en una empresa que construye chalets. Gente que tiene un terreno y está viviendo en un piso, vende el piso y con lo que obtiene de la venta se construye un chalet. Bien, pues últimamente casi no hace nada, incluso está pensando dejarlo. El trabajo de la construcción está cayendo en picado y los bancos están recortando los préstamos.

—Bueno, es lo que nos está pasando a nosotros. Los bancos no dan crédito. Les piden a la gente cantidad de requisitos: avaladores, nóminas muy altas o que los dos miembros de la pareja trabajen. Así que en el caso de que acaben concediéndosela tardan mucho en dárselo, con lo que las ventas se retrasan muchísimo. Creo que habéis tenido mucha suerte, con este cliente la operación se puede llevar a cabo ya.

—Mira, mejor hablo yo con ellas, porque Adela vuelve tarde a casa. Mañana te llamo.

—Vale, pues ya me dirás algo. Hasta mañana y que haya suerte.

—Así lo espero. Adiós, Roser.

Estaba contenta, la oferta me pareció buena. A mi entender, nos lo estaban pagando muy bien. Esperaba que mis hermanas aceptaran. Cuando hablamos del precio de salida y yo dije que me parecía caro, ellas argumentaron que como los clientes siempre suelen hacer una contraoferta, así habría margen para negociar. Estaba convencida de que aceptarían. Lola solo trabajaba media jornada y solía llegar a casa hacia la 1:30. A las 2 descolgué el teléfono y marqué su número.

—¿Sí? —contestó ella al otro extremo.

—Hola Lola, soy Gloria. Esta mañana me ha llamado Roser, de la inmobiliaria, y me ha dicho que tiene un cliente. Dispone de 268.000 € con lo que no tendría que pedir préstamo al banco para financiarlo. Así que la operación se podría llevar a cabo inmediatamente. ¿Qué te parece?

—Que perdemos 12.000 €.

—Hombre Lola, según se mire. Desde mi punto de vista, no perdemos nada porque nada teníamos. Y desde el vuestro, solo perderíamos 3.000 € cada una. Nos quitamos el problema de encima, y los gastos de mantenimiento, que como tarde en venderse, a final de cuentas nos va a resultar casi igual. Además, ya salimos con un precio alto por si había que negociar.

—Un precio alto según tú. Todas estuvimos de acuerdo de que era lo que valía y que en todo caso se podía rebajar un poco. Pero 12.000 € me parece demasiada rebaja. ¿Has hablado con Pilar o Adela?

—No. Pilar no llega a casa hasta después de las 5:00, cuando recoge a sus nietos del colegio, y Adela hasta las 7:00.

—Bien, pues esperaremos a ver que dicen ellas, yo, por mi parte no vendería por ese precio. Un piso siempre es una buena inversión, el ladrillo es dinero.

—Pues yo sí. A mi edad no estoy tan interesada en invertir a largo plazo y en colectividad, prefiero tener liquidez inmediata y disponible. Además no estoy segura que sea tan buena inversión. Hasta ahora lo ha sido: se decía que lo mejor era invertir en obra, pero la situación actual está cambiando.

—Bueno, no sé. A ver qué dicen Pilar y Adela, de momento hay empate, tu sí ,yo no.

—Ya veo que va a ser difícil ponernos de acuerdo las cuatro. Adiós, Lola ya me diréis algo.

—Adiós, Gloria.

Se deshizo el empate, claro que no a mi favor. Al día siguiente por la mañana, cuando me disponía a salir para hacer la compra, sonó el teléfono. Lo cogió Juan.

—¿Diga? Espera Gloria que es para ti.

—¿Quién es?

—Es Roser de la inmobiliaria.

—Adiós Roser, ahora te paso con Gloria.

—Gracias Juan. Hasta luego.

—Hola Roser, me has cogido por los pelos, iba al súper, luego te iba a llamar.

—¿Qué, cómo te fue ayer con tus hermanas? ¿hubo suerte?

—¡Qué va! ¡están cerradísimas! y las tres de acuerdo en no vender por este precio. Se ve que hablaron entre ellas, pues cuando llamé a Adela, me dijo que habían decidido esperar una oferta mejor, y que como son mayoría que no venderían. ¿Tú cómo lo ves?

—Lo veo difícil, creo que tus hermanas se están equivocando. Está todo muy parado, los bancos no dan créditos y no todo el mundo dispone de efectivo. Este hombre se ha separado de su mujer y han vendido el chalet en el que vivían, repartiéndose el dinero, que es con lo que cuenta para comprar el piso.

—Lo siento Roser, así es como están las cosas, no puedo hacer nada. Son mayoría.

—A ver, poderse hacer se puede. Esto no es una empresa, se trata de una herencia. En caso de desacuerdo, los que no quieren vender, están obligados a comprar la parte de quien quiere vender. Con lo suyo, pueden hacer lo que quieran, pero no tienen ningún derecho sobre tu parte de la herencia.

—Sí, ya. Pero no quiero indisponerme con ellas. Siempre hemos tenido una buena relación, y para mí eso es más importante que el dinero. Además imagínate lo tristes que se sentirían mis padres, si desde el más allá vieran que lo que le han dejado a sus hijas, sirve para separarlas. Esperaremos.

—Entiendo que no quieras tener problemas, tratándose de tus hermanas. Un choque de intereses siempre es un tema delicado. Te harías cruces del daño que puede hacer el dinero en las relaciones. No solo entre hermanos, hasta entre padres e hijos. Pero no estaría mal que una persona entendida las informara. La situación actual no es la de hace un año, ni siquiera la de hace unos meses y esto no ha hecho más que empezar. Si no lo vendéis pronto, puede que tardéis mucho tiempo en venderlo, y perdáis mucho más de 12.000 €. Yo trataría de explicárselo, pero ellas verán en mí parte interesada y creerán que estoy defendiendo mis intereses. Pero Juan que está en el sector, podría hablar con ellas.

—Sí, pero el problema sería el mismo. Como yo quiero vender, ellas pensarían que lo hace para ayudarme. Prefiero no involucrarlo.

—No, claro, son temas muy delicados. Lo siento Gloria, haré lo que pueda pero creo que se ha perdido una buena oportunidad.

—Yo también lo creo, lo siento Roser.

Habían pasado meses sin que hubiera ninguna nueva oferta. Era sábado, hacia un día espléndido, ya se empezaba a notar la proximidad de la primavera. Yo estaba regando las plantas que estaban preciosas, y adelantando la floración gracias al buen tiempo y pensé: “como caiga una helada, matará todos los capullos y los brotes nuevos”. Era muy improbable a finales de marzo, pero a veces ocurre, el tiempo en primavera es impredecible. Juan, que estaba en el interior de la casa viendo la televisión, me llamó.

—Gloria ven, que están dando un programa que te puede interesar.

—Ya sabes que a mí la tele no me gusta demasiado, y con este día prefiero estar fuera.

—Entra, mujer que están hablando de la burbuja inmobiliaria.

—Vale, ahora voy.

—Están hablando de la burbuja inmobiliaria de Estados Unidos. Hay mucha gente que está perdiendo sus casas por no poder hacer frente al pago de las hipotecas y los bancos se las están expropiando. Ya te dije que aquí acabará pasando lo mismo, estoy harto de ir a visitar clientes que quieren hacerse el chalet y no pueden. Porque para ello, tienen que vender el piso en que viven y no hay manera, no se vende nada.

—Pues déjalo, ya te dije hace tiempo que lo dejaras, ahora que no tenemos que ayudar a Clara, no nos hace falta.

—Sí que lo voy a dejar porque no saco ni para gasolina. Hasta ahora me resistía a dejarlo porque desde que me jubilé me servía de distracción e iba sacando algún dinero, pero tal como están las cosas, esto se acabó.

Me senté a ver el programa, era demoledor lo que estaba ocurriendo. Gente a la que los bancos les expropiaba sus viviendas por no poder hacer frente al pago de la hipoteca. Otros que habían invertido su dinero en inmuebles, que hasta ahora había sido la forma más segura de inversión, se habían arruinado al caer en picado el precio de la vivienda. Me levanté y fui hasta el teléfono, lo descolgué y marqué el número de Pilar.

—¿Sí, diga?

—Hola Pilar, soy Gloria, pon la tele en el canal 2, que están dando un programa sobre la burbuja inmobiliaria que está afectando a Estados Unidos y...

—Y ¿qué es eso de la burbuja inmobiliaria? —me preguntó.

—Es sobre la caída de los precios de la vivienda.

—Y ¿eso en que nos afecta a nosotras? Estados Unidos está muy lejos.

—Pues tarde o temprano también ocurrirá aquí.

—Mira, no sé, pero ahora no puedo poner la tele, tengo aquí a mis nietos y tienen un jaleo impresionante. Me van a destrozar la casa, así que me los voy a llevar al parque.

—Vale, pues nada, adiós.

—Adiós Gloria.

Marqué el número de Adela, después de sonar un rato, la voz de mi hermana a través del contestador me dijo que estaban fuera, que llamarían más tarde. Seguro que habrían ido a hacer la compra semanal. Al trabajar los dos, solían hacer la compra los sábados. Por último llamé a Lola.

—Hola Lola, soy Gloria, te llamo para que pongas la tele en el canal 2, están haciendo un programa sobre la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos, y creo que te podría interesar.

—Lo siento Gloria, pero estoy súper liada, acabo de venir de la compra, esperamos amigos para almorzar y aún no he empezado a hacer la comida. Míralo tú y ya me lo explicarás.

Acabé de ver el programa, era terrible ver como familias que habían tenido un buen nivel de vida se veían reducidas casi a la indigencia, al perder sus empleos y sus casas. Me preguntaba ¿cómo podían pasar esas cosas? ¿qué estaba ocurriendo? ¿cuánto tiempo tardaría en llegar aquí? Y le di gracias a Dios, porque por muy mal que fueran las cosas, para nosotros el impacto sería mínimo. No teníamos deudas y mi marido, al estar jubilado, no podía perder el trabajo. Bueno, de hecho casi había perdido su segundo empleo de la venta de chalets, que durante mucho tiempo nos permitió algunos lujos, como viajar, que es una afición que ambos compartimos. Con la jubilación de Juan, podíamos tener una vida desahogada, sin demasiados lujos pero digna y sin carencias. Además cuando llegas a cierta edad y has vivido una vida plena, haciendo más o menos lo que te gusta, entras en una etapa más tranquila, valorando más las pequeñas cosas. Nunca creí que podía estar contenta de ser mayor. Pero tal como está la situación, creo que es una ventaja.

—Hola Gloria, cuando has llamado habíamos salido a comprar. ¿Pasa algo?

—No. Y le expliqué lo que había dicho por la tele.

—¡ Bah!, no hagas caso. Son muy sensacionalistas.

Había pasado más de un año y el piso seguía sin venderse. Cuando a finales de abril me volvió a llamar Roser con una nueva oferta. Esta vez era de 271.000 €, de las otras tres inmobiliarias, en las que teníamos el piso en venta, no nos habían hecho ninguna oferta en todo este tiempo. Estaba segura que esta vez mis hermanas aceptarían.

—Mira Gloria, es una oferta buenísima —me dijo Roser—, será imposible mejorarla. Se trata de un matrimonio mayor que más que nada han valorado la ubicación del piso, cerca de todos los servicios. Les gusta tal como está y no piensan hacer reformas, dada su buena conservación. Sería para entrar a vivir ya.

Actualmente viven en una casa grande que el marido había heredado de sus padres, alejada del centro, con un gran terreno. Han vivido allí toda la vida, desde que se casaron. Mientras eran jóvenes con los hijos y los abuelos en casa, fue ideal para albergar a toda la familia. Más tarde, cuando murieron los abuelos y los hijos empezaron a abandonar el hogar, la mujer quería una casa más pequeña y céntrica, pero el marido quería conservarla para entretenerse cuando se jubilara. El hombre se había pasado toda la vida, desde que tenía uso de razón, trabajando sin ninguna otra afición que el trabajo. Ni lectura, ni amigos para pasar un rato en la taberna, jugando al dominó o hablando de toros, fútbol o política. Así que plantó un huerto y tenía animales, ya sabes: conejos, gallinas, pájaros, perros y gatos con los que se distraía. Pero ahora el hombre ya es muy mayor para estos menesteres y esa casa supone una carga. Al estar alejada del centro, también les supone un gran inconveniente para la compra y las inevitables visitas al médico. Les ha salido un comprador para la casa, con el que ya han hecho el contrato de arras y están esperando poder entrar a vivir en el piso para cerrar la venta. ¿Qué te parece?

—Estupendo, no creo que esta vez se nieguen.

—Habla con ellas y dime algo rápido, que a esta gente les corre prisa.

—Vale, las llamaré hoy y mañana te digo algo.

Llamé a Pilar que a estas horas suele estar en casa. Por la mañana sus hijas dejan a los niños en el cole camino al trabajo, ella los recoge al mediodía y por la tarde cuida de ellos hasta que los van a buscar sus padres. Descolgué el teléfono y marqué su número.

—¿Diga? —contestó Pilar.

—Hola Pilar, soy Gloria. Me ha llamado Roser con una nueva oferta, algo mejor que la anterior. Se trata de 271.000 €. ¿Qué te parece? Tal como están las cosas hemos tenido mucha suerte, creo que tendríamos que aceptar. Su respuesta, sin emoción alguna fue la de siempre.

—¿Has hablado con Lola y Adela?

—No, acabo de hablar con Roser. A Lola y Adela las llamaré por la tarde, ahora no están en casa y no quiero llamarlas al trabajo.

—Bueno, habla con ellas a ver qué dicen. A mí me sigue pareciendo poco.

—Y yo creo que lo que pedimos es demasiado, salimos con un precio alto para poder negociar. Nadie nos va a pagar lo que pedimos. ¿Acaso nos han hecho alguna oferta de las otras inmobiliarias? En más de un año, Roser es la única que nos ha hecho dos ofertas, que a mí me parecen buenas.

—No sé, a ver qué piensan Lola y Adela.

—¿Y lo que piense yo no cuenta? —le dije molesta elevando el tono de voz.

—Vale, habla tú con ellas y me decís lo que decidáis, que he quedado con Roser en darle una respuesta mañana.

—Bueno, Gloria, no te enfades. No es que no cuente lo que tú pienses pero somos mayoría. Además, no sé a qué viene tanta prisa, no nos dan ni tiempo para pensarlo.

—Pues sí, les corre prisa. Son una pareja mayor, que necesitan tener una respuesta rápida, para cerrar la venta de su casa.

—Está bien, ya las llamaré.

Después de hablar con Pilar, ya no estaba tan segura de que aprobaran la venta. No sé cómo no se daban cuenta de que estábamos por encima del precio actual del mercado. Si estuviéramos a un precio competitivo ya estaría vendido. En esa zona, cuando se ponía un piso en venta, antes de un mes ya estaba vendido. Es más, cuando murieron mis padres, una de sus vecinas me llamó:

—Hola Gloria, soy Amalia, la vecina de tus padres. Quería saber si vais a vender el piso, mi hijo se casa el año que viene y está interesado. Ya sabes, cuando se casan les conviene tener a los padres cerca por si vienen niños poder seguir trabajando. Quería saber por cuánto lo vendéis.”

Le dije el precio de salida de 280.000 €, aunque se podría negociar algo; además se ahorraría la comisión de la inmobiliaria. Quedó en que hablaría con su hijo y ya me diría algo. No volvió a llamar. Tampoco lo hizo la cuñada de mi amiga que también estaba interesada. Le dijo a mi amiga que en la misma zona, y a través de una inmobiliaria, había encontrado uno de las mismas características, totalmente reformado, por 18,000 € menos. Cuando mi amiga me lo dijo, me entendí por qué las otras inmobiliarias no nos hacían ninguna oferta. Teniendo en cartera pisos en la misma zona similares o mejores que el nuestro, mucho más baratos, simplemente ni se molestaban en enseñarlo. Mucho me temía que de seguir así, Roser hiciera lo mismo. La gente prefiere trabajar con una mínima garantía de éxito, a nadie le gusta invertir su tiempo en causas perdidas.

Por la tarde me llamó Lola, me dijo que había hablado con Pilar y que a ella también le parecía poco, eché mano de todos mis argumentos pero no la convencí. Me dijo que esperaríamos a ver qué pensaba Adela. A las diez de la noche me llamó Adela, para decirme que habían decidido esperar. Supuse que antes de llamarme hubo cónclave, si no, por qué había tardado tanto en llamar, ella llega a casa a las siete.

—¡Pero Adela, hace más de un año que está en venta, y la única oferta que hemos tenido ha venido de Roser!, ¿no te da que pensar? ¡Yo creo que las otras inmobiliarias ni lo enseñan! y Roser acabará haciendo lo mismo. Además, ya sabes que el hijo de Amalia estaba interesado y no han dicho nada. Y la cuñada de mi amiga, ha encontrado uno en esa misma zona totalmente reformado por 18.000 € menos. Si no lo bajamos no lo vamos a vender.

—Bueno, ya vendrán tiempos mejores. El ladrillo es seguro, esa zona es buena, hemos decidido no vender y somos mayoría.

Siempre la misma canción, “somos mayoría”, como si eso les diera derecho a disponer de mi parte de la herencia. Después de esta conversación, supe que por las buenas no había nada que hacer, y no quería indisponerme con ellas. Así que decidí olvidarme del piso, nada tenía, nada tengo. Lo peor sería que si tardara en venderse y surgiera alguna reparación en el edificio, tratándose de una cantidad importante, no podríamos hacerle frente. Actualmente nuestra economía era suficiente para vivir sin apuros, pero no teníamos reservas para afrontar gastos imprevistos.

Le expliqué a Juan la posibilidad de que esto ocurriera. Y me dijo que hablara con mis hermanas y les expusiera nuestra situación. En el caso que surgiera algún gasto que nosotros no pudiéramos asumir, lo asumieran ellas, y lo descontaran de mi parte cuando se vendiera. Lola me dijo que la propiedad era compartida, y que por tanto los gastos que surgieran, también tenían que ser compartidos. Pilar me dijo que su economía era peor que la mía, y que si era necesario se apretaría el cinturón y asumiría lo que le tocara. ¡Ellas habían creado esa situación!, ¡era normal que la asumieran! Pero yo no, ¡a mí, me la habían impuesto! Además, no podía entender la mentalidad de mi hermana Pilar. Ella era seis años mayor que yo y tenía una economía muy precaria. Con la venta del piso podía mejorar su situación. ¿Cómo era capaz de llevar una vida de privaciones, incluso de las cosas más necesarias, pudiendo disponer al momento de un dinero que le permitiría tener mejor calidad de vida, por obtener mejores ganancias a largo plazo? ¿y si no llegaba? Nadie sabe lo que va a vivir. Yo no quiero pasar apuros si puedo evitarlo ni renunciar a una calidad de vida necesaria para la estabilidad física y emocional de todo ser humano. Qué me importaba tener 3.000 o 4.000 € más dentro de unos años, si para eso tenía ahora que vivir con estrecheces. No necesito grandes lujos para vivir, pero sí tener nuestras necesidades cubiertas. Me aterra la pobreza y la miseria de todo tipo, material, física y espiritual.

Al final tampoco era una cantidad importante. Además, al dinero hay que darle su justo valor, para mí ese valor es el de hacer la vida más fácil y agradable. Soy de vivir el día a día, nunca quise vivir proyectándome en el futuro ni retrocediendo al pasado, el pasado ya pasó, y el futuro lo viviría cuando llegara. Lo único que tenía era el aquí y el ahora. No estaba dispuesta a asumir un gasto, al que no podía hacer frente sin que se resintiera nuestra economía.

Esto es lo que trataba de decirle a mis hermanas. Adela me dijo que no tratara de eludir mi responsabilidad, que si tenía problemas eran míos y no tratara de traspasárselos a los demás. Yo no tenía problemas a parte de los que ellas me estaban creando. Noté cierta hostilidad, y no quise seguir con el tema. Seguiría con mi filosofía de vivir el día a día, y no anticipar futuros acontecimientos. Quizás me estuviera preocupando por algo que nunca ocurriría, y dejé de pensar en el asunto.

CAPÍTULO 6

Miguel estaba mirando las noticias en el canal 24 horas. Siempre lo hacía mientras esperaba la hora de levantar a Gerard para llevarle al colegio. Mientras, Catalina tendía la ropa de la lavadora que Luis o Sara habían puesto la noche anterior. Después, prepararía el desayuno y levantaría al niño. Como cada mañana desde que Gerard cumplió un año y Sara se incorporó al trabajo a jornada completa, estaban en casa de su hijo desde las 7:30 en que este y su nuera se iban a trabajar.

Vivían en el edificio contiguo, y cuando Gerard empezó a ir a la guardería, iban cada mañana a casa de su hijo a levantar al niño, para que no tuviera que madrugar tanto. Mientras se hacía la hora de levantarlo, Miguel miraba la tele y Catalina echaba una mano en la casa. Por la tarde, cuando le recogían de la guardería, se lo llevaban a casa, hasta que sus padres le iban a buscar al volver del trabajo.

Ahora que ya iba al colegio, dada la cercanía, seguían yendo ellos en lugar de que sus padres les llevaran a Gerard a casa. De esa forma el favor era doble, el niño no tenía que madrugar tanto y los padres ganaban tiempo, al no tener que levantarlo y vestirlo para llevarlo a casa de los abuelos. Catalina despertaba al niño, le vestía, le daba el desayuno y cuando estaba listo, Miguel lo llevaba al colegio. Mientras ella, si Sara tenía ropa atrasada de plancha, la doblaba y planchaba dejándola después sobre la cama para que ellos la guardaran. Así, al volver del trabajo dispondrían de más de tiempo para dedicárselo al niño, al que no veían durante todo el día, y a ellos mismos, sin que se les acumularan demasiadas tareas caseras para el fin de semana.

Querían ayudarles en lo que les fuera posible, ya que Luis y Sara trabajaban duro para poder pagar la hipoteca del piso, que gracias a su aval, les había concedido el banco.

—Buenos días, mi niño. ¿Has dormido bien?

—Sí, abuela, y he soñado que sabía montar en bici.

—¡Ah, sí! ¿y cómo es eso? Si no tienes bici.

—Es que se la he pedido a los Reyes, y papá me ha dicho que como soy muy bueno seguro que me la traerán.

—Pero, ¿ya has escrito la carta a los Reyes?, ¿es un poco pronto, no?

—Sí, es pronto, pero papá me ha dicho que si soy de los primeros no me quedará sin lo que pido, porque luego se acaban algunos juguetes.

—¿Y que más les has pedido?

—Les he pedido también un coche de bomberos.

—¡Un coche de bomberos!

—Sí, porque cuando sea grande, quiero ser bombero. Me gusta mucho tocar la campana, y apagar el fuego para que la gente no se quemé.

—Eso está muy bien, me gusta que quieras ayudar a los demás.

—Sí, y también apagaré el fuego del bosque, para que no se quemén los árboles. Mamá dice que si se queman los árboles, se morirán los animales que viven en el bosque y yo no quiero que se mueran.

Gerard era un loro, hablaba por los codos. Mientras Catalina lo vestía, Miguel en la cocina le prepara el desayuno.

—Vamos, Gerard, ven a desayunar que se te enfrían la leche y las tostadas.

—¡Ya voy, ya voy! que la abuela me está enseñando a atarme los cordones de las botas, que ya soy muy grande y tengo aprender a atármelos yo solo.

—Está bien, pero date prisa que se nos va a hacer tarde.

Cuando se fueron al colegio, Catalina empezó a doblar la ropa que había en una canasta. Era la que ella había tendido el día anterior, y que habían recogido sus hijos a la vuelta del trabajo. Plancharía la que le diera tiempo hasta que volviera Miguel y se fueran los dos a casa. De regreso del colegio, Miguel siempre compraba la prensa en un quiosco cercano, que leía después de desayunar, mientras Catalina hacía algún crucigrama.

Desde que se jubilaron, les gustaba desayunar juntos en la cocina, tomándose su tiempo y disfrutando de su mutua compañía. Atrás habían quedado los días de las prisas en los que Catalina tenía que correr para coger el autobús que le llevaba al trabajo, comiéndose las tostadas y tomándose el café de pie, mientras recogía un poco la casa antes de salir. Solo los fines de semana podían permitirse el lujo de compartir la hora del desayuno, en la que relajados, disfrutaban de la sobremesa, saboreando tranquilamente una deliciosa taza de café y hablando de los acontecimientos de la semana.

También el hacerse mayor tenía sus ventajas, ahora ese lujo al que Catalina no quería renunciar, se lo podía permitir cada día. Para ella era muy importante empezar bien el día, para poder hacer frente a los pequeños o a veces no tan pequeños problemas cotidianos. Actualmente no tenían grandes problemas. Sus hijos estaban sanos y tenían trabajo. Su nieto les llenaba de alegría, y con la pensión de Miguel y la de ella, vivían holgadamente, pudiéndose incluso permitir algún que otro lujo.

Hacía años que habían acabado de pagar el piso, con el que habían avalado a su hijo y a su nuera cuando se compraron el suyo para casarse. Con Sara tenían una excelente relación, la querían como a una hija. Ambos tenían buenos empleos, con los que hacer frente a su hipoteca y al gasto de la casa. Incluso se habían comprado un bonito coche que compartían para ir al trabajo, ya que los dos trabajaban en la misma empresa. Y la guinda del pastel, fue su nieto. Antes de ser abuelos nunca creyeron que podrían querer a nadie como querían a su hijo. Ahora se daban cuenta de que en el cariño no hay límites. Gerard les había dado a sus vidas una nueva dimensión, que no sabían que existiera. Era un sentimiento nuevo, distinto, que lo invadía todo llenándolo de luz y ternura, y que les hacía inmensamente felices. Catalina siempre decía que los nietos los enviaba Dios para endulzar el otoño de nuestras vidas.

Miguel llamó por el interfono para que bajara.

—Nena baja pronto, que he comprado unos churros para desayunar y no quiero que se enfríen.

Bajó volando, pues a ella también le gustaban calentitos.

—Eres incorregible, sabes que no me conviene este tipo de desayuno, que luego no me puedo abrochar la ropa, todo se me pone aquí —dijo, señalándose la cintura.

—Pues no los comas, ya me los comeré yo que no tengo ese problema.

—Claro, con lo que me gustan no los voy a comer, siempre me tientas con cosas que me gustan y engordan.

—Mira que sois tontas las mujeres, os gusta estar como bacalaos. Con lo guapas que estáis con un poco de carne sobre los huesos.

—No te referirás a los míos, que los tengo bien cubiertos.

—Por eso estás tan guapa, ya me cuidaré yo de que no pierdas esa lozanía que tú llamas sobrepeso.

—Contigo seguro que no la pierdo. Anda, prepara las tazas y pon los churros en un plato mientras preparo el chocolate.

Sentados a la mesa de la cocina uno frente al otro, con el plato de churros en el centro y sus humeantes tazas de chocolate, se sentían felices. De vez en cuando está bien infringir las reglas, a cambio de un poco de felicidad y, como decía Miguel: “una vez al año no hace daño”. —Siempre que no se convierta en un hábito —le contestaba ella.

Catalina acabó su crucigrama, se levantó, recogió la cocina y puso una lavadora mientras Miguel acababa de leer la prensa.

—Miguel.

—¿Sí?

—¿No te parece que tendríamos que empezar a mirar las tiendas de juguetes para comprarle los Reyes a Gerard?

—Aún falta mucho.

—¡No tanto! Además ahora se hacen las compras más tranquilas. A última hora todo son aglomeraciones y hay cosas que se agotan.

Miguel le contestó sin levantar los ojos del periódico. —Vale ¿cuándo quieres que vayamos?

—Podríamos ir mañana. Llevamos juntos a Gerard a la escuela y nos vamos directamente, y desayunamos algo por ahí.

—¿Y por qué no lo dejamos a comer en la escuela y lo recogemos por la tarde?, así tendremos más tiempo, y podemos ir mirando alguna cosa para los regalos de Luis y Sara.

—Perfecto, a Gerard le encanta quedarse a comer en el cole, dice que así tiene más tiempo de jugar con su amigo Pau. De paso voy cogiendo ideas, para escribir mi carta a los Reyes.

—Veo que no pierdes el tiempo. ¿Ya te has portado bien?

—Sabes que soy una santa.

—Qué bien, así me saldrá barato porque las santas son muy austeras.

—¡Oye que las santas de hoy día no son como las de antes, que también se han modernizado!

—Vaya, ya veo que no tengo escapatoria.

—Bueno, voy a arreglarme que tenemos que salir a comprar.

—Sí, anda, ve a arreglarte, a ver si puedo acabar de leer el periódico que hablas por los codos. ¡Ahora sé a quién se parece Gerard!

Al día siguiente, cuando Miguel llevó a Gerard al colegio, Catalina se fue a casa para arreglarse y preparar unas tostadas y café, para desayunar en casa cuando volviera Miguel. Al no tener que recoger al niño al mediodía, almorzarían fuera y Catalina no quería desayunar y almorzar fuera. Se acercaban las fiestas de Navidad en las que quieras o no, siempre se cogen uno o dos kilitos y, tenía que ir con cuidado de no ganarlos antes de tiempo.

A pesar de estar a primeros de diciembre, hacía una temperatura agradable, el día era soleado y no corría aire. Fueron al Corte Inglés, donde tomaron nota de algunas cosas para Sara y Luis. Catalina intentó averiguar las preferencias de Miguel, no quería preguntarle qué le gustaba, prefería sorprenderle. Después, fueron a la sección de juguetes. Había muchos modelos de bicicletas, pero no sabían cual preferirían sus padres, o si los padres de Sara tenían intención de comprársela. Así que le compraron un precioso coche de bomberos y una guitarra. A Gerard le encantaba la música. Cada año, los abuelos le llevaban al Palau de la Música para el concierto de Año Nuevo. Este año además, lo habían llevado al Teatro Nacional de Cataluña a ver *La Flauta Mágica* y *Cascanueces*. A Gerard le encantaba Mozart, Catalina prefería a *Tchaicovsky*.

Cuando salieron del Corte Inglés, fueron hasta el aparcamiento a dejar las cosas en el maletero del coche. El día se prestaba al paseo, así que bajaron paseando por las Ramblas hasta el Puerto, donde tenían la intención de almorzar en algún restaurante con vistas al mar. Después del almuerzo y mientras se hacía la hora de recoger al niño, se fueron a pasear por la playa, se quitaron los zapatos y anduvieron descalzos sobre la arena mojada, sintiendo el estimulante masaje que ejercían las olas al estrellarse contra sus tobillos. Luego volvieron al aparcamiento a recoger el coche y fueron al colegio a buscar a Gerard.

—¿Qué tal chiquitín? ¿Cómo te lo has pasado? ¿Te ha gustado la comida?

—Sí, abuela ¡estaba buenísima !He comido ensalada, macarrones y un plátano. Luego he jugado mucho con mi amigo Pau, y me lo he pasado chuli piruli. ¿Me dejarás otro día?

—Claro. ¿Te gustaría quedarte un día a la semana?

—¡Sí, sí, se lo voy a decir a Pau!

Se fue corriendo en busca de su amigo. Estaba tan contento que Miguel y Catalina decidieron dejarlo a comer en el colegio un día a la semana; él estaría súper contento y ellos dispondrían de un día para ellos. Por la tarde, cuando fueron sus padres a recogerlo, Gerard les explicó detalladamente todo lo que había hecho y lo bien que se lo había pasado.

—Y ¿sabes papá?, me ha dicho la abuela que me podré quedar un día a la semana.

—¡Muy bien hijo! Quizás cuando seas mayor, si tenemos un bebé, tendrás que quedarte todos los días para que la abuela no tenga tanto trabajo.

—Vale, ¿podré tener un hermanito como Pau?

—Claro, algún día.

—Como yo seré grande cuidaré de él y ayudaré a la abuela.

Hacía tiempo que Luis y Sara hablaban de aumentar la familia. Deseaban tener otro hijo y no querían esperar mucho para que no se llevaran demasiados años. Gerard ya iba a la escuela y si se quedaba en el comedor, no sería demasiada carga para Miguel y Catalina que podrían hacerse cargo del bebé, para que Sara pudiera seguir trabajando. Afortunadamente tenían una gran vitalidad y gozaban de buena salud.

Con los padres de Sara, no podían contar para que les echaran una mano con los niños. Al contrario, eran ellos lo que necesitaban ayuda. Eran muy mayores y estaban muy delicados de salud. Si esperaban demasiado tiempo, quién sabe si Miguel y Catalina estarían en condiciones de hacerse cargo de los niños mientras ellos trabajaban, y necesitaban trabajar. Al aumentar la familia, también aumentarían los gastos y tenían pendiente la hipoteca. Así que no sería de extrañar que el día menos pensado les dieran la noticia de un nuevo embarazo.

Antes de que se dieran cuenta llegó Navidad, Año Nuevo y Reyes. »Parece mentira cómo corre el tiempo cuando nos hacemos mayores,« pensaba Catalina. Recordaba que cuando era pequeña, los años le pasaban muy lentos. Tan lentos, que parecían no moverse, con las ganas que tenía ella de ser mayor. Parecía como si el tiempo pasara a cámara lenta. El día que empezó a contar sus años con dos dígitos, se sintió muy importante. Aunque a esa edad todavía pasaban muy despacio, aún estaba subiendo la cuesta. Cuando empieza el descenso, es cuando van cogiendo velocidad, es como si te deslizaras con los esquís por una pendiente nevada, o por un tobogán.

El día de Reyes a media mañana, Luis, Sara y Gerard fueron a casa de Miguel y Catalina, a recoger los regalos que los Reyes Magos les habían dejado. Después irían a comer a casa de los padres de Sara. Gerard llegó montado en su pequeña bicicleta de dos ruedas, de vistosos colores: rojo, verde y amarillo y con dos pequeñas ruedecitas extra en la parte trasera.

—¡Mira abuela! ¡Mira abuelo! Que bici más chula me han traído los Reyes, ¡Y ya sé montarla! Mirad, papá solo me aguanta un poquito.

—¡Oh, Gerard, es preciosa!, ¡se nota que has sido muy bueno! Por aquí también han pasado los Reyes. ¡Mira cuántos paquetes hay bajo el árbol! Ven, vamos a ver que han dejado. Mira, en este paquete pone Gerard y en este también. Mira Sara, hay uno para ti y otro para Luis. En este pone Miguel, y en este Catalina, ¡nosotros también debemos haber sido buenos!

—Sí, abuela. Sois los más buenos y los más guapos del muuuuundo. En mi casa también han traído un regalo para vosotros. Yo quería verlo pero mamá me ha dicho que solo vosotros podéis abrir vuestros regalos.

Sin parar de hablar, iba rasgando nerviosamente el brillante y colorido papel con dibujos navideños de sus regalos.

—¡Hala, qué chulo! ¡Mira papá! es un coche de bomberos, y tiene una campana.

Empezó a tocar la campana ruidosamente, luego lo dejó en el suelo y fue a abrir el otro.

—¿Y esto tan grande qué es abuela?

—No lo sé, ábrelo a ver.

Sus pequeños deditos rasgaban con ansiedad e impaciencia el papel del envoltorio.

—¡Es una guitarra de verdad! ¡Mira, mamá! ¿Me enseñarás a tocarla?

—¡Claro, cariño!

Sara había estudiado música y tenía en casa un viejo piano de segunda mano que le habían comprado sus padres cuando estudiaba y que se llevó al casarse. Solía tocarlo siempre que disponía de tiempo y le enseñaba algunas notas a Gerard, que demostraba tener buen oído musical.

Cuando conoció a Luis, se ganaba la vida dando clases de música en una escuela a tiempo parcial y clases particulares en casa de sus padres. Ahora hacía tiempo que no se dedicaba a la música profesionalmente. Su trabajo en la empresa, gracias a su dominio de varias lenguas, era de secretaria de dirección.

—¡Mamá, mamá, dale a los abuelos sus regalos!

—Ten Catalina, no es muy original pero los Reyes están seguros que con esto aciertan.

Lo abrió, sabiendo de antemano que se trataba de su perfume favorito.

—¡Gracias! —les dijo besando a ambos. —¡Estos Reyes realmente son Magos, han adivinado lo que me gusta!

—Este es el tuyo, papá —dijo Luis. Esperemos que también hayan acertado con el tuyo, igual que con el de mamá.

—A ver, a ver... Abuelo, ¿qué es?

—Mira, ¿a qué es precioso? —dijo Miguel, enganchando la anilla de la cadena del reloj en el ojal de su chaleco y contemplándolo detenidamente antes de guardárselo en el bolsillo.

—¡Qué chulo, abuelo! ¿Me lo dejarás cuando sea grande?

—Claro que sí. A Miguel le apasionaban los relojes de todo tipo, de pared, de pulsera y últimamente coleccionaba relojes de bolsillo.

—Bueno, vamos a abrir los nuestros —dijeron Sara y Luis.

—Mira Luis, un *foulard* de seda y dos CD: la sinfonía nº 1 “Titán” de Gustav Mahler y la sinfonía nº 9 “Del Nuevo Mundo” de Antonin Dvorak. ¡Oh, muchas gracias! ¡Estos Reyes son adorables! ¿A ver el tuyo Luis?

—¡Oh, un juego de ajedrez! ¡Pero este es mucho más bonito y mejor que el que tenemos de metacrilato!

Se trataba de un precioso juego de ajedrez, con las figuras blancas de marfil y las negras de ébano. Estaba guardado en una caja esmaltada, con cuadros blancos y negros y que una vez abierta servía de tablero para jugar.

—Además de bonito es muy práctico. Porque cuando no se usa, las piezas están guardadas dentro de la caja sin riesgo de que se pierda ninguna y sin acumular polvo —dijo Sara.

—Este año los Reyes se han pasado siendo generosos, me temo que el año que viene tendrán que serlo algo menos, ya que habrá una carta más.

—¿Qué significa eso? ¿Aumento de familia? —dijo Catalina.

—Sí, Sara está embarazada de dos meses. No os lo hemos querido decir antes hasta estar seguros de que todo iba bien; además queríamos daros la noticia en un día especial, y hoy lo es.

—¡Esto sí que es un regalo que no nos esperábamos! ¡Muchísimas felicidades a los dos! —les dijeron, abrazándolos.

—Oye, Gerard ¿ya sabes que vas a tener un hermanito?

—Sí, me lo han dicho papá y mamá, pero todavía no.

Estaba tan entusiasmado con sus regalos que la noticia del hermanito pasó a segundo plano, lo más importante ahora era lo inmediato. Es una lástima, pensó Catalina, que esa capacidad que tienen los niños para disfrutar del aquí y el ahora, la mayoría de los adultos la perdamos al crecer. Nos proyectamos tanto en el futuro, para bien o para mal, que a veces somos incapaces de disfrutar lo que nos ofrece el presente. Si creemos que más adelante nuestras vidas van a ser mejor, estamos deseando llegar a esa dicha con la que soñamos y luego, una vez alcanzada, al poco tiempo por cotidiana, deja de ser tan maravillosa como habíamos imaginado. Y si nuestros pronósticos de futuro son pesimistas, vamos a estar sufriendo por futuras desgracias, que quizás no ocurran nunca, y que en caso de ocurrir vamos a sufrir por duplicado, privándonos de disfrutar lo que tenemos ahora. Desgraciadamente, no se puede dar marcha atrás en el tiempo, ni para enmendar los errores, ni para recuperar las ocasiones perdidas. Y el futuro ya se vivirá cuando llegue.

Esa era la filosofía de Catalina y aunque algunas amigas le decían que esto era carecer de sueños o falta de previsión, ella no lo veía así. Claro que es bueno ilusionarse con nuevos proyectos, y soñar, pero sin ansia. Los sueños no siempre se cumplen pero son bonitos mientras duran. Por otra parte, pretender que todo suceda a nuestro antojo es una batalla perdida de antemano. La vida no se adaptará a nosotros, nosotros tenemos que adaptarnos a ella. Es imposible predecir el futuro, no está en nuestras manos. Hay muchos factores que lo determinarán y condicionarán y en los que nosotros no podemos intervenir. Esto no quiere decir que no haya que tener unas previsiones de futuro; es cierto que lo que se haga hoy tendrá su repercusión mañana. Pero esto no es una ciencia exacta, a veces se gana y otras se pierde, nadie juega con las cartas marcadas.

Estaba muy ilusionada con la venida de su nuevo nieto, pero sin ansiedad, cuando llegara el momento lo disfrutaría. Ahora tocaba disfrutar de este, vendrían otros momentos felices, pero este no se repetiría. ¿Cómo podía perderse la felicidad que veía reflejada en los rostros de sus hijos? ¿Y la carita de Gerard?, con sus mejillas rosaditas de la excitación de ver cumplidos sus deseos. Crecerá y ese rostro infantil dejará de existir, pero ella lo guardaría para siempre en su retina. Quizás mañana el coche de bomberos permanecerá tirado en un rincón de la casa sin que le haga ningún caso, pero la felicidad de ese momento no habrá quien se la quite, y es posible que este momento lo recuerde toda su vida. Como ella recordaba momentos felices de su infancia, fiestas y vivencias familiares con sus padres, abuelos y hermanos. Los recuerdos de la infancia permanecían con una claridad sorprendente. Podía olvidar cosas recientes, en cambio tenía muy presentes los recuerdos de la infancia, especialmente los momentos felices.

Gerard tenía prisa por ir a casa de sus otros abuelos, donde le esperaban más regalos. También estaba impaciente por enseñarles a sus primos lo que le habían traído los Reyes. Cada año en ese día, Sara se reunía con sus hermanos y sobrinos en casa de sus padres para el almuerzo familiar, que acababa con el Roscón de Reyes y la consiguiente algarabía de los niños por encontrar el rey y conseguir ser coronado.

Sara y sus hermanos se ocupaban de organizar la comida para que sus padres pudieran reunir a sus hijos y nietos, ya que tanto por su edad como por su estado de salud ellos no podían hacerlo. Días antes, ella se encargaba de comprar las provisiones. Y el día de Reyes, mientras su cuñada y hermana hacían la comida y ella preparaba la mesa, Luis, su hermano y su cuñado llevaban a los niños al parque, para que no enredaran por la casa mareando a los abuelos, que ya no estaban para esos trotes. Se habían hecho mayores y acostumbrados a estar solos, se ponían nerviosos si había demasiado barullo. Después de comer, mientras los niños jugaban con los juguetes que les habían traído los Reyes, los hombres hacían una partida de cartas y los abuelos se echaban una siestecita sentados frente al televisor. Las tres mujeres, retiraban la mesa, lavaban los platos y recogían la cocina mientras compartían confidencias.

—Papá, mamá, ¿cuándo nos vamos a casa de los otros abuelos?

—¿Tanta prisa tienes? ¿ya te quieres ir? —le dijo Catalina.

—Sí, ya tengo mis juguetes y ahora quiero irme, porque quiero ver lo que me han traído los Reyes en casa de mis otros abuelos.

Sara rió divertida. —No se puede decir que los niños no son interesados.

—Al menos podías disimular, Gerard —le dijo Luis.

—¿Qué es disimular, papá?

—¿Y cómo se lo explico yo ahora? Pues no mostrar tanta prisa por irte.

—Pero es que yo quiero irme.

—No os preocupéis. Los niños son así de espontáneos, dicen lo que piensan.

—Bueno, ya nos vamos. Hala, dale un beso al abuelo y a la abuela.

—¡Adiós, abuelo! ¡Adiós abuela!

—¡Adiós, tesoro, que te lo pases muy bien!

—¡Vale! —dijo Gerard dirigiéndose hacia la puerta.

—Adiós Sara. Saluda a tus padres y hermanos de nuestra parte.

—Gracias, así lo haré.

Una vez acabadas las fiestas navideñas, todo volvió a la normalidad y todos a su rutina diaria. El bebé nacería a finales de julio. Ese último mes, Sara estaría de baja maternal, con lo que no tendrían que cuidar a Gerard. Miguel y Catalina harían una reserva en una casa rural del Pirineo para la primera semana de julio y para el mes de agosto. Volverían para el nacimiento del bebé y se volverían a marchar de nuevo. Catalina no soportaba los veranos en la ciudad, el calor era agobiante. Decía que al hacerse mayor se le debía haber estropeado el termostato biológico, esto no le pasaba cuando era joven. Recordaba, sobre todo en su adolescencia y primera juventud, antes de conocer a Juan, que le encantaba ir a la playa y pasarse las horas muertas tendida bajo los ardientes rayos del sol, sin que le molestara. Tampoco le molestaba el exceso de gente, aunque a veces, era toda una epopeya encontrar un sitio donde extender la toalla.

Le seguía gustando la playa, pero no en pleno verano. Ahora iban a finales de septiembre y octubre, cuando ya no había turistas y el calor no era tan agobiante. Disfrutaban dando largos paseos descalzos por la playa desierta, sintiendo el contacto de la arena bajo sus pies y el estimulante masaje de las olas, con el único ruido del rumor de las olas y el graznar de las gaviotas.

Con el tiempo los gustos van cambiando, ahora huía de las aglomeraciones, con lo que Miguel estaba encantado. Él siempre había preferido la montaña, lugares tranquilos y en contacto con la naturaleza, donde poder dar largos paseos y descubrir bonitos rincones. Por eso ahora solían hacer más turismo rural.

A veces, salían por la mañana temprano antes de que apretara el calor, se llevaban unos bocadillos y fruta, y pasaban todo el día fuera. Comiendo sentados sobre la hierba al lado de un arroyo, oyendo como se deslizaba el agua entre las piedras. O, sentados sobre una roca en la cima del monte, desde donde podían contemplar preciosos valles y ver las aves rapaces sobrevolar los tupidos bosques.

Luego al atardecer, cuando el sol bajaba, volvían al hostel con los pulmones llenos de oxígeno y algo cansados. Pero un cansancio físico del que era fácil recuperarse. Después de darse una estimulante ducha se sentían renovados. Se cambiaban de ropa y bajaban a cenar al acogedor comedor, donde degustaban una succulenta cena en agradable compañía, con productos frescos de la zona. Algunos producidos por los dueños del hostel, como la carne, huevos y queso, al igual que las verduras que ellos mismo cultivaban. En estas casas rurales donde las plazas eran limitadas, era fácil hacer amigos y compartir agradables veladas con algún juego de mesa, bingo, cartas, lotería y hasta parchís. Otras veces con interesantes charlas, que se alargaban hasta altas horas de la madrugada. Estas veladas eran especialmente agradables. Compartir puntos de vista o temas interesantes con gente que sea buena conversadora y que sepa escuchar es todo un placer. Trataban de evitar a los charlatanes egocéntricos, que se encuentran en todos sitios, hablando siempre de sí mismos o haciéndose los graciosos. Había que saber diferenciar los unos de los otros y ellos los reconocían a una legua.

También organizaban alguna que otra excursión en grupo, en la que lo pasaban muy bien compartiendo experiencias, bromas y chistes, algunos subidos de tono, aunque a estas alturas nadie se ruborizaba, al fin y al cabo ya no eran adolescentes. Este tipo de excursiones solían ser con guía e incluso hacían senderismo nocturno con linternas. Era una experiencia fascinante.

Catalina siempre le estaría agradecida a Miguel por haberle descubierto esa faceta desconocida para ella y que tanto le había aportado, en la que habían hecho verdaderos amigos, con los que a veces se juntaban en la ciudad para salir a cenar, al teatro o al cine. Las casas rurales eran también muy frecuentadas por gente joven, sobre todo parejas con niños, que preferían un entorno más tranquilo y relajado. Con frecuencia, como en su caso, a estas parejas jóvenes con niños, solían sumarse también los abuelos, que les hacían de canguros para que los papás pudieran hacer alguna escapadita solos.

Los sábados, amenizaban las veladas con música en directo. En el gran porche de la casa rural improvisaban una pista de baile. Tocaban música para todos los gustos, con cantantes y músicos jóvenes que empezaban, y que no eran conocidos, pero que lo hacían maravillosamente bien.

Eran habituales, una pareja joven. Ella cantaba y él tocaba la guitarra. La chica tenía una bonita voz que adaptaba a diferentes estilos y a veces cantaban los dos formando un dúo. Ofrecían un amplio repertorio, desde boleros para los más carrozas y rock and roll para los nostálgicos hasta música disco para los jóvenes. Otro habitual era Jordi el Marchoso, un joven de pelo largo, pendientes, vaqueros raídos y una camiseta sin mangas, que dejaba al descubierto sus numerosos tatuajes, y que con una batería y un teclado se montaba una orquesta.

A los niños más pequeños, los enviaban a dormir después de la cena, pero los niños mayores también participaban de la fiesta del fin de semana, bailando entre ellos, y mezclándose en la improvisada pista de baile con los adultos.

Posiblemente, este año se les unieran Luis y Sara. Con los dos niños, sobre todo la niña tan pequeña, necesitarían un lugar tranquilo. Y estando los abuelos, alguna noche si les apetecía, podían hacer alguna escapadita a la ciudad para ir al cine, a bailar o disfrutar de una cena romántica a la luz de las velas. Estas pequeñas cosas, son hábitos muy saludables, que hacen que las parejas mantengan encendida la llama de la ilusión. Cuando nació Gerard, y hasta cumplir los tres años, solían ir juntos de vacaciones, con lo que Luis y Sara gozaban de más libertad de movimientos para hacer algunas actividades que con el niño no hubieran podido hacer, o salir alguna noche. Después, empezaron a elegir destinos distintos. Sus hijos preferían la playa y alquilaban un apartamento en una zona costera. A ellos, ya había dejado de gustarles la playa en verano, prefiriendo lugares más frescos y tranquilos.

Con la rapidez que pasa el tiempo, el mes de julio estaba ya a la vuelta de la esquina. Se irían la primera semana y volverían para el nacimiento del bebé, reanudando las vacaciones en agosto. Por las ecografías sabían que sería una niña, todos estaban muy contentos. Miguel y Catalina deseaban ardientemente una niña, ya que ellos solo tuvieron a Luis, y el primer nieto fue niño. Y Sara y Luis también deseaban una niña, y de haber sido niño lo hubieran vuelto a intentar. Ahora al tener la parejita se plantarían.

Actualmente no es rentable tener muchos hijos. En el pasado, cuantos más hijos se tenían más prosperaba la familia. En las ciudades, a los catorce años se empezaba a trabajar legalmente en las fábricas y antes de esa edad, si se trataba de pequeños talleres o comercios, incluso a los doce años, con lo que cuantos más hijos se tenían más sueldos entraban en la casa, que además se entregaban íntegramente para la comunidad familiar, y que la madre administraba, comprando estrictamente lo necesario. Nada de lujos ni de caprichos. Incluso algunas prendas de ropa, zapatos o colonia eran considerados como un lujo y se pedían en la carta a los Reyes. Y en el medio rural, los hijos representaban mano de obra gratis, por lo que eran muy rentables, ya que los gastos que requerían eran mínimos. Se aprovechaba la ropa y el calzado de los mayores para los pequeños, y a la hora de la comida, se echaba un puñado más de garbanzos a la olla y listos. Hoy en día cada hijo cuesta una fortuna, desde que nacen ya representan un gasto: pañales, biberones, cochecito, guardería... y al crecer, crecen también los gastos. Aunque vayan a un colegio estatal hay una serie de gastos imprescindibles: uniforme, equipo de deporte, material escolar y libros de texto que no pueden aprovechar los hermanos más pequeños. Y las actividades extraescolares, inglés, ballet, tenis..., con el equipo correspondiente. Más tarde la universidad: matrícula, desplazamientos, libros de texto, ordenador, móvil... Y a los dieciocho años, el carnet de conducir y a veces un cochecito de segunda mano. Todo eso claro está, saliendo del bolsillo de los padres porque mientras estudian no trabajan. Y los que compaginan los estudios, con un mini empleo antes de acabar la carrera, lo necesitan para sus gastos: gasolina para el coche y las salidas de los fines de semana. Después de acabar la carrera, si tienen suerte y encuentran un empleo, prácticamente se quedan con la totalidad del sueldo para sus gastos. Viajes al extranjero para ampliar estudios, ahorrar para comprarse un piso si tienen pareja... Si alguno aporta algo a la comunidad familiar, suele ser tan poco que ni siquiera cubren sus gastos.

En la tercera semana de julio nació la niña, a la que llamaron Marta. Gerard estaba eufórico con su hermanita.

—¡Abuela! ¡Ven, ven, mira qué guapa es la niña!

—Si que es guapa, se parece a tu mamá.

—Y yo soy guapo como mi papá. ¿Verdad abuela?

—¡Claro!

—¿Y tú que tal estás Sara? ¿Quieres que anulemos la primera semana de agosto?

—¡Qué va! Ni pensarlo, estoy estupendamente. Me ha dicho el médico que en tres días me dará el alta. Además, Luis me puede echar una mano, tiene unos días por paternidad que empalmará con las vacaciones. En tres semanas nos uniremos a vosotros.

CAPÍTULO 7

A la semana de nacer Marta, Miguel y Catalina volvieron al Pirineo. En Barcelona hacía un calor insoportable y los turistas la habían tomado al asalto. Entre ellos muchos japoneses, que visitaban la Ciudad Condal atraídos por las obras del arquitecto tarraconense Antonio Gaudí. Pacientemente y bajo un sol de justicia, formaban largas colas para visitar la Sagrada Familia o el Parque Güell, con su dragón de trocitos de azulejos multicolores. Con las cámaras colgadas al cuello, no paraban de tomar fotos de sus edificios más emblemáticos como la Casa Milà, la Casa Batlló, la Casa Vicens, la Casa Calvet... y las preciosas farolas de la Plaza Real.

Luis y Sara, habían hecho una reserva las dos últimas semanas de agosto, en las que se reunirían con ellos. Necesitaban un sitio tranquilo para descansar con los niños y Marta era demasiado pequeña para llevarla a la playa.

En septiembre cuando volvieran a Barcelona, antes de que Sara se incorporara al trabajo, bautizarían a la niña, en una ceremonia íntima y familiar. La hermana de Sara y su marido serían los padrinos, el hermano y su cuñada, lo habían sido de Gerard. Todos estaban de acuerdo en que los niños tenían que tener padrinos jóvenes, ya que a falta de los padres ellos serían sus tutores. Los abuelos ya tenían el máximo honor, el de ser abuelos.

A la vuelta de las vacaciones y después del bautizo de Marta, todos volvieron a su rutina. A Catalina después de un tiempo fuera, le apetecía volver a casa y a su vida cotidiana. Con el regreso de Gerard al colegio y de Sara al trabajo, cada mañana a las 7:30 iban a casa de Luis y Sara a levantar a los niños. Mientras se hacía la hora de levantar a Gerard, Miguel veía las noticias en el canal 24 horas, y ella aprovechaba para recoger un poco la casa. Doblar o planchar la ropa que pudieran tener atrasada, ya que ahora con los dos niños se les acumulaba más el trabajo. Luego levantaban a Gerard, le daban el desayuno y le preparaban para ir al colegio. A Marta la dejaban dormir hasta que se despertaba, que normalmente coincidía con la hora en que su hermano se iba al cole. Mientras Miguel lo llevaba a la escuela, ella vestía a la niña, le daba el biberón y cuando volvía Miguel de llevar al niño y comprar la prensa, se iban a casa llevándose a Marta con ellos. La niña era muy buena, así que la ponían en su cunita plegable que anteriormente había pertenecido a su hermano, y le ponían un CD de Mozart. A pesar de ser tan pequeña le encantaba la música. Después, se iban a la cocina a tomar su bien merecido desayuno, tranquilos y relajados; era muy importante empezar bien el día. Para eso no hay nada mejor que un buen desayuno en buena compañía, después, las tareas cotidianas se afrontan con más optimismo.

Gerard se quedaba a comer en el comedor de la escuela, con lo que estaba muy contento. Le gustaba mucho jugar con su amigo Pau y disfrutaba de las actividades que les preparaban las monitoras de comedor después del almuerzo. Por la tarde iban los dos a recogerlo, aprovechando así para sacar a pasear a Marta en su cochecito y que le diera un poco el aire y el sol.

Si hacía buen tiempo, le llevaban la merienda a Gerard y los llevaban un rato al parque. Después, volvían a casa antes de que sus padres vinieran a recogerles. Cuando hacía mal tiempo se iban directamente a casa, y mientras Miguel y Gerard miraban en la tele algún programa infantil o alguna película de animación, ella preparaba la cena. En cuanto Luis y Sara se llevaban a los niños, cenaban. Les gustaba cenar temprano, para que pasaran unas horas antes de acostarse. Luego veían una película o algún programa de interés. Nunca se iban a la cama antes de la 12:00. Miguel se dormía pronto, pero ella se quedaba leyendo hasta las tantas. Siempre había dormido poco y nunca pudo hacer la siesta. Si se levantaba tarde o dormía la siesta, le dolía la cabeza. Con los años, ese problema se fue agudizando y cada vez dormía menos. No más de cinco horas si quería tener la cabeza despejada. Así que aprovechaba la tranquilidad de sus horas de vigilia para sumergirse en una buena historia, le apasionaba leer y durante el día le era más difícil encontrar un hueco.

Como cada mañana, después de dejar a Gerard en el colegio se llevaban a Marta a casa y procedían al ritual del desayuno: sentados uno frente al otro en la mesa de la cocina, tomaban unas tostadas con mermelada de arándanos o de naranjas amargas, que era la preferida de Miguel, y café, o avena con frutos secos y zumo de naranja. Exceptuando el día que Miguel compraba churros o pasaba por el café-restaurant de su amigo Rafael y compraba unos cruasanes o chuchos, que Catalina también disfrutaba a pesar de sus protestas.

Marta tenía ya cinco meses, era una niña muy despierta y simpática, y sentada en su hamaca ocupaba un lugar preferente en la cocina. Al acabar el desayuno, como siempre, Miguel leía su periódico y Catalina hacía un crucigrama.

—Las cosas no pinta bien —comentó un día Miguel.

—¿A qué te refieres? —contestó Catalina.

—A qué estamos entrando en crisis, por más que el gobierno lo niegue.

—Pero si el gobierno lo niega, será porque tendrá recursos para evitarla.

—No, lo hace para no crear alarma social y creo que se equivoca. Es mejor hablarle claro al pueblo y enfrentar los problemas, en vez de esconder la cabeza como el avestruz, y aquí no pasa nada. Cuando hace dos años empezaron los problemas de las hipotecas basura en Estados Unidos, ya se veía venir que tarde o temprano se extendería a Europa. Pues ya está aquí, por más que lo nieguen.

—Ya sé que puede parecer egoísta pero, ¿esto en qué nos afecta a nosotros?

—Esto, nos afectará a todos. Bueno, a todos no nos afectará de la misma manera. Incluso habrá quien saque tajada de la crisis y se haga rico.

—¿Qué dices? ¿Cómo se va a enriquecer nadie con la crisis.?

—A ver Catalina, el dinero no desaparece, solo cambia de bolsillos. Mientras unos se empobrecen, otros se enriquecen. Así funciona el capitalismo, los mercados y los bancos. En los años del boom económico, ibas a pedir una hipoteca para comprarte un piso, y si necesitabas 20.000.000 de las antiguas pesetas, te ofrecían 30.000.000, cuanto más prestaran más intereses cobraban, y luego si las cosas van mal, y no puedes pagar, se te quedan con el piso. Eso es lo que está pasando en Estados Unidos y no tardará en pasar aquí. Los bancos nunca pierden, ellos son los que crean el problema y los ciudadanos lo pagamos.

—Bueno, menos mal que nosotros ya lo tenemos pagado.

—No, claro. No va a afectar a todos por igual, nosotros no tenemos deudas y al estar jubilados, no podemos perder el trabajo, pero puede afectarle a nuestros hijos.

—Espero que no sea tan grave como lo pintas y que la crisis solo nos roce un poco.

—Ojalá me equivoque, pero el que los bancos hayan empezado a reducir los prestamos, no es bueno. Muchos empresarios necesitan el crédito para mantener sus empresas, si el dinero no fluye tendrán que cerrar e irá mucha gente a la calle.

—Vamos Miguel, ¡no seas apocalíptico!

—Tienes razón, no hay que adelantar acontecimientos. En todo caso ya les haremos frente si llegan.

En los debates televisivos, los políticos se tiraban los trastos a la cabeza. La oposición acusaba al gobierno de estar mintiendo sobre la situación y pedían su dimisión, y el gobierno acusaba a la oposición de querer desestabilizar el país y crear miedo en la población. El caso es que un día sí y el otro también los informativos echaban chispas, y empezaron a salir los trapos sucios. Hoy salía la corrupción de los miembros de un partido, y al día siguiente se destapaba la corrupción de miembros del partido contrario. Y no solo los políticos. Las capas más altas de la sociedad también se habían dedicado al espolio. Todo el que tenía un cargo importante o una posición influyente, lo utilizaba para enriquecerse. La corrupción estaba salpicando a todos, nunca se habían dado tantos casos de corrupción y estafa, estaban desmantelando el país.

Al no conceder hipotecas, la compra de vivienda se paralizó. La construcción, que era uno de los motores económicos de nuestro país, se derrumbó, arrastrando en su caída a toda la industria relacionada con el sector: transporte, cerámica, sanitarios, carpintería, electricidad, fontanería, pintura, decoración... Aparte de la gran cantidad de mano de obra que se perdió, muchos pequeños y medianos constructores se arruinaron. Habían pagado los terrenos a precio de oro y habían construido inmuebles con financiación bancaria. Al no poder vender lo construido, no podían hacer frente a sus pagos y se lo quedaban los bancos, convirtiéndose en inmobiliarias y reventando el precio de la vivienda.

Solo se estaban salvando los poderosos, con influencias y dinero suficiente para hacer todo tipo de chanchullos y trampas disfrazadas de legalidad. Algunos empresarios blanqueaban grandes cantidades de dinero llevándoselo a paraísos fiscales. Después, se declaraban insolventes y despedían sin indemnización a los trabajadores, que pasaban a engrosar las listas del paro, y ellos se iban de rositas con los bolsillos bien llenos. Y, entre la clase política, la corrupción era de todo tipo: desde quedarse el dinero destinado a impartir cursos de preparación laboral, el dinero destinado a las jubilaciones, cobro de comisiones por favores y financiación ilegal de los partidos políticos, cuyo dinero iba a parar íntegramente a sus cuentas bancarias. Aunque algunos acabaran en la cárcel, el dinero robado no lo devolvían. Y encima se incrementaba el gasto en las prisiones, que se estaban convirtiendo en la residencia de políticos y empresarios corruptos. Pero la mayoría salían bien parados, después de un gran revuelo, no se volvía a hablar de ellos. Seguían en sus cargos y aquí no pasa nada, ningún político dimitía por corrupción.

Mientras, los pequeños empresarios y autónomos, sobre todo los relacionados con la construcción, agobiados por la falta de trabajo y acibillados de impuestos cada vez más altos, que el gobierno no paraba de subir, más alquiler, salarios y seguridad social, se veían obligados a cerrar sus negocios, despidiendo a su trabajadores y ellos mal viviendo haciendo chapuzas en negro.

El círculo vicioso estaba servido. Los trabajadores que pierden su empleo, dejan de cotizar y cobran el paro, con lo que las arcas del estado se van quedando vacías al tener cada vez más pagos que ingresos.

—Ya me dirás, le decía Miguel. El pobre transportista, que se haya comprado un camión a plazos y que todavía lo esté pagando, ese no puede cerrar su negocio. Tiene que seguir contra viento y marea para poder seguir pagando su camión, cobrando su escaso trabajo con meses de demora. Aunque eso sí, tiene que pagar el IVA en cuanto emite la factura de un trabajo, que tardará meses en cobrar, o años si se trata de trabajos a centros oficiales como ayuntamientos colegios públicos.

—Tenías razón Miguel, esta crisis está afectando mucho a la construcción.

—Y esto no ha hecho nada más que empezar, se lo llevará todo por delante.

—Quieres decir todo lo relacionado con la industria de la construcción, ¿no?

—No, no solo a la construcción, acabará afectando a todos los sectores. Si la gente que ha perdido su trabajo, que es mucha, deja de consumir bajará la producción. A ver, si hubieras perdido tu trabajo, ¿te comprarías un coche, renovarías tu vestuario o te irías de vacaciones?

—No, claro.

—Pues ya está. Si baja la venta de coches, los fabricantes reducirán la plantilla de sus trabajadores y habrá más parados, que consumirán menos calzado, ropa y ocio. El resultado será que cerrarán talleres de confección, tiendas, academias de idiomas, peluquerías... es como las fichas de dominó, que cuando cae una arrastra a todas las demás.

—¡Pues vaya panorama tenemos!

—Además, el gobierno en su afán recaudatorio mal orientado, para hacer frente a tanto gasto como genera el subsidio de desempleo y la falta de ingresos de las cotizaciones, sube los impuestos, con lo que crean más economía sumergida. Porque a ver: si a la persona que tiene una peluquería, tiene una ayudante y aparte del salario cotiza a la seguridad social por las dos, le suben la luz, el agua y los impuestos, no tiene más remedio que subir los precios, al subir los precios pierde clientela, ya no le sale a cuenta mantener el negocio. Cierra la peluquería, despide a la dependienta y el gobierno deja de percibir ingresos de la seguridad social de estas dos personas y además tendrá que pagarle el paro a la empleada. La peluquera, que cierra su negocio y tiene dificultades para cobrar algún tipo de prestación, tiene que buscarse la vida y se va a peinar a sus clientas a domicilio. Al no tener gastos lo puede hacer más barato, con lo que conserva la clientela y puede subsistir. El que tiene una academia de idiomas, al perder alumnos cierra su negocio, despide a sus profesores que dejan de cotizar y pasan a engrosar las listas del paro. Al no pagar salarios, ni seguridad social, ni alquiler, ni electricidad, ni teléfono, ni impuestos, baja los precios y da clases en su casa a pequeños grupos o clases particulares a domicilio, con lo que la economía sumergida, en lugar de desaparecer, aumenta. No lo apruebo pero lo justifico. No se puede culpar a nadie por intentar sobrevivir en tiempos revueltos. Tú sabes que soy partidario de pagar impuestos, siempre que estos reviertan en beneficio de quien los paga, no para que un atajo de chorizos se forren. Pero en un país donde los que tienen que dar ejemplo, son los que más roban, es aplicable el refrán: “el que roba a un ladrón tiene cien años de perdón”. Estamos en un momento de “sálvese el que pueda”. Claro que esto tiene sus consecuencias negativas, que recaen siempre en las clases trabajadoras y pequeños empresarios. Si el gobierno cada vez recauda menos y van creciendo los gastos por desempleo, irá recortando en servicios, lo que a su vez creará más paro: es como la pescadilla que se muerde la cola. La oposición pide elecciones anticipadas y dice tener la fórmula para frenar toda esta destrucción de empleo.

—¿Y tú qué piensas?

—Que lo más seguro es que las haya. El pueblo está harto y votará masivamente a la oposición, que es lo que pretende: sacar ventaja política de la crisis.

—Pues a ver si con el cambio las cosas mejoran.

—No cambiará nada, mucha demagogia y muchas promesas, hasta que llegan al poder. Una vez se instalan en el gobierno, olvidan sus promesas. Nos han vendido la idea de la democracia y de que el pueblo tiene la libertad de escoger a sus gobernantes. ¿Qué democracia y qué libertad? ¿La de colocar nuestro voto en las urnas? Los ciudadanos les votamos para que gobiernen y defiendan nuestros intereses, que para eso se les paga. Y si no hacen lo que prometen, que para eso se les vota, tendríamos que tener el poder de echarlos por incumplimiento de su programa electoral y por no hacer bien su trabajo. En cualquier trabajo se le exige al trabajador que cumpla por lo que se le está pagando, y si no lo hace, va a la calle. Pero todos los partidos políticos se hartan de hacer promesas para ser elegidos, con la certeza de que si ganan las elecciones, como mínimo, si no salen reelegidos van a estar cuatro años chupando. Cumplan o no cumplan sus promesas, lo hagan bien o lo hagan mal. Y da lo mismo que sea un partido que otro. El gobierno de turno es el que hace las leyes e instaura los privilegios, que como les favorecen a todos, sean del color político que sean, a la hora de aprobarlas todos están de acuerdo. Es curioso que cuando hacen reformas o tienen que aprobar una nueva ley, nunca se ponen de acuerdo gobierno y oposición. En cambio, las leyes que les favorecen, las aprueban por una unanimidad, para cuando les toque gobernar a ellos. Hay pocos que no acaben enriqueciéndose en su paso por la política, que por muy mal que lo hagan, van a estar cuatro años viviendo de la sopa boba. Y una vez acabado el mandato, lo emplean como trampolín para saltar a los altos cargos de las multinacionales, que les pagan salarios millonarios por no hacer nada. Solo por prestar su imagen, que es lo único que tienen, porque lo que es cerebro, poco. Es mejor tenerlos como figuras decorativas porque si los dejan hacer, son capaces de hundir las empresas. Como ha ocurrido con algunos políticos economistas, que han hundido los bancos, dejando a muchos pobres ahorradores en la miseria. ¿Y ellos qué? ¡Tan campantes! Se han ido con indemnizaciones millonarias, por el cese de su trabajo. O sea, que encima, premian su ineptitud. Si un trabajador no cumple con su trabajo, va a la calle sin nada, por despido procedente o disciplinario. Y luego se desgañitan diciéndonos que ante la ley todos los españoles somos iguales. Eso es un insulto a nuestra inteligencia. ¿A quién creen que engañan? Está claro que no todos somos iguales, hay españoles de primera, que son ellos, la clase privilegiada. El resto somos españoles de segunda y de tercera y nos tratan como si fuéramos chusma. Lo que necesitamos son políticos honrados que trabajen para el pueblo, como Truman o Sarmiento. Desgraciadamente es una especie extinguida. No quiero decir con esto que no haya políticos honrados, de vocación y con espíritu de servicio al país, que alguno habrá, pero a estos no les dejan prosperar, si no se les acabaría el chollo.

—Así, ¿tú crees que aunque cambie el gobierno seguiremos igual?

—Sí. Qué más da que sean unos u otros, los intereses son los mismos. Con tal de hacerse con el poder, engañan a la gente con toda impunidad, haciendo promesas que saben de antemano que no podrán cumplir. Después, justifican su inoperancia a la herencia recibida del partido anterior, como si ellos no supieran cómo estaba el estado de la nación. Y si realmente no lo sabían, todavía es más grave. Su obligación como oposición es controlar al partido en el poder. Son unos mentirosos compulsivos, y lo más indignante es que lo hacen sin ningún pudor.

—Pero, ¿tendrá que haber alguna solución?

—Sí, claro que la habrá, pero no a corto plazo. Antes se llevará muchas familias por delante. Pasarán muchos años hasta que esto se estabilice, antes tendremos que tocar fondo. Hacen falta grandes cambios estructurales en la política, la economía y la sociedad, y sobre todo no votar a los que ya nos han demostrado su ineptitud. Hay que votar a nuevos partidos, estos ya nos han enseñado de lo que son capaces. Se están cargando a la clase media. La diferencia entre ricos y pobres es cada vez será mayor. Como dice el refrán: “A río revuelto ganancia de pescadores”. Hay mucha gente sin escrúpulos que aprovecha esta crisis para enriquecerse. Cada vez hay más pobres y los ricos cada vez son más ricos. Y si no, fíjate, ¿Cuántas tiendas de lujo han cerrado? ¿Ninguna! Al contrario, en ciudades como Madrid y Barcelona las joyerías más exclusivas abren nuevas tiendas. ¿Cuántos restaurantes caros han cerrado? Los coches de alta gama han incrementado sus ventas. El lujo más refinado no está en crisis. Los clientes de artículos de lujo, cada vez son más. Mientras, la clase media y trabajadora cada día pierde poder adquisitivo. No se venden pisos para la clase trabajadora, pero sí los de alto standing y mansiones de lujo. ¿Qué negocios cierran?, el bar que servía desayunos y hacía menús económicos para gente trabajadora o el catering que servía menús a los comedores escolares. Ahora, los niños se llevan la fiambra de casa. Y la tienda de barrio que no vende nada, porque se aprovecha la ropa de temporadas anteriores o se compra en los mercadillos. Aunque los vendedores ambulantes también están notando la crisis; de esta, no se escapa ni el gato.

—Pues tendremos que controlar también nuestros gastos, por si las cosas empeoran.

—¿Ves?, hasta tú quieres reducir gastos. El ambiente de incertidumbre que nos rodea se siente, se respira, se palpa y es contagioso como el sarampión. Nadie tiene nada seguro.

Marta empezó a llorar. Era raro, casi nunca lloraba. Catalina miró el reloj, era la hora de la papilla.

—¡Chiquitina mía! ¿Tienes hambre? Ahora mismo voy a prepararte la papilla cariño, que la abuela hablando, hablando no se ha dado cuenta de que te toca comer.

Marta paró de llorar. La niña ya parecía entender lo que le decía su abuela. Catalina calentó la leche y le añadió la harina instantánea de multicereales con miel, y la vertió en el plato para que se fuera enfriando.

—¡Ven aquí, tesoro! —le dijo, mientras la sacaba de la hamaca para sentarla en su trona. Le puso el babero y empezó a darle la papilla. Se la acabó toda, le gustaba comer.

—¡Muy bien, Marta! Pronto tendremos que empezar a darte fruta, yogur y algún puré de verduras, para que te vayas acostumbrando. ¿Qué te parece princesa? Tendrás que comer de todo, si quieres hacerte grande y fuerte como tu hermano. Esta tarde cuando venga tu mamá a buscarte, le preguntaremos si está de acuerdo, ¿vale?

Marta la miraba fijamente como tratando de entender. Catalina siempre les hablaba mucho a los niños y lo hacía como si fueran adultos, nunca les decía el guau guau para referirse a un perro, o guagua si les daba agua cuando tenían sed. De ahí que los niños, cuando empezaban a hablar, pronunciaban bien. Además, gracias a que les leía muchos cuentos, Gerard tenía un vocabulario muy amplio. Estaba en plena conversación con Marta cuando entró Miguel a la cocina.

—Qué, gordita, ¿ya te lo has comido todo? —le preguntó.

—Sí —contestó Catalina en su lugar. Hemos tenido mucha suerte, los dos nos han salido buenos comedores. Ayer vi a mi amiga Carmen y está desesperada. Ya no sabe qué hacer para que su nieto, que tiene dos años, coma de todo. Me dijo que solo quiere papillas y biberón, que rechaza todo lo que no sea dulce y triturado.

—Sí, pero tú les has acostumbrado pronto a darles de todo.

—Ya, pero no todo es mérito mío. Ellos me lo han puesto fácil. Esta tarde, cuando vengan sus padres a buscarles, le preguntaré a Sara si quiere que empiece a darle fruta en la merienda. Estoy segura que a Marta le gustará. Además, creo que pronto empezarán a salirle los dientes. Mira como tiene las encías.

Miguel se acercó y le pasó el índice por las encías.

—Creo que en la encía de abajo ya le está saliendo uno, tócale y verás.

Catalina le pasó el dedo y le raspó ligeramente. Era imperceptible, a simple vista no se notaba, pero sí, estaba echando su primer diente.

—Sí, ¡ya lo creo! Verás que contento se pondrá Gerard cuando se lo digamos. Ya sabes lo preocupado que está porque su hermanita no tiene dientes.

Aquella tarde todos estaban pendientes del incipiente diente de la niña.

—A ver abuela, quiero ver el diente de Marta.

—Aún no se ve.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Porque se nota si le pasas el dedo.

—Quiero pasarle el dedo para verlo.

—Ve a lavarte las manos primero, que acabas de venir del cole y las tienes sucias.

—Vale, ¿pero no me las tendré que lavar otra vez para merendar?

—No hombre, si te voy a dar la merienda ahora mismo.

Fue al lavabo y era tanta la prisa que tenía por comprobar el diente de Marta, que casi ni se las secó, volvió rápidamente con las manos aún húmedas.

—Mira abuela, ¿a que están muy limpias? ¿Puedo tocar ahora?

—Claro.

Le cogió el dedito y se lo llevó a la boca de Marta pasándoselo por la encía inferior.

—¿Lo notas?

—No, pero me ha mordido. ¡Mala, más que mala! ¿por qué me muerdes? —le gritó.

Marta se asustó con los gritos de Gerard y empezó a llorar desconsoladamente.

—No le grites Gerard, ¿no ves que la asustas? Ella no ha querido hacerte daño. Es que cuando salen los dientes, encuentran alivio al morder, pero no te ha hecho daño, ¿verdad?

—No, no me ha hecho daño.

Se fue hacia Marta y la abrazó.

—No llores Marta, te perdono. No te volveré a gritar, te lo prometo.

Cuando Gerard oyó las llaves en la puerta, salió corriendo hacia la entrada, estaba impaciente por dar la noticia a sus padres.

—¡Mamá, papá, Marta ya tiene un diente!

—¿¡Qué?! ¿Cómo va a tener un diente? —dijo Sara.

—Sí, y me ha mordido. ¡Que te lo diga la abuela!

—Catalina, ¿qué dice Gerard, que Marta tiene un diente?

—Bueno, no exactamente... un diente no sale de la noche a la mañana. Pero sí le ha roto uno en la encía inferior.

La niña oyó la voz de sus padres y empezó a dar gritos de alegría. No tardaría en hablar ya emitía algunos sonidos, mm ...pp... Cuando les vio entrar estiró los bracitos para que la cogieran.

—¡Hola, cariño!, ¿cómo está mi princesa? ¿cómo te has portado? A ver, a ver ese dientecito, vamos a enseñárselo a papá.

—Se ha portado muy bien, como siempre —dijo Catalina—. A propósito, ¿qué te parece si le empiezo a dar un poco de fruta en la merienda para que se vaya acostumbrando?

—Sí tú lo ves conveniente, ya sabes que lo dejo a tu criterio.

—Yo creo que ya se le puede empezar a dar fruta, y más adelante ir introduciéndole algún puré, alguna sopita para que se vaya acostumbrando a otros sabores y texturas algo más sólidas, para ayudarle en la dentición.

—Perfecto, lo que tú veas.

—Bueno, ¿y qué tal va el trabajo? —preguntó Miguel.

—¿Cómo va a ir?, bien. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé... Como hay tanta inestabilidad me preocupa.

—De momento, nosotros vamos trabajando con normalidad. Hasta ahora no hemos notado nada.

—Me alegro, eso me tranquiliza. Es que cada día te enteras de que esta empresa ha cerrado, que aquella otra va mal y han hecho reducción de plantilla, dejando en el paro a la mitad del personal. Y claro, uno no puede dejar de preocuparse y más trabajando los dos en la misma empresa, que de ir mal, los dos podríais perder el trabajo.

—Tranquilo papá, que de momento vamos bien.

—Bueno, Sara, ¿nos vamos o qué?, que tenemos que hacer la cena y bañar a los niños.

—Sí, ahora mismo acabo. Le estoy cambiando el pañal a Marta, que se ha hecho caca.

Cuando se fueron, Catalina empezó a preparar la cena. Mientras se hacía, picaron unas aceitunas y compartieron una cerveza.

—He oído que hablabas con Luis sobre el trabajo. ¿Estás preocupado, verdad?

—No hay para menos, tal como van las cosas.

—Pero su empresa es sólida. No tienen problemas, ¿no?

—De momento no, a ver cuánto dura.

—Eso parece una sentencia, Miguel. ¿Por qué tienes que ser tan pesimista?

—Sabes de sobras que no soy pesimista. Tengo premoniciones buenas y malas que siempre se acaban cumpliendo.

—Y ahora las tienes malas ¿no?

—Tal como están las cosas, ¿tú qué crees?

—Pues espero que esta vez no se cumplan.

—Yo también.

CAPÍTULO 8

—¡Abuelo, tengo hambre.! La abuela solo me ha dado una tostada esta mañana. ¿Por qué no me da jamón, queso o cereales con leche y chocolate cómo antes?

—No habrá podido ir al supermercado.

—Pero hace muchos días que solo me da una tostada, dice que como ahora somos más hay que repartirlas. Tienes que decirle que vaya a comprar.

—Bueno, ya se lo diré.

—Y, ¿por qué ahora vivimos todos en tu casa? A mí me gustaba más antes, además tengo frío y la abuela no pone la calefacción. ¿Por qué no la pone, abuelo? Y, ¿por qué mi mamá no me compra un anorak?, que este me queda pequeño.

¿Cómo podían explicarle al niño lo que estaba sucediendo? Luis y Sara habían perdido el trabajo y no encontraban nada. Con lo que les daban del paro, no podían hacer frente a la hipoteca y el banco se había quedado con el piso. Se trasladaron a casa de los padres de Luis y las dos familias malvivían con la pensión de Miguel. Luis y Sara no paraban de enviar currículums y acudir a las largas colas de la oficina de empleo. Buscaban trabajo por todos sitios, día a día la situación se volvía más y más desesperada. Con la pensión de Miguel no podían cubrirlo todo, por más que Catalina intentaba recortar en gastos, era imposible llegar a fin de mes. En principio, se pensó que sería temporal, que encontrarían algún trabajo pero esto se alargaba demasiado y ahora los recortes habían llegado a la mesa. Miguel y Catalina no podía soportar que sus nietos pasaran hambre y frío, ¿qué podían hacer?

Cuando Miguel dejó a Gerard en la escuela, se pasó por el restaurante de su amigo a visitarle, con la intención de pedirle trabajo.

—Hola Rafael.

—Hola Miguel, ¿qué es de tu vida? Hace tiempo que no os veo por aquí a ti y a Catalina.

—Las cosas van un poco justas, no da para salir a comer fuera. Así que cuando he dejado a Gerard en el colegio, he pensado pasar a saludarte, si no, no nos vemos.

—Pasa hombre que tomaremos un café mientras hablamos un rato.

—No me lo puedo permitir, le dijo. Se ruborizó, nunca pensó que no tendría ni para pagarse un café.

—¡Vamos, pasa hombre, que invita la casa!

—¿Y a ti cómo te va?

—No demasiado bien, ha bajado mucho el trabajo. He tenido que despedir a dos trabajadores y reducir gastos para poder mantener el negocio.

—Pues ya veo que lo tengo mal. Tenía la esperanza de que me dieras unas horas de trabajo, de lo que fuera. Sabes que se me da bien la cocina, las relaciones públicas y hasta fregar platos y sacar basura.

Miguel le explicó por la situación que estaban atravesando, que incluso estaban pasando hambre.

—Estoy desesperado, y no sé dónde acudir.

—Lo siento de veras Miguel, sabes que si te pudiera ayudar lo haría. Es cuestión de aguantar, esto tiene que cambiar.

—Sí, supongo que sí.

Mientras hablaban, Rafael se fue tras la barra del bar, y en una bolsa puso unas pastas: *croissants*, Donuts... algunos zumos de frutas, flanes y unos yogures para los niños.

—Ves pasando por aquí, que siempre queda algún remanente de cosas perecederas, que aunque estén buenas, si están pasadas de fecha no las podemos servir. Es imposible comprar lo justo, nunca se sabe la clientela que vamos a tener.

Miguel nunca pensó que llegaría al extremo de aceptar caridad. Pero pudo más el saber la felicidad que causaría a sus nietos con lo que su amigo le había dado, que la humillación que en ese momento podía haber sentido. Le dio las gracias a Rafael por lo que le había dado, pero esto no era una solución. Estaba desesperado. Cuando llegó a casa, Catalina estaba llorando desconsoladamente. Tenía en la mano una carta del banco con la orden de desahucio. Habían avalado a Luis y a Sara con su piso, y aunque el banco se lo había quedado, no era suficiente para liquidar la deuda, que ellos no podían seguir pagando al haber finalizado el paro y no haber encontrado otro empleo. Así que se quedaban también con el de Miguel y Catalina.

—¿Y ahora que vamos a hacer? —decía Catalina entre sollozos. ¿Qué vamos a hacer, Miguel? ¿Dónde vamos a ir?

La situación era desesperada, con la paga de jubilado no podían pagar un alquiler y mantener a las dos familias. ¿Qué sería de su familia? Sus pobres niños en la calle sin techo. Miguel abrazó a Catalina y rompió a llorar desesperadamente.

—¡Miguel, Miguel, despierta! ¿Qué te pasa?

Estaba empapado en sudor y lágrimas. No sabía dónde estaba, tardó un poco en cobrar conciencia y darse cuenta de que todo había sido un sueño.

—He tenido una pesadilla horrible, parecía tan real como si lo estuviera viviendo.

—¿Qué pasaba?

—Yo era un soldado americano y estaba en la guerra de Vietnam. Llovían balas y bombas por todos lados. Era una carnicería, el suelo estaba lleno de cadáveres destrozados, entre ellos había varios niños.

Tuvo que inventar una historia. Si le hubiera dicho la verdad a Catalina, hubiera pensado que era uno de sus sueños premonitorios, y no quería alarmarla. Pero estaba realmente asustado.

Catalina lo abrazó. —Bueno tranquilízate, solo ha sido un sueño.

CAPÍTULO 9

—¿Qué necesidad tenéis de pagar un alquiler? —nos dijeron los padres de Juan, cuando les comunicamos que nos casábamos, y que estábamos buscando una vivienda.

—Podéis vivir en el piso de arriba, nosotros no lo necesitamos. Esto os permitirá ahorrar para la entrada de un piso o una segunda residencia, si queréis seguir viviendo aquí.

Juan acababa de venir del servicio militar y no disponíamos de dinero para dar la entrada de un piso, por lo que estábamos buscando uno de alquiler.

—¿Qué te parece la oferta de mis padres? —me dijo Juan.

—Me parece muy generosa, y les estoy muy agradecida. Pero yo preferiría no aceptarla, no me gusta la idea de vivir tan juntos.

—¿Pero, por qué Gloria? No lo entiendo, vuestra relación es buena.

—Precisamente. Porque quiero que lo siga siendo. La mayoría de las veces, la convivencia acaba deteriorando las relaciones. Ellos tienen una manera de ver las cosas muy distinta a la mía y esto podría crear roces. Ya sabes lo que dice el refrán: “De visita todos somos buenos”. Los refranes encierran una gran sabiduría. Tus padres me adoran porque solo me conocen superficialmente. Es fácil mostrar la cara más amable de nuestro carácter cuando la relación es superficial. Yo no me puedo pasar la vida fingiendo lo que no soy y cuando sea yo misma quizás no les guste tanto.

Juan no escatimó argumentos para convencerme. Soy de las que pienso que nada es gratis, que de una forma u otra, siempre se nos pasa factura y que el precio emocional que a veces tenemos que pagar es más alto que el económico.

—Pero nena, nosotros no tendremos que convivir. Ellos vivirán en su casa y nosotros en la nuestra. Bien mirado, tiene más ventajas que inconvenientes. No tendremos que pagar alquiler, lo que nos permitirá ahorrar y en unos años podremos tener nuestra propia casa. Me coge cerca de la editorial, con lo que me ahorraré tiempo y dinero en los desplazamientos.

—Lo de los desplazamientos es una excusa. Tu trabajo en la editorial es de comercial e igualmente tienes que desplazarte para visitar a los clientes.

—Vale, de acuerdo, me has pillado, pero yo creo que lo tendríamos que aceptar. Podríamos probar y si no funciona lo dejamos.

—Está bien... —Finalmente cedí.

No estuvo mal. En los años que vivimos allí ahorramos un dinero que nos permitió posteriormente mudarnos de casa. Aunque como yo presentí, los padres de Juan pronto me bajaron del pedestal en que me habían colocado. No cumplí con sus expectativas. Tarde o temprano todos acabamos decepcionando a los demás y yo disto mucho de ser perfecta. Tuvimos nuestros más y nuestros menos, aunque la sangre nunca llegó al río.

Cuando las niñas fueron creciendo, las cosas se fueron complicando. No aprobaban mi forma de educarlas y me desautorizaban delante de Juan. Pensaban que yo era demasiado moderna, llevando a las niñas a ballet, haciendo que estudiaran inglés y que viajaran los veranos a Inglaterra a perfeccionar el idioma.

Según ellos, a las chicas se las tenía que educar para el matrimonio y en las labores del hogar, para que fueran buenas amas de casa y unas abnegadas madres y esposas.

—Para llevar el gobierno de una casa, el baile y los idiomas les van a servir de bien poco. Mejor sería que aprendieran a coser, a bordar, a cocinar... cosas prácticas —decía la madre de Juan. A mí se me llevaban los demonios con tantas críticas y continuamente discutía con Juan.

—No les hagas caso. Son mayores y anticuados en sus costumbres.

Como veían que por ese camino no adelantaban nada, cambiaron de táctica.

—Es una gran irresponsabilidad enviar a las chicas al extranjero —seguían argumentando los abuelos. —Quién sabe la cantidad de peligros que pueden correr en esos países. ¡Ni que yo mandara a mis hijas a países peligrosos! Iban a Inglaterra, un país tanto o más civilizado que el nuestro y no iban solas. La profesora de la academia acompañaba al grupo. Estos comentarios empezaron a hacer mella en Juan.

—Quizás mis padres tengan razón, ¿no has pensado que es arriesgado mandar a las niñas fuera?

—Juan, la vida es arriesgada. ¿Quién te asegura que aquí no les pueda pasar algo?

Me estaban creando un problema de conciencia. Si les ocurriera algo a las niñas, me responsabilizarían por ello. Me empecé a sentir muy presionada y temía que mi relación con Juan, que siempre había sido buena, empezara a resquebrajarse. Siempre habíamos estado de acuerdo en la educación de las niñas y, ahora se cuestionaba si mi forma de actuar era la correcta.

Yo quería un tipo de educación para mis hijas, que las hiciera libres y les permitiera ser económicamente independientes. Y si algún día se casaban o vivían en pareja, que fuera en igualdad de condiciones, no en régimen de dependencia. Ellos no perdían ocasión de volver a la carga.

—En mi época, el hombre era el cabeza de familia, y el que decía lo que se tenía que hacer. Hoy son las mujeres las que llevan los pantalones, ¡hay que ver cómo han cambiado los tiempos! —decía mi suegro.

Pensé que había llegado el momento de mudarnos. A poder ser, cuanto antes. La situación me estaba agobiando. Incluso a otro municipio. No quería vivir demasiado cerca, donde pudieran seguir ejerciendo su control e intentando influenciar a Juan para que como hombre, fuera él el que impusiera su criterio. Se lo dije a Juan, que al principio intentó disuadirme.

—No les hagas caso, ya se cansarán cuando vean que no consiguen nada.

—Sí, pero a mí me resulta muy desagradable que se me cuestione continuamente y veladamente, se me trate como una madre irresponsable. Recuerda que me dijiste que si las cosas no iban bien, lo dejaríamos. Creo que ha llegado el momento.

Juan acabó aceptando, aunque a regañadientes.

—No sé si con los ahorros que tenemos será suficiente para comprarnos algo decente. Los precios en Barcelona están por las nubes.

—No tiene por qué ser en Barcelona. Yo había pensado en algún pueblo de la periferia. Y si no hay para pagarlo en su totalidad, damos lo que tenemos de entrada y pedimos un préstamo para el resto, que podemos ir pagando como si fuera un alquiler.

Empezamos un recorrido turístico por las inmobiliarias de los pueblos cercanos a Barcelona. Visitamos infinidad de viviendas. Lo que nos gustaba, no se adaptaba a nuestro presupuesto y lo que se adaptaba a nuestro presupuesto no nos gustaba.

Finalmente, encontramos la casa de nuestros sueños en la alejada y próspera ciudad de Reus, que había sido fundada en 1151 por el clero de Tarragona. Yo deseaba alejarme un poco, lo que no imaginaba es que iba ser a 100 km de Barcelona. Era una casa grande de dos plantas, muy antigua, de principios del siglo XX, no tenía baño ni ninguna clase de comodidades. El único foco de calor que tenía era una gran chimenea en la cocina-comedor. El comercial de la inmobiliaria nos dijo que llevaba mucho tiempo en venta. No lograban venderla por las malas condiciones en que se encontraba. Necesitaba muchos arreglos, por eso estaba tirada de precio. En las condiciones que estaba, tenía muy pocos atractivos para una persona profana en decoración. Pero yo enseguida vi que tenía muchas posibilidades. Mentalmente ya estaba haciendo las reformas, y podía ver el resultado final. La planta baja constaba de una gran cocina-comedor, con techo de vigas de troncos todos desiguales, que le daba un aire muy rural. Una gran chimenea en la parte frontal presidía la estancia, alicatada con unos bonitos y antiquísimos azulejos que pensaba conservar. A la izquierda, estaba la cocina con los fregaderos y los fogones viejísimos y muy deteriorados, imposibles de restaurar. Los fogones eran de carbón y aunque quería mantener al máximo la esencia de la casa, se imponía la comodidad. Además, ¿dónde iba a encontrar carbón a estas alturas? Había una gran alacena que una vez restaurada quedaría preciosa. Llegaba desde el suelo hasta el techo. La parte baja de la alacena tenía unas puertas de algo más de un metro de altas, con unos dibujos de motivos frutales bellamente taladrados en la madera. Creo que aparte de decorar, su objetivo principal era el de ventilar el interior, que contenía dos estanterías y que usaría como despensa. El resto, hasta el techo, tenía tres estanterías más, que utilizaría para la loza y el cristal. No quería poner armarios de cocina, para conservar al máximo la rusticidad. Haría una especie de barra separadora, lo suficiente alta para que sirviera de poyo adicional, y lo suficiente profunda, para poner unas estanterías por la parte de la cocina donde colocar los utensilios de menaje: cazuelas, ollas y sartenes. Por la parte exterior, la que daba al salón comedor, la revestiría de piedra con la encimera de madera rústica para que armonizara con el resto. Esta barra separadora, además de su parte práctica, tendría función decorativa. Esta separación dejaría la cocina en segundo término, dándole más protagonismo al comedor y rompiendo la monotonía de la estancia totalmente cuadrada. En las vigas de la cocina, colgaría manojos de hierbas aromáticas: laurel, tomillo, romero, salvia... de forma que prestarían un doble servicio, el útil y el decorativo.

A la izquierda de la cocina, había una ventana que daba al exterior con vistas al selvático jardín, donde los hierbajos nos llegaban a la cintura. Me iba a dar mucho trabajo convertir aquel pastizal en un jardín, pero sabía de antemano que iba a disfrutar mucho haciéndolo. A la derecha había una arcada con un pequeño rellano, de donde salían las escaleras de la segunda planta. El hueco de las escaleras formaban una pequeña bóveda, donde pondría unos botelleros para colocar botellas de vino y un pequeño barril con un grifo, que puesto verticalmente serviría para colocar unas copitas para degustación, recreando así una mini bodega. Tras la arcada a la izquierda, había dos habitaciones muy grandes. En esta arcada, pondría una puerta con cristalera tipo inglés, para que no diera sensación de claustrofobia, que aparte de aislar la zona de las habitaciones del posible ruido, evitaría que se esparcieran los olores de la cocina por toda la casa. Las dos habitaciones grandes tenían una sola puerta de entrada y se comunicaban entre sí. Una la convertiría en un dormitorio doble, y en la otra, que era enorme, se podía hacer un vestidor y un baño, haciendo de las dos habitaciones una preciosa suite. Para acceder a la planta de arriba, había dos tramos de escaleras separadas por un descansillo en el que había un pequeño cuarto, de unas dimensiones tan pequeñas, que no sabía qué utilidad había tenido. Estuve mirando sus posibilidades y puesto que cabía un aseo con ducha, pensé que sería una buena opción. En el segundo tramo de escalera, había otro descansillo que dividía la planta en dos partes. A la izquierda, había un pasillo con cuatro habitaciones con ventanas exteriores y altísimos techos de vigas de troncos iguales a los de la planta baja. La más pequeña de las habitaciones, la convertiría en cuarto de plancha y costura. De las tres restantes, una sería para la biblioteca y las otras serían los dormitorios de Marina y Clara. En el piso de mis suegros compartían habitación y, a pesar de llevarse bien, a veces tenían sus más y sus menos, ya que tenían gustos y costumbres muy distintos. A Marina le gusta una decoración moderna y muy minimalista. A Clara todo lo contrario, le gustan las antigüedades y una decoración más rica en detalles. En cuanto a costumbres, pasaba otro tanto. A Marina le gustaba acostarse temprano y madrugar para estudiar, decía que por la mañana estaba más despejada. En cambio a Clara le gustaba leer en la cama, escuchando música hasta altas horas de la madrugada, con lo que Marina se quejaba de que no la dejaba dormir. Finalmente Marina solucionó ese problema con tapones para evitar el ruido. Porque a pesar de que Clara usaba auriculares para no molestar, era inevitable, hacer ruido si tenía que ir al baño o a beber un vaso de agua. Y un antifaz para que no le molestara la luz. Ahora tendrían su propio espacio, su propio dormitorio que cada una decoraría a su gusto. A la derecha había un enorme desván con una terraza grande con bonitas vista a la *Serra de Llaveria*. El desván tenía el techo inclinado y algo más bajo que el de las habitaciones, pero con idénticas vigas. Estaba sucísimo; al faltarle las ventanas las palomas lo habían invadido, convirtiéndolo en un palomar. Estaba lleno de sus excrementos. Tendríamos que emplearnos a fondo para limpiar todo aquello, pero valdría la pena, porque tenía enormes posibilidades para hacer otra suite, con la ventaja añadida de disponer de terraza privada. En él, haría un dormitorio doble con baño y vestidor, que en caso de tener invitados les daría más privacidad. La casa disponía también de un gran terreno, que me permitiría tener un

bonito y amplio jardín en la parte delantera y en la parte de atrás, un huerto en el que poder cultivar mis propias verduras, hortalizas y hierbas aromáticas. En el pasado debió existir uno, porque aún languidecían algunos árboles frutales: un limonero, un ciruelo, un cerezo y como no, un avellano. En Reus no pueden faltar los avellanos. También había un viejísimo olivo que debía ser centenario por lo retorcido de su tronco. Era una pena que estuviera en la parte trasera dedicada al huerto, pues era precioso, merecía tener más protagonismo. Cuando nos trasladáramos a vivir allí, hablaría con un jardinero de la posibilidad de trasplantarlo a la zona del jardín, sin que corriera riesgo. En un extremo del huerto, quedaban los restos desvencijados de lo que debió ser un gallinero. Lo restauraría, y tendría unas cuantas gallinas, para disfrutar de huevos frescos y de calidad. Era una tarea ardua transformar aquella ruina en la casa que yo tenía en mente. Pero para mí era todo un reto. Costaría tiempo y dinero, pero estaba dispuesta a devolverle a la casa su antiguo esplendor, mejorándola y dotándola de unas comodidades y servicios que no existían en la época en que se construyó.

Por las condiciones en las que se encontraba, nos costó mucho menos del presupuesto que teníamos pensado, con lo que pudimos hacer las reformas más inmediatas para nuestro traslado.

Yo había estudiado decoración, sabía que iba a disfrutar mucho reformando y decorando cada rincón de la casa sin que perdiera su esencia y el encanto que le confería el paso de los años. Tenía unas gruesas paredes que la mantendrían fresca en verano y caliente en invierno, Aunque instalaríamos calefacción para hacerla más confortable. En la parte trasera, la que daba al huerto y al gallinero, pegado a una de las paredes de la casa, hicimos un cuarto, para la caldera de la calefacción, en el que colocamos la lavadora y un pequeño lavadero. Evidentemente conservaríamos la gran chimenea, que por sus dimensiones le daba un aire medieval. Además, las chimeneas dan un confort extra a las casas. En las largas noches de invierno no hay nada más agradable que sentarse frente al fuego con una bebida caliente y sumergirse en la lectura de un buen libro, mientras se oye el crepitar de la leña ardiendo.

Reus es una ciudad que como tal, dispone de muchos servicios, pero sin el agobio de Barcelona. El único inconveniente según Juan, era la distancia que le separaba de su lugar de trabajo. Por otro lado, al ser comercial tenía bastante flexibilidad de horario. No tenía por qué ir cada día a la editorial, ya que podía hacer su trabajo desde cualquier lugar. Con solo un par de veces por semana que fuera a la editorial para cambiar impresiones con los compañeros, era suficiente. No tenía que fichar como en los trabajos sujetos a un horario fijo: oficinas, comercios o talleres... Carecía de control. En cierta manera él era su propio jefe, ya que la parte más importante de su sueldo, consistía en comisiones de las ventas. Cuanto más vendiera más ganaba.

Reus está bien comunicada por tren y por carretera, por lo que no representaba un problema. En algo más de una hora en tren, podía estar en Barcelona. Al principio se dedicó más a trabajar la zona de Tarragona y solo iba dos o tres veces por semana a la editorial. Cogía el tren en Reus hasta a la estación de Sants y aprovechaba el trayecto de ida y vuelta para leer. Juan es un gran lector, quizás por deformación profesional, o quizás escogió este oficio por amor a los libros. Sea como fuere, lo que al principio le había parecido un inconveniente, acabó siendo una ventaja, que le permitía dedicar más tiempo a su afición favorita. Esto reforzaba mi teoría de que siempre se le puede dar la vuelta a una situación que al principio pueda parecer negativa, para acabar sacando mayor provecho. El caso es que acabó yendo todos los días a Barcelona, disfrutando del trayecto. Estaba acostumbrado a trabajar en equipo y echaba de menos a sus compañeros.

Las niñas también estaban encantadas con el cambio, sobre todo de poder disponer cada una de su propio dormitorio. Así fue como nos convertimos en propietarios de nuestra propia casa, a la que nos trasladamos en cuanto nos fue posible.

Pasamos años muy felices en nuestro nuevo lugar de residencia, disfrutando de la libertad de ser yo misma, llevando el estilo de vida que me gustaba. Con mi huerto, mis gallinas, mis gatos y mis flores y educando a mis hijas sin intromisiones. Disfrutamos enormemente de nuestra preciosa casa, que después de los cambios efectuados, resultó sumamente bonita y acogedora y en la que cada miembro de la familia, disponía de su espacio.

A lo largo de los años, gastamos mucho dinero en mejorarla y embellecerla, tanto por dentro como por fuera. Con sumo cuidado y en la época adecuada, se pudo trasplantar el viejo olivo del huerto al jardín. También plantamos un hermoso cedro de hojas azuladas y una mimosa que con el tiempo se hizo enorme, y que cuando al final del invierno florecía, sus algodonosas flores amarillas se mecían con la brisa esparciendo todo su suave y aterciopelado aroma. Una magnolia grandiflora, que desde primeros de mayo hasta finales de julio, aparte de darnos una espléndida sombra, nos embriagaba con el delicioso perfume de sus espectaculares flores. Hortensias de distintas tonalidades; rosas, blancas y azules que se convirtieron en arbustos. Lilas, rosales y parterres de flores de temporada. Hicimos un banco de piedra en el jardín, un estanque con peces de colores y nenúfares. Y una fuente, que mis hijas llamaban la fuente de las hadas, por su entorno y por la particularidad de su pila. Se trataba de una enorme piedra con una oquedad natural, a la que se le hizo un agujero para el desagüe y que estaba colocada estratégicamente en un rincón del jardín, rodeada de una

trepadora pasiflora, que caía en cascada, y perfumadas madreelvas. Realmente parecía sacada de un cuento de hadas. En la parte derecha de la casa que daba al jardín, había un enorme lavadero adosado, de 2,5 por 2,5 m², que convertimos en una pequeña piscina. En origen estaba solo encalado, con las paredes verdosas y llenas de enormes desconchones. Recubrimos las paredes de piedra grisácea, y el fondo para que fuera más agradable al contacto de los pies, lo revestimos de gresite igualmente gris, con una cenefa griega que le daba un aspecto rústico y medieval. Todos estos lujos no eran necesarios, la casa hubiera sido igualmente acogedora sin ellos, pero yo lo había convertido en mi *hobby*.

Estábamos tan a gusto en nuestra bonita casa, que no viajábamos ni íbamos de vacaciones. ¿Dónde íbamos a estar mejor? Todo nuestro dinero lo gastábamos allí. La totalidad de lo que nos gastamos en todos estos cambios, superó en mucho el dinero que pagamos por ella. Pensábamos pasar allí el resto de nuestras vidas. Era el tipo de vida que nos gustaba, tranquila, relajada, lejos del agobio de la ciudad y sin el control y la presión de la familia, que ahora al no convivir, en vez de sufrirla, la disfrutábamos en las cortas visitas que nos hacían. O en las que nosotros les hacíamos, de vez en cuando.

Las niñas crecieron tan rápidamente, que casi no me dio tiempo a asimilarlo. De repente, un día me di cuenta de que aquellas niñas dependientes que me necesitaban, que me buscaban, y que cuando tenían un problema acudían a mí, para que las ayudara, y al que siempre le encontraba una solución, se habían convertido en dos personas adultas. Con sus propias vidas y sus propios problemas, que crecían en proporción a su edad, y en los que no siempre las podía ayudar.

Empecé a tener un sueño recurrente. En mi sueño las convertía en niñas. Tardé bastante en descubrir el mensaje de mi sueño, hasta que me di cuenta, que este solo se daba cuando ellas tenían un problema. Entonces, en mi sueño, las convertía en niñas para poderlas ayudar, como cuando eran pequeñas. Cuando descifré su mensaje, dejé de tenerlo. Los sueños siempre nos hablan, aunque no es fácil entender su lenguaje. Pero si estamos atentos, estos nos envían mensajes, que si logramos interpretar, pueden sernos de gran ayuda. Hace años tuve un extraño sueño. Soñé que tenía mucha ropa que me estorbaba, pero que me resistía a tirarla porque estaba en buen uso. No me dejaba espacio en el ropero para la ropa que usaba. Esto me creaba un problema que me agobiaba mucho. Cogí una gran maleta y metí toda la ropa que me estorbaba dentro. Había tanta, que por más que lo intentaba no lograba cerrar la maleta. La ropa salía por todos lados dificultado su cierre. Yo la empujaba con tenacidad y me senté encima hasta que logre cerrarla, sintiendo un gran alivio. Ese sueño me fue más fácil de descifrar. En aquel momento, estaba atravesando por muchos problemas familiares, que me estaban agobiando en extremo, creándome una gran ansiedad, pero que me resistía a plantarles cara, al igual que me resistía a deshacerme de la ropa que me estorbaba. En el sueño, mis problemas los convertí en ropa, los metí en una maleta y me deshice de ellos. Entendí el mensaje, encaré los problemas y el sueño no se repitió. Cuando estuve sustituyendo a Clara en el estudio de arquitectura, a veces me surgían problemas que no sabía cómo resolver. A la hora de irme a la cama, pensaba en ellos con la intención de encontrar la solución mientras dormía. Y muchas veces la encontré.

Lo que ocurre con los sueños, es que solo recordamos los inmediatos, al despertar. Si esto ocurre a medianoche, aunque nos despertemos, como no estamos totalmente despiertos los olvidamos. Por eso es conveniente, tener una libretita y un bolígrafo sobre la mesita de noche y apuntarlos antes de que se nos olviden. Nos pueden ser de gran ayuda. El origen de la frase: “lo consultaré con la almohada” es de Tomás Alba Edison. Cuando este tenía entre manos alguno de sus inventos y no lograba la solución, decía: »lo consultaré con la almohada,« y se iba a dormir. La mayoría de las veces se le revelaba la solución durante el sueño. También Mozart escuchó en sueños algunas de sus sinfonías.

Marina, la mayor de mis hijas, ese año empezaba la universidad. Durante la semana se quedaría en Barcelona, viniendo a Reus los fines de semana. Los abuelos estaban encantados de poder tenerla cerca, se estaban haciendo mayores y agradecían su compañía. También empezaban a tener achaques, con lo que Juan a veces tenía que quedarse algún día en Barcelona, para acompañarles al médico o hacerles algunas gestiones.

—Gloria, mis padres se están haciendo mayores y nos necesitarían cerca. —me decía —. ¿Has pensado en la posibilidad de que volviéramos a Barcelona?

—Pero ahora está Marina con ellos.

—Sí, pero ella tiene sus estudios y su vida, no la podemos cargar con una responsabilidad que es nuestra.

—Ya, pero si necesitan algo, Marina nos puede avisar, y como tú vas cada día a Barcelona, les puedes ayudar como hasta ahora. Sabes que si tienes que quedarte algún día, lo entiendo y nunca te he dicho nada. Entiendo que son tus padres y es normal que les ayudes, pero a mí no me apetece trasladarme a Barcelona. Aquí me encuentro muy a gusto. No sé, quizás más adelante, hasta ahora se van arreglando bien, los achaques son propios de la edad. Se les puede poner una mujer que les ayude si es necesario. Tiene que haber otra alternativa. Además, dentro de dos años Clara también se trasladará a Barcelona para ir a la universidad, y entre tú y ellas os podéis ir turnando en el cuidado de los abuelos.

Me resistía a dejar mi casa en la que tan bien me sentía. No me considero una persona insensible, y me gusta ayudar a los demás en la medida de lo posible, pero nunca he tenido espíritu de sacrificio. Ayudaría a los padres de Juan cuando realmente lo necesitaran, pero no antes si podía evitarlo. Ahora nuestra relación había mejorado sin los roces de la convivencia y no quería volver a las andadas. Tenía derecho a mi propia vida, y cuando llegara el momento, tomaríamos las medidas oportunas. Juan no volvió a insistir. Sus padres, con la ayuda de una mujer que les iba unas horas cada día, se apañaban bien. También tenían la compañía de Marina y si hacía falta, Juan les echaba una mano.

Marina ya llevaba dos años en la universidad y este año le tocaba a Clara. Es increíble la capacidad de adaptación a los cambios que tenemos los seres humanos. Cuando se fue Marina, las semanas se me hacían larguísimas. ¡La echaba tanto de menos! Luego, me fui acostumbrando a su ausencia y a sus visitas los fines de semana. Pronto sería Clara la que se fuera, dejando un vacío al que tendría que acostumbrarme. Los pájaros cuando aprenden a volar, dejan el nido. A los hijos tenemos que dejarles alzar su propio vuelo; no podemos, ni debemos cortarles las alas.

Mis padres también pasaron por lo mismo, de tener cuatro hijas en casa, a quedarse solos. Pero como las cosas no pasan de la noche a la mañana, si no paulatinamente, te da tiempo de irte acostumbrando. Es como el envejecer, como va ocurriendo poco a poco, casi no lo notas. Sería terrible levantarse un día y al mirarnos al espejo, darnos cuenta que nos hemos convertido en viejos. Afortunadamente el cambio es tan sutil, que nos da tiempo de irlo asimilando. Mas como no envejecemos igual física que mentalmente, llega un momento en que cuando te miras en el espejo no te reconoces. Porque por dentro continuas sintiéndote joven.

Mamá siempre nos decía; »No estéis tristes cuando vuestros hijos se vayan, es ley de vida. No nos pertenecen, Dios nos los da en préstamo hasta que están preparados para levantar el vuelo. Dar gracias a Dios si os conserva el compañero. Cuando empezasteis juntos el camino, los hijos no estaban, podían haber venido o no. Habéis tenido la suerte de disfrutarlos mientras fueron pequeños, verles crecer hasta convertirse en adultos compartiendo sus sueños e inquietudes hasta que cogieron las riendas de sus propias vidas, quedaros con eso. Ahora papá y yo, estamos como al principio. Solos empezamos la andadura de nuestra vida en común y volvemos a estar solos, con una ventaja: el tiempo que estuvisteis en casa fue un regalo, y ahora que cada una tiene su propia vida, cada vez que nos visitáis o nos llamáis por teléfono es un regalo. No es necesaria la presencia física de los hijos para saber que cuentas en su corazón y en sus pensamientos«.

Me gustaba tanto hablar con mamá. Cuando tenía algún problema lo hablaba con ella, y siempre acababa por perder intensidad hasta diluirse.

—La vida nunca está exenta de problemas me decía. Intenta no alimentarlos para que vayan perdiendo fuerza y acabarán muriendo. Si finalmente no mueren y se convierten en enfermos crónicos, acéptalos. Nada ganas con ofrecerles resistencia. La felicidad básicamente es un estado de ánimo. Si esperamos ser felices cuando todo salga a nuestro gusto, no lo seremos nunca, hay que intentar ser felices a pesar de

La echo tanto de menos. Ahora que físicamente ya no está entre nosotros, recuerdo como me ayudaba su filosofía de vida. Un día, yo estaba furiosa con alguien por algo que me había hecho y le culpaba de hacerme sentir triste. Es curioso lo selectiva que es la mente para almacenar unos recuerdos y desechar otros. No recuerdo lo que me había hecho, ni quién me lo hizo, pero recuerdo perfectamente lo mal que me sentía, y las palabras de mamá: »Mira, Gloria —me dijo—. No debemos culpar a nadie de nuestras penas, al final la gente nos hace lo que les consentimos que nos hagan. Ni tampoco cargar a nadie con la responsabilidad de hacernos felices. Nosotros somos los únicos artífices de nuestra propia felicidad, no es algo que nos tenga que venir de fuera, sino que debemos buscarlo dentro. En nuestra mente están el cielo y el infierno. Si la dejamos ir por libre, puede convertirse en nuestra peor enemiga. Tenemos que trabajar para que vaya a nuestro favor y no dejar que nos domine cayendo en la autocompasión, las críticas o las quejas constantes. Nosotros tenemos que dominarla, cogiendo las riendas y guiándola a donde queremos que nos lleve. Al principio se resistirá. Hay que pasar muchas veces por el mismo camino para que se forme una vereda, pero una vez que hayas formado esa vereda, por inercia, irá hacia ese camino y te será más fácil guiarla«.

¡Cuánta razón tenía mamá! Aplicando su filosofía de vida y con la sabiduría que me han ido dando los años, he alcanzado una madurez tranquila y reflexiva, en la que cuenta más lo que soy que lo que tengo. Eso no quiere decir que desprecie el dinero o la afectividad de mi familia y amigos, pero no puedo esperar que estos colmen siempre mis expectativas. En cuanto al dinero, su falta puede llevarnos a situaciones muy difíciles, pero hay que darle su justo valor. El exceso de riqueza en personas poco maduras emocionalmente, puede arrastrarles a una vida de excesos, buscando estímulos nuevos para llenar la permanente insatisfacción que les causa tenerlo todo. Es muy ilustrativo el personaje de la niña rica, en la película de “*Charlie y la fábrica de chocolate*.” Ella deseaba ardientemente visitar la fábrica de chocolate, pero solo podía hacerlo si conseguía uno de los cinco billetes dorados que salían en las tabletas de chocolate. El padre, riquísimo, le daba a la niña todos los caprichos. Para complacerla, compró tantas tabletas de chocolate como fueron necesarias para conseguir uno de los cinco billetes dorados y, ofrecérselo a la niña para que pudiera cumplir su deseo de visitar la fábrica de chocolate. Cuando el hombre lleno de ilusión, le entregó a su hija el billete dorado, la respuesta de la niña fue: «Papi, quiero otro poni.» La riqueza, mal canalizada, puede incluso ser causa de desgracia para algunas personas inmaduras y caprichosas, que al tenerlo todo, necesitan tener emociones nuevas que les hagan sentir vivos, adentrándose a veces en terrenos peligrosos que pueden llevarles a la autodestrucción. Por eso es bueno tener siempre algún deseo por cumplir, para mantener viva la ilusión de llegar a alcanzarlo.

Hay que relativizar, las cosas son simplemente cosas, la vida da muchas vueltas, hoy las tienes y mañana no. Lo que nadie puede quitarte es un bonito recuerdo, una palabra amable, una caricia tierna, una inolvidable velada con la persona amada, una agradable conversación con amigos. O los tiernos bracitos de tus hijos o nietos alrededor de tu cuello diciéndote lo mucho que te quieren. Estos tesoros en forma de recuerdos nadie te los puede arrebatar.

Una vez me dijo papá: «Mira Gloria, si la vida te arrebata a un ser querido, acéptalo, piensa que todos estamos de paso, no venimos a este mundo para quedarnos. No te resistas a lo inevitable, te ahorrará mucho sufrimiento. El dolor desgarrador al principio será ineludible, pero no lo alimentes, déjalo que se diluya. Quédate con los momentos que compartiste con esa persona, y da gracias a Dios por el tiempo que permaneció en tu vida. Los seres que amamos, nunca se van del todo; aunque no estén físicamente, siempre vivirán en nuestro corazón y en nuestros pensamientos. Cuánto sufrimiento se hubiera ahorrado mamá si hubiera entendido esto cuando murió tu hermano. Si en vez de resistirse a lo inevitable, lo hubiera aceptado, agradeciendo el tiempo que lo compartió con nosotros. Tuvo que irse él para que vinierais vosotras y, tuvo que nacer Quique, el hijo de tu hermana Pilar, al que ella crió junto a Adela, para darse cuenta de que aunque hubiera sido suyo, no hubiera ocupado el lugar del “que se fue”».

Creo que sin estas palabras de papá, la pérdida de ambos en tan corto espacio de tiempo hubiera sido mucho más dura de superar.